

# Heroico Traidor

García Reyes, Raúl Guillermo

2024

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/6107>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Universidad Iberoamericana Puebla

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto  
Presidencial del 3 de abril de 1981



*Heroico Traidor*

**PROYECTO DE TITULACIÓN**

Que para obtener el grado de

**MAESTRÍA EN LITERATURA APLICADA**

Presenta **Raúl Guillermo García Reyes**

Director de la tesis: Dr. Jonatan Moncayo Ramírez

San Andrés Cholula, Puebla, 2024

## Índice

Resumen .....	1
Introducción teórico-metodológica .....	2
Prólogo .....	27
I. El pícaro soñador (1831-1846).....	30
La maldición del coronel .....	31
Una alfombra ensangrentada .....	35
II. El niño héroe (1846-1851).....	40
La sinfonía de los cañones.....	41
Cadáveres en la ladera.....	54
La muerte del niño .....	68
III. El joven Macabeo (1851-1855) .....	88
La espada del capitán .....	89
IV. El caudillo presidencial (1855-1860).....	96
Noticias funestas, noticias dichosas .....	97
Ángel y demonio.....	103
V.El exiliado indigno (1860-1863).....	107
Destino sellado.....	108
VI. El leal general (1863-1867).....	112
Frugal encuentro .....	113
En el catre del médico .....	116
Epílogo.....	122
Reflexión sobre la incidencia social.....	125

# Resumen

Son las primeras décadas del siglo XIX, y México está envuelto en caos: poderes extranjeros ambicionan apropiarse de sus riquezas, mientras guerras fratricidas envuelven a un país incipiente, que aún no decide qué clase de nación quiere ser; un poder centralizado, a la usanza de Europa, o un liberalismo que imita el federalismo de los Estados Unidos.

Más de cuarenta gobiernos se suceden con velocidad en estos cincuenta años, y mucho más a menudo que los votos, son las armas las que deciden el rumbo de la vida diaria, que trata de encontrar un poco de orden entre invasiones y levantamientos.

Entre la crisis, nace un muchacho que se convertirá en el primer mandatario nacido como mexicano, el más joven en ocupar la silla presidencial, durante la cruenta Guerra de Reforma. Forjado como militar en la guerra contra Estados Unidos, Miguel Miramón encierra tantas contradicciones como el México en el que vivió: sin ser devoto, consagró su vida a los conservadores, odiando a los extranjeros, sirvió al emperador Maximiliano. El héroe de guerra que veía el fin de sus vidas fusilado por traidor.

Lo que leerán a continuación es un vistazo de una novela más grande, de un protagonista atrapado entre la vida doméstica y la obsesión por el devenir. Esta es una historia sobre la falta de significado de la patria, la inutilidad de la guerra, la tentación del poder y el peso de las expectativas. Sobre el orgullo, el rencor y el honor, así como el ciclo de violencia que desata la obsesión con ellos; dónde los conceptos de héroe y traidor son complejos y difusos. La vida de un hombre fuera de lo ordinario, y a la vez, típico de su era.

# Introducción teórico-metodológica

La Historia la hacemos personas que toman decisiones por una compleja miriada de razones, y muchas veces no son conscientes del papel que están jugando, y como serán juzgados por la posteridad. Sin embargo, también es cierto que impera la versión de los vencedores, por lo que sobre todo antes de la consolidación de la Historia como disciplina científica, e incluso después, la manipulación con fines políticos es común. A este proceso se le conoce como maniqueísmo, que para propósitos de este texto se define como una doctrina de pensamiento dual donde

se sedimentan dos fuerzas políticas, con exclusión de otras alternativas [...] siguiendo la idea rectora de ‘quien no está conmigo, está contra mí’, [...] un claroscuro sin matices con el que se explica la realidad social al construir una fuerza enemiga que conjuga todos los factores negativos, con exaltación y entusiasmo por el bando propio con reminiscencias de prédica religiosa (Mancilla 10)<sup>1</sup>.

Desde la Antigüedad, una de las tácticas políticas más comunes para construir identidad era a través de la diferencia, construir un “Otro” que englobara características de las que distanciarse, un enemigo al que enfrentar y hacer la guerra, mediante la cual las élites acumularon poder político y económico. Posteriormente, a partir del siglo XVIII la construcción de Estados-Nación en Europa y América, así como la necesidad de consolidar fronteras muchas veces artificiales en cuyo anterior se combinaba un mosaico ecléctico de elementos lingüísticos, históricos, religiosos y culturales llevó a la construcción de historias

---

<sup>1</sup> Mancilla, H.C.F “La religiosidad popular, las corrientes maniqueístas y la cultura política latinoamericana. El caso de las oposiciones binarias excluyentes” en *Reflexión política*, año 14, núm. 27. Colombia: UNAB, 2012. 7-20.

nacionales, que recuperando técnicas discursivas de la mitología construyeron narrativas centradas en un origen legendario y un destino manifiesto de la incipiente nación, que enfatizaba la distinción entre héroes (que encarnan los valores del Estado y marcan los objetivos a seguir) y villanos (obstáculos que vencer).

Incluso la misma historiografía, que surgió en el siglo XIX se alineó a los intereses del poder, particularmente bajo la doctrina del positivismo, que se centraba en relatar las hazañas de los “grandes hombres”, usualmente figuras políticas y militares claves para la formación nacional. La literatura, junto con otras Bellas Artes como la pintura y la arquitectura, usualmente reforzaban el discurso político del grupo en el poder, y las voces críticas eran comúnmente censuradas y prohibidas, lo que llevaba a circulaciones anónimas o clandestinas.

Sin embargo, los conflictos de finales del siglo XIX y principios del XX (particularmente las guerras mundiales), junto con nuevas corrientes de pensamiento como el marxismo y la escuela de los Annales llevaron al surgimiento de voces alternativas, críticas, y una exploración de fuentes e información regional, social, cultural y de grupos marginados y minoritarios. Incluso cuando todavía se trataban a grandes figuras de la Historia, esto tuvo también el efecto de que, primero en la historiografía y posteriormente en la literatura, surgiera el interés por acercarse a aquellos personajes "poco afectos" o "mal vistos" por las historias nacionales, como prueba el hecho que la novela histórica sea uno de los géneros más vendidos en México y en el mundo. Por lo tanto, creo que sería válido preguntarse qué podría aportar yo a un espacio saturado.

El proyecto al que este texto sirve como introducción es una novela biografiada sobre Miguel Miramón, militar y presidente mexicano conservador del siglo XIX, relativamente desconocido pese a su participación crucial en acontecimientos como la Reforma y el Segundo Imperio. Estudiarlo a través de la literatura me parece importante pues comprender su vida también permite explorar las complejidades de esta época de la Historia del país.

¿Por qué Miramón? La génesis de la selección de este personaje parte de un interés personal desde la infancia, pues ciertos acontecimientos biográficos parecen sacados de una leyenda (su participación en la batalla de Chapultepec, un puñado de impresionantes victorias, la juventud con la que llegó a la presidencia, el que un emperador le cediera la posición central al momento del fusilamiento), y sin embargo es uno que no ha sido tan explorado en el discurso oficial, poco más que notas a pie de página. Asimismo, creo que la imagen que se tiene de Benito Juárez es incompleta al no existir un estudio profundo de sus enemigos políticos (casi siempre mencionados en bloque), y explorar a Miramón (un hombre opuesto a él en casi todos los sentidos) puede ayudar a focalizar y comprender un convulso siglo XIX, con una realidad política y social mucho más compleja de lo que se aparenta en el discurso, lleno de contradicciones internas y externas.

En un principio, el aspecto militar del personaje formaba parte de su psicología y código de valores, pero creí que tomaría un segundo plano en comparación con su actividad política (explicar por qué un hombre claramente político siempre se definió a sí mismo como general en primer lugar es también un elemento de estudio interesante), pero dado que una vez iniciado el proceso de redacción, la división entre ejército y política en el presente mexicano se volvió aún más difusa, y el papel del primero en decisiones

administrativas y económicas se volvió preponderante, creció la importancia de establecer un paralelismo con el México decimonónico, dónde el estatus que la carrera militar otorgaba y sus nexos con la élite política eran claves para entender el mundo social. Sin embargo, aún queda una interrogante muy importante que contestar, especialmente pertinente si se toma en cuenta mi formación como Historiador: ¿Por qué una novela?

Con este proyecto, desde su concepción, tenía como prioridad tratar como individuos complejos a los personajes del siglo XIX mexicano, sin caer en un discurso maniqueísta de héroes y villanos. Guiado por mi pasión por la literatura, en particular la novela, llegué a la conclusión que la literatura documental, que José Sánchez Carbó define como *obras que, con el recurso de la ficción, representan hechos reales, problemas sociales o crean universos basados en hechos reales. [...]la creación está alimentada por la investigación documental o de campo previa que el escritor o la escritora emprendieron para crear un texto, cuyos fines no sólo son meramente estéticos, sino que pretenden la recuperar la memoria histórica, elaborar una denuncia o crítica, construir modelos de comprensión de la realidad, visibilizar un acontecimiento o desnaturalizar prácticas culturales determinadas*<sup>2</sup> era la herramienta ideal, puesto que las técnicas literarias permiten explorar no sólo la figura central sino todo el periodo de una manera que se distancie de la Historia oficial y la cuestione, además de contextualizar nuevos términos y desmitificar la guerra de una manera que sea atractiva para el público en general; que queda inmerso en la narrativa y no se ve abrumado por el estilo de la escritura histórica tradicional.

---

<sup>2</sup> Sánchez, José. "Literatura Aplicada: creación, mediación e interpretación" en Pineda, Sebastián y Sánchez, José, *Literatura aplicada en el siglo XXI: ideas y prácticas*. México, Editora Nómada, 2022, 47.



Esta línea de pensamiento está respaldada, desde la filosofía de la Historia, por un lado en Wilhelm Dilthey<sup>3</sup>, quien, a partir del lenguaje, buscaba la “comprensión” en la interpretación de textos, entendida ésta como la experiencia interna de un mundo socio-histórico, a través de una “fórmula hermenéutica” que reconstruya la experiencia histórica en que engloban un proceso interior: Experiencia (un sentimiento, que para Dilthey siempre implica una toma de conciencia y no se puede disociar de la temporalidad, pues le da historicidad), Expresión (que considera un intento de “objetivizar” la experiencia a través de ideas, acciones o expresiones; tanto individuales como colectivas) y Comprensión; que para Dilthey no es una mera explicación del pasado, sino una “transposición y reexperimentación del mundo tal y como lo conoce otra persona en la experiencia vivida”<sup>4</sup>.

Una corriente de pensamiento similar es la propuesta por Hayden White<sup>5</sup>, que se basa en la afirmación que ficción e Historia son indisolubles, siendo la labor de la Historia un hallazgo (con elementos ocultos de invención) de relatos históricos. Como primer argumento, el autor propone cuatro tropos lingüísticos que en su opinión, son la base de toda historiografía: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía<sup>6</sup>. No estoy del todo de acuerdo con esta afirmación, pues creo que el estilo de escritura se configura a posteriori, motivado por patrones psicológicos y culturales, y que White sobreestima su influencia previa en la percepción de la historia.

Por otra parte, en lo que concuerdo con White es en su propuesta sobre la dimensión historiográfica, en el que cada individuo piensa en la historia desde uno de tres modos de

---

<sup>3</sup> Dilthey, Wilhelm. *El mundo histórico*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

<sup>4</sup> Da Trindade, Yaremis & López, Yesiney. “La hermenéutica en el pensamiento de Wilhelm Dilthey”: *Griot: revista de filosofía*. Vol11, núm.1, 2015. Pág. 338.

<sup>5</sup> White, Hayden. “La poética de la Historia”. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, 1973. Pág. 13-50.

<sup>6</sup> Idem, pág. 40

explicación, coexistiendo en la construcción del pensamiento histórico aunque uno se imponga al momento de manifestarlo: el epistemológico (por la argumentación formal, el preferido por la academia), el estético (por la trama, que se inclina hacia el factor literario o de historia, dentro de la disciplina) y el moral (por implicación ideológica, prominente sobre todo en la Historia oficial). Asimismo, White atribuye a cada una de estas dimensiones distintos modos de articulación (novela, romance, comedia, tragedia y sátira para el estético; formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo para el epistemológico; anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo para el moral).

Toda novela implica un posicionamiento ético, político y social, sea este implícito o explícito, y ser muy preciso en la delimitación de éste se vuelve de vital importancia si el género que se desea abordar es el de la narrativa histórica. Por su propia definición, no se trata de una literatura que gire en torno a lo ficcional, pero una mera enunciación de los datos investigados borraría cualquier pretensión artística o autoral. En ese balance delicado entre imaginación y fuentes, creatividad y rigor metodológico, fidelidad al pasado y comentario al presente, es que surge una interrogante: ¿qué hacer si uno de los personajes reales dramatizados, es considerado uno de los villanos en la Historia tradicional?

Hay dos salidas inmediatas: optar por no desapegarse en exceso de las convenciones de la historia oficial, e hilar un relato que confirme el discurso, dónde existen héroes y villanos maniqueos, y la nación se forja cuando, tras muestras de valor y sacrificio, los segundos, junto con las ideas que representan, son vencidos. La otra solución es inclinarse por el revisionismo, llevar al extremo la expresión de “todo villano es el héroe de su propia historia” y mostrarlos como víctimas incomprendidas de las circunstancias, figuras trágicas cuyos ideales fueron subvertidos por sus enemigos, o, en los casos más extremos, como

ejemplos de virtud cuya reputación se vio destruida por el verdadero antagonista, apuntando a una Historia oficial cargada de mentiras y censuras.

Sin embargo, en mi experiencia como lector he descubierto que las narrativas que más permanecen en mi psique son aquellas que se atreven a encontrar una caracterización intermedia, rica en contrastes y aparentes contradicciones, en la que el apartado creativo se concentra en recrear el mundo que estos personajes habitaron, y darle un sentido más íntimo (desaparecido de las fuentes) a su proceder, explicando las acciones de sus vidas no como las gestas y sacrilegios de personajes legendarios, sino cómo las de seres humanos con una psicología profunda, tomando como postura central que explicar las motivaciones del foco de la narración no significa obviar sus errores, o expiar sus culpas. Tomar postura como escritor es inevitable, pero el acto último de juzgar a los personajes, como en cualquier obra literaria, pertenece al lector, lo que nos obliga a reflexionar sobre las estrategias de construcción de la novela.

*Heroico Traidor*, como he decidido titular este proyecto, con fin de realzar la aparente contradicción en la caracterización del protagonista, no sólo es una historia que me parece muy interesante, sino que busca aprovechar las conexiones entre Historia y literatura: el formato de novela es más atractivo que un texto tradicional pues su trama centrada puede favorecer el aprendizaje del siglo XIX de una manera más dinámica y atractiva, pero a la vez seguir la metodología de un profesional de la Historia.

De esta manera, la novela pretende formar parte de una larga tradición; pues la difusión de conocimiento histórico, particularmente en México, ha sido un tema recurrente

sobre todo a partir del siglo XX<sup>7</sup> con el surgimiento del género de la novela de la Revolución, que incluye autores como Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela y Nellie Campobello, entre muchos otros. Más recientemente, autores como Ignacio Solares, Laura Esquivel y Pedro J. Fernández han alcanzado éxito comercial explorando el elemento biográfico; así como escritores ubicados en lados opuestos del espectro político, como Enrique Krauze y Paco Ignacio II.

Sin embargo, los que probablemente son los dos textos que más influencia han tenido en este proyecto son *El seductor de la patria*, publicado en 1999 por Enrique Serna y *Noticias del Imperio*, escrito por Fernando del Paso en 1987. Ambas no sólo comparten temporalidad (el siglo XIX) con el proyecto, sino que también buscan mostrar otra perspectiva y complejizar personajes comúnmente juzgados negativamente por la historia oficial (Antonio López de Santa Anna y la emperatriz Carlota respectivamente), haciendo un balance más imparcial de sus acciones y personalidad. Asimismo, ambas están respaldadas por una extensa investigación del periodo, proceso que busco replicar en el proceso de composición de la novela.

En la literatura, es difícil balancear el uso de arquetipos como protagonista y antagonista a la vez que se mantiene la objetividad. Este dilema se debe resolver desde la investigación, en la que la metodología debe concentrarse en comprender el periodo y los personajes sin emitir juicios de valor antes de comenzar el trabajo de escritura. Son tres las estrategias narrativas que considero claves para el éxito de la valoración histórica de los personajes: El primero de ellos es el narrador no confiable: quien cuenta la historia ¿Padece

---

<sup>7</sup> Aunque desde el XIX hay antecedentes importantes como las obras de Manuel Payno e Ignacio Manuel Altamirano.

de locura? ¿Tiene delirios por su vejez? ¿Es un condenado desesperado por salvaguardar su legado o un enemigo tratando de destruir al objeto de sus rencores? Es sorprendente la cantidad de afirmaciones simplistas y reduccionistas que el escritor puede incorporar si pone esta parcialidad en la voz del personaje y no la propia, pues proporciona al lector inmerso un juego de separar verdad de mentira, y dudar hasta de los acontecimientos mismos.

Esta duda no tiene por qué quedar contenida al personaje central, pues la segunda estrategia es proporcionar múltiples puntos de vista, ya sea a través de distintos narradores, o que el narrador omnisciente salga de la esfera del protagonista. Si la parcialidad del personaje sirve como recurso narrativo, el choque de múltiples parcialidades, muchas de ellas contradictorias, tiene la fortaleza de volver el contexto y la construcción del mundo más rico y vívido, sobre todo si la visión que el personaje central tiene de sí mismo es muy diferente a la que tienen sus enemigos, e incluso sus propios amigos. Este recurso es en especial útil cuando lo que se narra es una guerra, o algún conflicto político, pues el mostrar ambos lados del conflicto (sobre todo cuando se caracteriza positiva y negativamente a hombres y mujeres de ambas facciones), le da más rigor a la focalización.

El tercero de los recursos, y en el que más me enfoqué para redactar la novela, es la consciencia de la historicidad. Aunque esto no es común a toda la literatura histórica, me parece fascinante leer a personajes que saben que están viviendo hitos, y se saben con la influencia y el poder de tomar decisiones que afecten a grupos y sociedades completas. Estos protagonistas, que se saben futuros personajes históricos, están caracterizados por una obsesión con el legado, y el cargar con esta responsabilidad encontrada o impuesta (o en su descargo, intentar huir de ella), les da un nivel de análisis superior al de otros personajes

literarios. La gran ironía de esta realización de la historicidad es que es el escritor, y en ocasiones el lector, quien conoce el devenir, como verá el futuro a estos héroes y villanos ignorantes del futuro. Hay novelas que se regodean en esta crueldad, y utilizan la sátira y el humor para problematizar las ilusiones y delirios de sus personajes; hay otras que ven con pesar el pasado, y acompañando a los protagonistas en el dolor, extraen la reflexión de la inevitabilidad de la tragedia.

Sin embargo, me parece pertinente señalar que, de todos los ejemplos mencionados anteriormente, sólo Krauze es historiador de profesión. En mi tesis de licenciatura detecté que la mayor parte de la escritura y enseñanza de la Historia en México en el imaginario colectivo está en manos de literatos, comunicólogos, políticos e incluso egresados de Derecho. Esto en mi opinión se debe a que el historiador, en su mayor parte, se ha reducido a su propio círculo, y muchos de los textos están escritos exclusivamente para sus pares, por lo que no son accesibles a un público más amplio. En ese sentido, creo que es fundamental que la disciplina de la Historia mejore sus habilidades de difusión, y mi formación puede fortalecer la redacción de la novela para que tenga fortalezas de ambos campos de conocimiento.

Desde mi punto de vista, la principal ventaja de utilizar la novela como estrategia es que permite ahondar en aspectos en los que la historiografía está limitado, como una construcción de atmósfera a través de diálogos, descripciones y una trama narrativa que permita al lector comprender de una manera totalizadora el espacio y tiempo referido en la investigación, algo que las fuentes por sí mismas no pueden lograr, o incluso tener libertad creativa más amplia que me permita, por ejemplo, inventar personajes femeninos que permitan alejarse de la extremadamente masculina historia nacional. Dicha libertad creativa

es un tema delicado, pues no debe contradecir el rigor histórico o manipular la información disponible. Sin embargo, me parece que el aprovechar ciertos huecos en la historiografía para dar más trasfondo a los personajes y su contexto, dar personalidad distintiva a los protagonistas de manera que se vuelvan atractivos al lector (siempre ajustándose y siendo congruentes con su visión particular de la realidad) o recurrir a la invención para darle más vida y voz a sectores de la población que no son comúnmente escuchadas en la Historia oficial pueden dotar a la novela de un ritmo e identidad que no suplante la disciplina histórica, sino que funja como su complemento.

En ese sentido, para favorecer la comprensión, y permitir que la obra sirva como una manera alternativa de difundir conocimiento histórico, el lenguaje será en su mayor parte adaptado a la contemporaneidad, si bien en momentos selectos como al transcribir algunos pasajes memorables de las epístolas o discursos relevantes como las últimas palabras del protagonista se citarán de manera textual, indicando esta cualidad mediante nota al pie y de ser necesario anexando un glosario al final de la novela.

El personaje de Miramón, desde la perspectiva histórica, me parece fascinante porque pese a formar parte de acontecimientos clave y marcar varios hitos históricos (el primer presidente nacido mexicano, el más joven en ocupar la titularidad del poder ejecutivo), ha sido relativamente poco estudiado, y creo que constituye un personaje idóneo para la literatura, pues en su biografía se encuentran arquetipos que podrían asociarse tanto con el héroe mitológico como con un antagonista intrigante.

Sin embargo, mi objetivo como escritor es no inclinarse por ninguna de esas dos perspectivas, sino mostrar a un personaje complejo, enfocado en tratar de comprender el

origen de sus decisiones, seguir el punto de vista de un joven forjando una ideología política en un entorno sumamente polarizado y estudiar cómo la evolución de su carácter se ve marcado por su reacción a distintos acontecimientos entre los que destaca la intervención norteamericana, la guerra de Reforma y el Segundo Imperio. Que el protagonista sea un militar conservador permite ofrecer matices y otras perspectivas a algunos de los periodos que generan concepciones parciales en el público en general, dada la manipulación de la Historia oficial.

En este aspecto, el cómo aproximarse a los acontecimientos, se encuentra la primera distancia que como autor marco con mis personajes, pues estos ven la guerra como algo necesario, justificable e incluso glorioso, mientras que el narrador (en tercera persona) tiene como una de sus prioridades mostrarla de forma imparcial como algo terrible y brutal. Mediante el uso de investigación en fuentes secundarias y testimonios recuperados en archivos, la novela busca retratar los sinsentidos de la guerra a la vez que explora la relevancia que tiene la vida militar en el siglo XIX mexicano (casi todos los personajes históricos relevantes del periodo formaron parte del ejército, y esta era una manera común de aumentar el estatus social, político y económico). Si bien la carrera de Miramón fue atípica, en el sentido que ascendió excepcionalmente rápido, creo que tiene muchas características que vivieron otros personajes de la época, sólo en un menor lapso de tiempo, por lo que la novela muestra, tanto por la perspectiva de los propios soldados como de sus conocidos (esposas, familiares, conocidos civiles) como se configuró una de las principales estructuras decimonónicas, clave para entender las dinámicas sociales de la época.

Es importante delimitar temporal y espacialmente la novela: que se ubica entre 1831 y 1867, principalmente en México (aunque se exploran también Estados Unidos, Cuba y



Europa), particularmente las ciudades de México, Puebla, Veracruz, Guadalajara, San Luis Potosí, Querétaro, Zacatecas y Guanajuato. Al ser el mundo tan amplio, todos los capítulos están narrados en tercera persona desde la perspectiva de múltiples personajes con el fin de abarcar un contexto más amplio de la época, si bien la mayor parte de los capítulos seguirán al propio Miramón y a Concepción Lombardo. Esto a su vez permite que incluso los personajes retratados más negativamente tengan capítulos desde su punto de vista en el que se muestre de manera congruente, respaldada por investigación, su trasfondo y motivaciones, con el objetivo de construir personajes complejos.

Otra estrategia relacionada para evitar mostrar parcialidad por un bando u otro es dividir a los personajes no sólo en aliados y enemigos de Miramón, sino también en caracterizados positiva y negativamente. Todos los personajes de la novela se ubican en una de las cuatro categorías consecuentes, pero también están los que oscilan entre dos o más de ellas, permitiendo que las relaciones y por lo tanto la caracterización sean más complejas. De hecho, personajes liberales como Leandro Valle, Jesús González Ortega y Santos Degollado son retratados positivamente, casi como protagonistas paralelos. En ese sentido, el antagonista principal no es Juárez (caracterizado con tendencias negativas pero con justicia y apego a las fuentes) sino Leonardo Márquez, otro militar conservador, permitiendo así que el conflicto sea polifacético, vívido y realista.

En cuanto a las estrategias en lo que al protagonista refiere; su caracterización es fluctuante, pasado por altibajos, con errores y defectos de carácter muy claros que no son justificados por el narrador más allá del mostrar el origen de estos de forma congruente. Construir la psicología de Miramón es clave para el éxito de la novela, pues permiten que el lector comprenda sus decisiones de forma clara. Aunque los ideales políticos, forjado por la

carrera armamentística y su participación en acontecimientos como la guerra con Estados Unidos son puntos importantes a explorar, la novela también busca detenerse en la vida privada: las personas con las que estableció relación, el origen de sus rivalidades, su código de valores (que sobre todo buscaba fortalecer el gobierno contra invasiones y abusos de élites locales), sus ambiciones, sus virtudes (sobre todo la astucia táctica y el honor) pero también sus defectos (un orgullo desmedido y la impulsividad en la toma de decisiones). Retomando de sus propias cartas (conservadas por su viuda), así como los testimonios de los que lo conocieron y un análisis historiográfico de su actuar, la novela busca construir una identidad con claros oscuros del personaje protagónico en busca de darle sentido a una aparente contradicción: ¿por qué ante el pelotón de fusilamiento, habiendo colaborado con un emperador extranjero, Miramón negaría con su último aliento el ser llamado traidor?

Para expandir en este punto, creo que es importante comentar la estructura de la novela. Además de un prólogo en 1823 (que tiene la intención de mostrar sus antecedentes familiares) y un epílogo en 1916 (en la que su viuda reflexiona sobre su legado), la novela está dividida en seis partes, cada una nombrada por el rol que asume el protagonista, que por lo tanto recibe una caracterización distinta que es a su vez una evolución de la anterior.

La primera parte se titula “El pícaro soñador” (1831-1846), y en ella la caracterización de la infancia y juventud del protagonista es mixta e incluso tendiente a negativa, pues es un rebelde carente de identidad o propósito, culminando la sección con la expulsión del colegio.

A continuación “El niño héroe” (1846-1851), retoma elementos de la Bildungsroman o novela de formación, pues a través del colegio militar y la guerra con

Estados Unidos el personaje consolida los principales rasgos de su personalidad, siendo su caracterización en su mayor parte positiva.

La siguiente parte, “El joven Macabeo” (1851-1855), es quizá la parte más moralmente ambigua en lo que a caracterización se refiere, pues por un lado se explora su vida sentimental y ascenso militar, pero por el otro se muestra de manera objetiva su ambición y primeras rebeliones.

La sección más larga de la novela se titula “El caudillo presidencial” (1855-1860) y explora tanto la guerra de Reforma como su presidencia. Al ser mi intención en esta etapa mostrar su prodigio militar y un programa político más complejo del que se le da crédito, además de la congruencia de su carácter (esté o no esté el lector de acuerdo con sus creencias) la caracterización será en su mayor parte positiva, sin negar por esto los defectos establecidos en secciones anteriores.

En “El exiliado indigno” (1860-1863) se recrea el momento más oscuro del personaje, desde la derrota hasta aceptar ponerse al servicio del Segundo Imperio, y la recreación de su depresión e intrigas, no están justificadas de ninguna manera en la narración, es con certeza el punto de caracterización más negativa del protagonista, pero con un componente un tanto trágico.

Finalmente, “El leal general” (1863-1867) continúa con la oscuridad de la sección anterior es también una historia de redención personal pues el protagonista redescubre y reconquista su propósito histórico, por lo que la caracterización tiende a ser positiva, si bien, considerando lo desarrollado en las partes anteriores, el balance general es más bien neutral, permitiendo al lector extraer sus propias conclusiones.

En cuanto al elemento de investigación, fundamental para el éxito de la novela histórica; gran parte del tiempo se ha dedicado a leer fuentes, condensar información en tablas e incluso visitar algunas de las locaciones en las que se desarrolla la historia; por lo que a continuación desglosaré los principales antecedentes, fuentes y conceptos utilizados.

Considerando la importancia del personaje, hay una sorprendentemente limitada cantidad de información sobre el mismo. Fuera de fuentes especializadas, la información en portales de acceso público<sup>8</sup> se limita a semblanzas someras o a enumerar al personaje en el trasfondo de los periodos en los que participó, e incluso el número de fuentes historiográficas se ve eclipsado si se compara con algunos de sus contemporáneos.

Entre los antecedentes literarios, algunos de los más conocidos son *Como yo te he querido* publicado en 2009 por Erma Cárdenas, centrada en el romance de Miramón con Concepción Lombardo y *La derrota de Dios*, (José Luis Trueba, 2010) enfocada en el aspecto militar del personaje, así como la biografía *Miramón: el hombre*, de José Fuentes Mares, en 1974. De las tres, quizá el último texto es el que más se acerca a mi intención, al ofrecer la perspectiva del personaje no sólo militar (como el texto de Trueba) o romántico (como la novela de Cárdenas) sino sobre todo política. Sin embargo, creo que la biografía por Fuentes Mares tiene importantes huecos en su investigación, además de cometer imprecisiones históricas producto de una mirada parcial, inclinada a favorecer a Miramón, por lo que mi trabajo tiene la posibilidad de llenar este vacío literario al ser una obra no sólo más completa, sino más imparcial en las caracterizaciones.

---

<sup>8</sup> Como un ejercicio realizado en clase, se realizó por un lado un compilado de los resultados de buscar "Miramón" en un buscador electrónico, y al juntarse los resultados de las primeras 27 páginas apenas y se rebasaron las 50 cuartillas. Replicando el ejercicio en un sitio de videos, para contabilizar 1000 comentarios fue necesario juntar cinco videos; en ambos casos se respalda la hipótesis de cierto vacío ya sea en el interés o en la información disponible.

Este proyecto busca retomar algunos elementos de los tres textos anteriores, pero supliendo sus debilidades ya sea de investigación o de focalización con el fin de mostrar una perspectiva más amplia de la vida del personaje y un juicio más imparcial de su obra, centrándose en las aparentes contradicciones de sus acciones. Además de la bibliografía y el glosario, otros elementos meta narrativos que se piensan incluir en la obra son una nota histórica en la que se explore el proceso de adaptación, indicando donde la imaginación del autor debe suplir la falta de datos; una lista de personajes agrupados por facción política y esquemas de algunas batallas relevantes como Chapultepec o Querétaro.

El soporte documental, aunque recuperando cuadros de la época y vestigios físicos (vestimenta, armamento) y arquitectónicos, es sobre todo escrito, combinando tanto memorias escritas de testigos de los acontecimientos, como investigaciones realizadas posteriormente, algunas de las cuales se mencionarán en los párrafos siguientes. Por lo tanto, pese a ser fundamentalmente una obra narrativa, la misma estará fundamentada en una investigación que demuestre conocimiento tanto de la biografía de los personajes centrales como el contexto en el que vivieron.

Las tres principales fuentes de primera mano que se utilizaron como referencia de la novela son *Memorias* de Concepción Lombardo, cuya edición publicada por Porrúa incluye el epistolario entre los esposos y transcripciones de otros documentos del personaje; *El General Miguel Miramón* una revisión de Román Araujo del testimonio de Víctor Darán que se publicó por primera vez en 1887 y prensa periódica del siglo XIX, fundamental para que las descripciones de costumbres, vestimentas y formas de hablar estén dotadas de la mayor cantidad posible de realismo, construyendo una atmósfera más inmersiva, así como

comprender de mejor manera cual era la percepción de acontecimientos que hoy nos parecen lejanos por aquellos que los vivieron.

Entre las fuentes secundarias, algunos textos biográficos utilizados para la obtención de información son *Miguel Miramón: Militar y estratega en la Gran Década Nacional, 1857-1867*, publicado en 2022 por Humberto Morales Moreno y *Miramón: Caballero del infortunio*, escrito por Luis Islas García en 1957. Por otra parte, para contextualizar el periodo político y social en el que transcurre la obra se recurrirá a textos como los capítulos 9 y 10 de *Historia General de México*, escritos por José Antonio Serrano Ortega, Josefina Zoraida Vásquez, Andrés Lira y Anne Staples; así como los segmentos referentes a la pareja presidencial en *La suerte de la consorte* de Sara Sefchovich. Textos biográficos de los personajes secundarios de la historia, como Maximiliano, Juárez, Márquez, Santa Anna, entre otros, utilizados para recopilar información extra sobre su trasfondo, también serán debidamente citados; mientras que información de archivo sobre edictos y crónicas de batallas, de encontrarse, serán incorporados en las descripciones o transcritos textualmente.

El trasfondo de la novela estará primordialmente enfocado en la historia mexicana del siglo XIX, donde se desarrolló el protagonista, aunque también se aprovechará la narrativa para desarrollar acontecimientos en el extranjero como la guerra de Secesión o la guerra franco prusiana, únicamente en los aspectos que afectaron directamente los eventos de la narrativa. Josefina Zoraida Vásquez<sup>9</sup> divide los periodos de la temporalidad en los que se desarrolla la novela en los siguientes: Primera república federal (1824-1836), República centralista (1836-1846), Segunda república federal (1846-1853), Dictadura de Santa Anna

---

<sup>9</sup> Vázquez, Josefina. "De la independencia a la consolidación republicana" en *Nueva Historia Mínima de México*. México: Colmex, 2004. 137-191.

(1853-1855), Reforma (1855-1861), Interludio liberal (1861-1863), Segundo imperio (1863-1867). Aunque estos términos son útiles para la recopilación de fuentes y organización de hechos en la fase de investigación, la novela propone una periodización propia enfocada en la biografía del personaje (cómo se puede ver en la estructura), pues la narrativa permite visibilizar como, en la práctica, *federalismo*, *centralismo*, *liberalismo* y *conservadurismo* coexistieron alternándose sin límites claros, y su fortaleza o debilidad política depende muchas veces de la región y clase social. Aun así, la definición de estos cuatro conceptos debe ser realizada con mucho cuidado, pues son centrales para la concepción del pensamiento político mexicano decimonónico; particularmente los dos últimos se han redefinido y usado políticamente a tal extremo que la concepción original de los términos se ha perdido, por lo que la novela tiene la responsabilidad de mostrar como surgieron y se consolidaron, así como la complejidad de cada uno.

Por lo tanto, para propósitos de esta investigación, se definirán como:

El federalismo mexicano, que en realidad tiene características más de confederación

Nace en la voluntad de crear un poder federal mínimo [...] con competencias reducidas a ejercer sólo una parte de la soberanía, la que pudiera defender México de las pretensiones de otras naciones y fijar el gasto federal, pues la parte de soberanía interna, la que tiene que ver con el control efectivo del territorio y de su población corre a cargo de los estados (Carmagnani 26)<sup>10</sup>.

En contraposición, el centralismo mexicano, que se declaraba a sí mismo de corte liberal moderado (paradójicamente), tenía como intención principal fortalecer el gobierno

---

<sup>10</sup> Carmagnani, Marcello. "Las formas del federalismo mexicano" en *Circunstancias* año III, núm. 9. Fundación José Ortega y Gasset, 2006. 25-31

nacional ante la falta de cultura política y los problemas económicos producto de la intromisión de las élites estatales<sup>11</sup>.

Posteriormente, estas posturas políticas evolucionarían a dos partidos políticos consolidados. El más difícil de definir es el liberalismo, puesto que desde el siglo XVIII ha evolucionado en varias corrientes. En el caso mexicano, Fernando Escalante Gonzalbo<sup>12</sup> afirma que se trató de un pensamiento ecléctico (usado desde 1822 en el discurso político, cuyas principales características eran un federalismo radical, nacionalista y anticlerical; pero que se aleja de los modelos típicos europeos; por lo que tuvo un carácter más bien pragmático y más bien mutable, asociado en la práctica a la defensa de las constituciones de 1824 y 1857.

El concepto de conservador surge en México por primera vez en 1850, en un editorial de Lucas Alamán que afirmaba la intención de conservar la unidad nacional, sus virtudes y riquezas frente a la corrupción, excesos y precariedad propiciada por los liberales (en ese entonces asociados al federalismo)<sup>13</sup>. Por lo tanto, es un término vago que engloba a monarquistas, tradicionalistas, republicanos moderados y centralistas, siendo su único eje rector la oposición a las reformas liberales, particularmente la Constitución de 1857.

Finalmente, retomando a Érika Pani<sup>14</sup>, debo señalar que, en aras de ser históricamente preciso, para referirse a los bandos de reforma se usarán los términos de constitucionalistas (es decir, los defensores de la Constitución de 1857) y reaccionarios

---

<sup>11</sup> Serrano José y Vázquez, Josefina "El nuevo orden, 1821-1848" en *Historia General de México*. México: Colmex, 2010. 397-442.

<sup>12</sup> Escalante, Fernando "La dificultad del liberalismo mexicano". *RIFP*, núm 18. México: Colmex, 2001. 83-97.

<sup>13</sup> Lira, Andrés y Staples, Anne "Del desastre a la reconstrucción republicana, 1848-1876" en *Historia General de México*. México: Colmex, 2010. 443-486.

<sup>14</sup> Pani, Erika. "La guerra civil: 1858-1860", en Garciadiego Javier, coordinador *Gran Historia de México Ilustrada Tomo IV: De la reforma a la revolución, 1857-1920*. México: INAH-Conaculta, 2001. 41-60.



(opositores a la reforma), pues no sólo fueron los utilizados en la época sino que describen con mayor precisión la postura política de los involucrados en uno y otro, dado que liberales y conservadores, como establecimos anteriormente, son términos que en el siglo XIX mexicano tenían definiciones demasiado generalizadas. Además de aproximarse a la vida militar, cuya importancia social y cultural fue fundamental en el siglo XIX como desarrollé anteriormente, y una crítica a la guerra como concepto mismo, hay otros dos conceptos clave que no definiré en esta introducción, porque la discusión de su pertinencia es fundamental en la trama.

El primero es la idea de Patria, pues en el incipiente Estado mexicano decimonónico, este probablemente no tenía la misma concepción que actualmente. Desarrollándose la historia en un conflicto entre varios proyectos políticos, es fundamental para el éxito de la novela que cada perspectiva sea justificada, y mostrar los motivos por el que los personajes escogieron un bando u otro, dado que ambos enarbolaron el patriotismo como bandera para justificar acciones bélicas. En ese sentido, dado que todos los personajes buscaban o bien construir un nuevo sistema o defender el existente, es pertinente plantear las interrogantes: ¿Cuál es la diferencia entre construir una patria y defenderla? ¿Qué tanto se puede sacrificar en pos de un proyecto? ¿La Patria significó alguna vez algo, o es un concepto abstracto explotado políticamente?

El otro concepto importante a explorar es el de traición, presente desde el título de la novela. Miramón es un personaje contradictorio, pues su participación en defensa del colegio militar y su valentía militar son descritas como heroicas, pero es ejecutado por traidor. Estos dos términos, “Héroe” y “Traidor” son juicios de valor que fluctúan dependiendo de la perspectiva de quien los asigna, pero en realidad los personajes

históricos son hombres y mujeres de carne y hueso, con sus virtudes y defectos. La caracterización de los personajes tiene el objetivo de mostrar cómo los individuos actúan en consecuencia de su propio contexto, y que una misma acción puede interpretarse de forma radicalmente distinta dependiendo de cada perspectiva. En ese sentido, creo que la novela es una herramienta muy útil, pues al ir más allá de las fuentes que permanecen permite ver, en toda su complejidad, esos debates que no sólo se expresaron en el ámbito público, sino que también se desarrollaban en los ámbitos privados.

Para concluir debo hacer una aclaración importante. El proyecto de novela *Heroico Traidor*, como se expuso anteriormente, está dividido en seis secciones, cada uno dedicado a un periodo en la historia del protagonista. Para esta entrega, seleccioné uno o dos episodios de cada una de estas secciones, los que me parecen más relevante para su caracterización y que, leídos en su conjunto, permitan comprender su arco narrativo; tanto en un sentido macro (la formación de su carácter como militar y político) y micro (la relación con su padre y su hermano), ambos en constante comunicación; explorando sus rencores y ambiciones hasta culminar en una catarsis en la que me atrevo a incorporar elementos de fantasía (alucinaciones o apariciones).

Estos capítulos recrean situaciones ya sea documentadas por fuentes historiográficas (las batallas de Chapultepec y Querétaro) o testimonios escritos (registrados en cartas del propio Miramón o las memorias de Concepción Lombardo). Por lo tanto, aunque la narrativa está construida a partir de acontecimientos registrados, las fuentes ofrecen suficiente libertad para profundizar en los pensamientos de los personajes cuya perspectiva se sigue, y focalizar los hechos y diálogos (algunos recuperados de manera textual, aunque

en la mayoría de los casos haciendo paráfrasis para hacerlo más accesible) de manera que realcen los ejes temáticos de la novela.

La línea entre ficción y no ficción resultó porosa en este ejercicio, y por eso la utilización de fuentes, aunque clave, quedó supeditada en cierto sentido a un taller narrativo, que se pone en evidencia sobre todo en la incorporación de conversaciones íntimas (si algunas de estas son imaginarias o sobrenaturales, queda a discreción del lector). Si bien el formato de novela permitió un mayor nivel de intimidad con el personaje, y a través de una deconstrucción psicológica tener una mirada más compleja del periodo en sí mismo, no estuvo exento de desafíos. Por un lado, recrear el ambiente implicó un esfuerzo consciente para evitar caer en anacronismos, sobre todo considerando que el paso del tiempo en el siglo XIX (sobre todo en lo que se refiere a las noticias), es muy diferente al actual. El cómo desprenderse de las fuentes y contar algo más que una lista de victorias y derrotas implicó también varios momentos de reflexión, que se resolvieron al volver a analizar al personaje en un nivel más profundo, conjeturar motivaciones que no podría revelar en escritos públicos, lo que a su vez me llevó a explorar la masculinidad como eje temático, y a tratar de descifrar, por una parte, si tenía una conciencia histórica del devenir, y por el otro, qué valores lo llevaron a decidirse por una vida militar.

Miguel Miramón es un personaje fascinante de dramatizar, no sólo por las acciones e hitos de su vida, que corresponderían a mi faceta de historiador, sino por dos aspectos que apelan más al escritor: por un lado, era un hombre consciente de su historicidad, que tenía la posición y las herramientas para tener un pensamiento a largo plazo sobre su actuar, en un país que todavía no existía como tal, pues se trata de una nación apenas en proceso de construcción. Por otro lado, más allá de su carrera política, en el momento de escribir

encontré en su perspectiva como militar una cosmogonía decimonónica que las fuentes no pueden terminar de explicar, arrojando preguntas como ¿cuál era el peso del concepto del honor en esa época? ¿Qué papel jugaron las expectativas familiares y de género en la formación del carácter? ¿Cuál es el efecto de un clima de violencia constante, que las propias víctimas reproducen en el futuro? ¿Cómo alguien fusilado por traición puede llamarse a sí mismo patriota en sus últimas palabras?

¿Cuál era la conciencia histórica de los personajes de *Heroico Traidor*? ¿Qué significado buscaban en el tiempo que habitaron? Para resolver esto hay que caminar la línea entre los factores externos (noticias, información de archivo) e internos (literatura de la época, testimonios de primera mano preservados). La información de las fuentes tradicionales diría que la vida militar y eclesiástica, el peso de las instituciones del Ejército y la Iglesia en todos los aspectos políticos y sociales; pero queda la pregunta de qué impulsaba a los habitantes de aquel lejano México a configurar su vida alrededor de una o la otra; pues si bien Dilthey cree que aunque los “individuos persiguen sus propios fines [...] encuentran en la conexión nacional un campo de finalidades comunes, en el que actúan como un solo sujeto”<sup>15</sup>, habría que resaltar que estos sujetos nacionales muchas veces se hallaban en franca contradicción.

Las aproximaciones que he hecho a la vida de Miguel Miramón, mi protagonista, arrojan dos posibles respuestas, intrínsecamente relacionadas: la idea de patria (macro) y la idea de honor (micro), implantadas en la psique social a través de la consolidación de roles de género, en medio de un terrible ciclo de violencia. Por lo tanto, a mitad del proceso de escritura tuve una revelación, y acentué la relación de mi protagonista con su padre y su

---

<sup>15</sup> Dilthey, 2014, pág. 310

hermano, las presiones a las que cumplir las expectativas lo sometían, información que no puede comprobarse en documentos, pero que ofrece una caracterización congruente con los datos de los que disponemos, y su búsqueda de identidad (como militar, como hombre, como mexicano) podría llegar a tener alcances ontológicos. En términos de Dilthey, sabemos mucho de la *vivencia* de los personajes, y podemos deducir su *expresión* a través de sus acciones, pero el pulso narrativo lo dará el preguntarnos si lograron alcanzar la *comprensión*, al menos de forma intuitiva, su lugar en la Historia. Miramón se veía a sí mismo diferente como militar, como hombre y como mexicano, y tratar de reconciliar estas facetas internas fue un juego narrativo muy gratificante.

*Heroico Traidor* es por tanto una novela producto de una estricta metodología que no por eso renuncia a su intención de cautivar, conmover y hacer reflexionar al lector. No se tiene que optar por una u otra, porque nunca han sido campos enemistados, sino que este es un puente para reconstruir un mundo pasado de tal manera que se pueda aprender de él, y a la vez cuestionarse el propio presente, pues en la aparente contradicción del título se esconde la vida ambigua pero congruente de un hombre al que no sé le puede categorizar con otro adjetivo que el que más nos define a todos: humano.

# Prólogo

Puerto de Veracruz, 1° de febrero de 1823

El aire apestaba a pólvora y derrota, pero los conjurados creían que vivían su mejor momento.

El más orgulloso de todos era un hombre robusto y de gesto severo, lampiño, orejón, con manos callosas. Con treinta y cuatro años, presumía su uniforme limpio y brillante, ignorante a la mirada condescendiente de sus pares, que no veían estatus en el lustre del atuendo, sino falta de experiencia en combate. Aunque decía a todo aquel dispuesto a oírlo que por sus venas corre sangre noble, su piel morena delata el secreto que ocultaba: por muy navarro que hubiera sido su padre, la mayor virtud de éste fue su matrimonio con una mestiza adinerada.

Esa mañana, a Bernardo no le importaba que su rango lo excluyera de ser uno de los treinta y cuatro firmantes. Que se reunieran en un almacén fuera de la ciudad por miedo a que el gachupín los apresara si cruzaban las puertas no le molestaba, así como tampoco que los “gloriosos restauradores” llevaran dos meses en franca retirada, después de que el general no pudiera tomar Jalapa. No, esa mañana lo único que interesaba a Bernardo era que lo habían seleccionado para sostener la pluma, y su fantasía, producto de ser el dueño de un taller de imprenta, lo había convencido de que ser secretario de intrigantes era el mayor de los honores.

Rasgaba el papel con orgullo, que llevaría después al primer taller que encontrara para que jinetes lo difundieran por toda la nación. La política nunca le había interesado, pero sabía que no había manera de crecer bajo el dominio del emperador, quien sólo favorecía a sus amigos. Quizá era momento de que un nuevo grupo, uno con el que hiciera

contactos, tuviera su oportunidad. Saltándose una introducción sobre votos y libertades, leyó a los reunidos la primera oración que Santa María le había dictado:

*“Siendo inconcuso que la soberanía reside esencialmente en la nación, se instalara el Congreso á la mayor posible brevedad”.*<sup>16</sup>

Aunque el que dictaba las palabras era el embajador de Bolívar; eran otras tres las figuras en las que se concentraban todas las miradas: el gachupín, el criollo y el mulato. El primero de ellos, Echávarri, hasta hace unos meses gobernador de Puebla, donde se refugiaba en ese momento el emperador, y ahora líder del ejército en Veracruz por poderes de emergencia. Del tercero, ni siquiera se molestó en aprender su nombre, pues no era más que un enviado de Victoria, el insurgente, que seguía escondido en algún lugar de la sierra, pero que había mandado fe de su compromiso con el levantamiento.

Pero era el criollo, oriundo de tierras de comerciantes y agiotistas, quien atraía su atención. Su hoja de servicios no era la más notoria de los ahí reunidos, pero con su sonrisa taimada, su casaca perfumada y sus puros importados, proyectaba un aura de poder que no se podía menospreciar. Así se lo dio a entender Bernardo tras llegar al almacén, cuando lo tomó de los brazos y le dijo:

—Mi general, estoy seguro que está usted destinado a ser el Protector de la Libertad. No deseo más honor que el de ser testigo de la gloria que traerá ésta nación, y juro en este sagrado día que la suerte de mi descendencia quedará atada al camino que usted tome.

Cuando Antonio López de Santa Anna no sólo estrechó su mano, sino que lo abrazó, antes de darle una pluma gris, Bernardo creyó que aquel sería el día en que la vida le daría lo que siempre había merecido. Y cuando el general le susurró que nunca olvidaba

---

<sup>16</sup> Artículo Primero del Plan de Casa Mata, recuperado del original.

las amistades leales, el recluta tuvo una visión tan clara como si el cielo mismo la hubiera mandado: en ese sórdido almacén de Casa Mata, el nombre Miramón entraba a la Historia, y Bernardo no sólo sería el primero, sino el más grande de tan noble casa.

Tres horas y once artículos después, mientras una hilera de militares alzados firmaba el concretado Plan, Bernardo de Miramón soñaba despierto con ascensos y fortunas, viendo el triunfo como algo seguro y eterno. Esa mañana le daban el último golpe al ambicioso Iturbide. Lleno de vanidad, rio para sus adentros, pues él era el héroe que daba muerte a un Imperio, y no se le ocurría quién podría ser el traidor que intentara traer uno de vuelta...



## **I. El pícaro soñador (1831-1846)<sup>17</sup>**

---

<sup>17</sup> Esta primera sección busca contextualizar la inestabilidad política de México, y establecer la posición social de Miramón. Los dos capítulos presentados introducen la relación del protagonista con su padre y a nivel temático los conceptos de legado, honor y estatus.

## La maldición del coronel

Ciudad de México, 27 de septiembre de 1831

Incluso con los alaridos de su mujer, Bernardo de Miramón alcanzó a escuchar el grito del sereno. No pudo distinguir palabras, pero estaba seguro de que era apenas la primera ronda. “Una hora para la medianoche. Me quedo sin tiempo”.

El hombre estaba de pie, junto a la ventana, bañado en la luz del farol. Las mujeres yacían en el piso, apenas iluminadas por un par de velas. El rostro de Carmen relucía de sudor, pero el camisón blanco seguía impoluto. El coronel sabía muy poco del cuerpo de las mujeres, ni siquiera había estado en el alumbramiento de sus otros hijos; pero entendía que si no había sangre, tampoco criatura. La partera, una india que había mandado traer de Tlaxcala, escurría otro trapo sobre la bacinica, deshaciéndose del exceso de agua.

— ¡Puja, mujer! ¡Maldita sea, Carmen! ¡El galeno dijo que los nueve meses se cumplían hoy!

—No es una ciencia exacta, coronel —intervino la partera, sin que la voz le temblara.

— ¡Entonces no debieron ilusionarme! Carmen, te estás quejando desde las cuatro, la india llegó cuando aún había sol. ¿No te puedes esforzar?

— No...no lo controlo...Bernardo —le contestó entre jadeos— ¿Por qué es tan importante? ¿Sería menos hijo tuyo si lo alumbro mañana?

El oficial del ejército no le contestó. Extrañaba su casona, la que tenía el escudo de armas de su familia en el pórtico; pero la mansión de su mujer estaba en mejor estado. No tenía tanto que lo habían trasladado de Puebla, y carecía del tiempo para reparar su hogar familiar. Ni el dinero...y no estaba para rogarle a sus suegros, ya bastante se había humillado al vivir de la dote de Carmen en sus años de desempleo.

—Iré a fumar al estudio. Cuando regrese, espero que haya progreso.

En la butaca que había pertenecido al abuelo de su mujer, Bernardo olía el tabaco quemado que su cuñado había traído de Cuba. Aunque seguía oyendo a Carmen gritar, su mente no estaba con su esposa, ni siquiera con su hijo nonato (si es que era varón, como la partera había jurado); sino en el desfile del medio día. Podía escuchar las trompetas, y el marchar de los oficiales, pero a él nadie lo había invitado.

De Anastasio Bustamante no esperaba nada. El viejo realista, que firmó el Plan de Casa Mata cuando le convino, pero ahora como presidente recordaba que había sido amigo del finado Iturbide, les negaba el saludo a los otros insurrectos contra el emperador. ¿Qué se podía esperar de quien usa el regimiento que se le dio para combatir el intento de reconquista para dar un golpe de Estado?

“La reconquista”. Si tan sólo lo hubieran convocado a esa campaña, ahora quizá tendría el estatus que se merecía él, que estuvo en el nacimiento de la república, pero el “Héroe de Tampico” no era más que un ingrato. Hace ocho años lo había abrazado en aquel viejo almacén de pólvora, lo había llamado amigo, pero tan rápido era en dejarse seducir como en olvidarse de quienes le prestaban servicios. Aun así, lo seguiría a todas partes, no por devoción al juramento que hizo en su momento, sino porque creía en su intuición. Los rumores que salían de Manga de Clavo decían que conspiraba con Farías, Pedraza y quién sabe cuántos más. Ese Santa Anna quizá todavía tenía un futuro.

Pero si se insurreccionaba, un lugar en el círculo de confianza sería codiciado por veteranos y advenedizos. En su fuero interno, Bernardo sabía que como zalamero no llegaría mucho más lejos, y entre enemigos y falsos amigos se habían encargado de que en su *cursus honorum* no constara gran cosa. Sabía la razón, una que el desfile de ese día le recordaba con saña: aunque pronto cumpliría una década de servicio militar, se había

enlistado tres meses tarde; y los que tenían el poder desconfiaban de aquellos que se unieron a los Trigarantes después de la entrada a la capital.

Pero había algo que los mexicanos adoraban más que las carreras y los triunfos, que engrandecía a un hombre más que el triunfo o la sesera: los símbolos. Si un vástago suyo llegaba al mundo en el décimo aniversario de la consumación, podía venderlo como una señal. Pero como era usual en ella, Carmen le estaba fallando.

De regreso a la habitación conyugal, se detuvo ante una de las habitaciones. Las mujeres dormían en una, José y Mariano se apiñaban en otra, pero el jefe de familia había decidido que ésa, la más grande después de la suya, fuera para Joaquín. Viéndolo dormir, con la inocencia de la infancia en su rostro pálido, adornado de claros rizos, Bernardo pensó que ése era un hijo del que podía estar orgulloso. No sólo había llegado en un viernes santo, sino que era el único de sus descendientes que reclamaba la sangre europea de su familia. En los ojos verdes de su tercer hijo, el coronel Bernardo veía el futuro de su nombre. Levantando de la cama al infante de cuatro años, lo abrazó, pero sólo tras asegurarse que estuviera dormido, pues los hombres se vuelven débiles si se dan cuenta que su padre los ama.

—Si tu hermano no nace antes de que acabe la hora, serás tú mi única esperanza, mi pequeño Joaquín —le susurró antes de regresarlo al lecho y salir de la habitación a oscuras.

No sabía cuánto se había demorado, pero el sereno no había vuelto a gritar. Aún le quedaban al menos veinte minutos. Incluso si nacía en la madrugada, la patera se callaría, y el párroco le creería cuando asentara la fecha en el acta. Encaró a la india en cuanto entró a su recámara.

— ¿Y bien?

— Sigue muy cerrada, coronel, el niño no llegará hoy.

— ¿Mañana? ¿Antes del alba?

— Doña Carmen apenas comenzó el trabajo, está muy tensa. No lo esperaría por otros dos días, al menos.

Bernardo de Miramón, cuidando de no llenarse el traje con el polvo de la estancia, se agachó por primera vez para estar a la altura de su esposa. Otro hombre le hubiera besado la frente a la afligida mujer, pero el coronel dirigió su atención al vientre de la convaleciente, y con fría calma susurró:

—Si te atreves a fallarme, crío, y llegas tarde, recordarás mi maldición. El día que más necesites celeridad, volverás a llegar tarde.

## **Una alfombra ensangrentada**

Ciudad de México, 15 de enero de 1846

La alfombra del estudio del coronel era carmesí, y un niño de catorce años sangraba sobre ella, pero el color ocultaba las manchas. “Piensa en todo. Sabe que no tiene dinero para lavarla” pensó en bromear Miguel, pero si abría la boca comenzaría a llorar, y no le daría ese gusto a su padre.

Cuando los golpes comenzaron, el primer instinto del muchacho fue desviar la mirada, observar las grietas en las paredes de la habitación, contar las telarañas de las esquinas, fantasear con los fantasmas de la casona hasta que su padre saciara su furia, pero si no le hacía frente, parecería que le tenía miedo. Con la frente enrojecida y los ojos húmedos, le sostuvo la mirada, y aunque el dolor lo hacía fruncir el gesto de vez en cuando, siempre volvía a alzar el rostro.

En el rostro de su torturador no existía amor alguno. Robusto, de cara lampiña y cuadrada, el coronel entrecano se aferraba con su diestra al bastón que le sostenía, pero en cincuenta y ocho años sus brazos no habían perdido la fuerza, y con la zurda sostenía una fusta de cuero negro que goteaba rojo. Su ropa era un traje de levita negro cuidado con esmero y una camisa blanca recién comprada, adornada con condecoraciones. La vieja casa, la única que les quedaba desde que se habían visto obligado a vender las otras, podría estar cayéndose a pedazos, pero para el mundo, cruzando la puerta, el anciano seguía siendo el nieto de un noble francés, y si debía escoger entre la apariencia y el sustento, no le remordía la conciencia dejar a sus hijos sin comer.

No estaban solos en el estudio. Aunque Miguel no los veía, sabía que su hermano de diez años y varias de sus hermanas veían el grotesco espectáculo. A su madre sólo la vio una vez cuando, cubriéndose la boca con las manos, cambió las lágrimas de júbilo al ver de

nuevo a su hijo perdido por un llanto de pena cuando el castigo comenzó. A Miguel los oídos le zumbaban, no entendió las súplicas de su madre, pero la atronadora voz de su padre resonó por la estancia.

— ¡No, Carmen! No es suficiente. ¡Un pastor! Le pidió al señor juez que le diera trabajo de pastor. Y reconoce que él fue el que convenció a sus amigos de escaparse del colegio. No sé qué cara les pondré a sus padres si vienen aquí a reclamar. Es una vergüenza para nuestro apellido. Me concedieron la promoción hace tres días, mujer y te juro que si tu hijo me la arruina... —vociferó, mientras apuntaba el fuste goteante en su dirección.

—Merece un castigo, Bernardo, pero te van a hacer prefecto. Lo que necesita es un cambio de aires, Tlaxcala le irá bien.

—Estás desquiciada si crees que lo llevaré conmigo para que siga arruinando mi vida. Pero tampoco puedo dejarlo aquí, exhibiéndonos con su libertinaje... ¡Déjanos Carmen! No te obligaré a ver lo que sigue. Llévate a las niñas, pero deja a Carlos. Debe aprender lo que pasa a quienes nos deshonran.

Cuando su única aliada abandonó la estancia, Miguel cerró los ojos, sabía que su padre guardaba un látigo en alguna parte. Pero no llegaron más golpes, sólo una mano firme que lo levantaba y un aliento a podrido respirándole en la cara mientras le decía:

— ¡Mírame muchacho!

Su padre seguía con el ceño fruncido, juzgándolo. La fusta había despedazado el saco del uniforme del colegio, que Miguel no había tenido tiempo de quitarse, y la camisa estaba empapada, pero la ropa se había arruinado desde antes: los pantalones rotos estaban llenos de barro, los zapatos tenían agujeros y el muchacho había perdido el moño en algún lugar del camino. El Colegio de San Gregorio exigía etiqueta absoluta, y su padre había gastado una fortuna en vestirlo con propiedad, pero tras cinco horas de huida y aventura,

los cinco muchachos que habían pedido posada muertos de hambre en la casa del juez de San Agustín de las Cuevas<sup>18</sup> parecían vestir harapos. El señor les había dado techo y comida, pero en lugar de dejarlos continuar su camino al campo, los había delatado con sus padres. Frente a su padre, Miguel seguía viendo en sus ojos una furia implacable, pero también algo que parecía desesperación.

—Aunque pudiera tragarme el orgullo y dejarte volver al colegio, de seguro Rodríguez Puebla ya firmó tu expulsión. Todo lo que invertí...

—Es sólo una escuela, padre. José, Mariano, ni siquiera Joaquín fueron a colegios finos, no los hiciste vestir de esta manera...

—No entiendes nada. ¿Por qué crees que gasté tanto en tu educación? Con las cosas como están en el norte, los negocios de Mariano no arrancarían nunca, y los sueldos de tus otros hermanos nunca serán la gran cosa. ¡Eras tú, malagradecido, el que nos sacaría de pobres! Pero ahora nunca tendrás una carrera en leyes, y sólo le traerás más desconsuelo a tu madre.

Miguel podría haber soportado más golpes, más insultos, pero no iba a permitir que lo responsabilizaran por el dolor de su madre. Aunque era todavía joven, era lo bastante mayor para darse cuenta que la otra casa, la que habían vendido, era de ella, y que su padre no había hecho más que derrochar su dote por décadas.

— ¡O tal vez saldríamos de pobres si te atrevieras a ver más allá del ejército! Tanta lealtad, tantos años de “servicio” y no eres más que un secretario...

Esta vez Miguel no sintió el fuste, pues fue el propio puño de su padre el que lo tumbó al suelo.

---

<sup>18</sup> Hoy centro de Tlalpan



— Has vivido demasiado tiempo en una fantasía, producto de los libros de tu madre. Desprecias la vida que te he dado pero ¿crees que tu solución campirana es mejor? Añoras la aventura, pero nunca te dará lo que ambicionas...

La puerta se abrió, y con el rabillo del ojo Miguel distinguió un cuerpo esbelto, galante, con una barba bien recortada. El azul y el dorado del uniforme militar que portaba contrastaban con el rojo de la alfombra y el gris de las paredes.

“Entonces es cierto que se graduó”. Miguel apenas había visto a su hermano favorito un par de ocasiones los últimos cuatro años, desde que lo mandaron al Colegio Militar. Su padre le había incluso prohibido asistir a la ceremonia de graduación, encerrándolo para estudiar, y tan poco hablaban de ella, que había comenzado a dudar que se hubiera celebrado. Pero, ya no importaba. Joaquín por fin había vuelto a casa.

Los hermanos intercambiaron una mirada, y Joaquín abrió la boca, quizá para defenderlo, pero entonces su padre hizo algo inesperado. El coronel solía ser distante con todos sus hijos pero, como si fuera otro castigo más, asegurándose de que Miguel lo veía, se desplazó a la puerta y abrazó con gozo a su vástago predilecto. Joaquín puso un brazo sobre el hombro de su padre con cortesía, pero su gesto preocupado seguía posado en el muchacho ensangrentado a sus pies.

—Te imaginaba rumbo a Yucatán, hijo; pero me alegra verte. Le diré a tu madre que prepare algo especial.

—Hubo un cambio de planes, otros se ocuparán de la sublevación. Pero aun así no puedo quedarme. Me han comisionado a Monterrey, la frontera está inquieta y los americanos...

Miguel vio cómo su padre se removía inquieto. Los rumores del Norte siempre lo dejaban intranquilo. Joaquín había mencionado alguna vez que tenía “conflictos morales”,

algo de ser masón, yorkino; pero el muchacho no sabía que significaba eso y que tenía que ver con un lugar tan lejano. Su padre y su hermano discutían de política, algo que a Miguel siempre le aburría, así que aprovechó para limpiarse un poco la sangre, sobre todo del labio que se le acababa de abrir. Mientras se incorporaba, alcanzaba a captar oraciones inconexas: que una oferta de compra de California, que Texas se había unido a no sé quién, que Paredes había expulsado a un embajador...Habían sido un par de semanas caóticas, desde el Golpe de Año Nuevo, y las noticias del norte no terminaban de llegar, circulaban rumores de guerra.

Las rodillas le dolían, pero no podía permitir que su padre lo viera tambaleándose; debía demostrarle que había podido con él. Joaquín se dio cuenta y lo ayudó a incorporarse. Miguel se prometió agradecerse después, pero no enfrente del coronel. Don Bernardo los veía fijo, al hijo brillante, modelo y al pícaro desobediente, y el muchacho vio como sus ojos se iluminaban con revelación. Por primera vez, se dirigió a su ensangrentado vástago por su nombre.

—No quería que otro más de mis hijos fuera militar, pero tú no tienes remedio. Miguel, es tiempo de que dejes de ser un niño y recuperes el honor del nombre Miramón. Irás al Colegio Militar el mes que entra, y Dios quiera que te conviertas en un hombre. De lo contrario, espero con ansias que haya una guerra, para el menos deshacerme de la vergüenza que eres.

## **II. El niño héroe (1846-1851)<sup>19</sup>**

---

<sup>19</sup> Esta sección muestra las vivencias de Miramón en el Colegio Militar, desde el ingreso hasta la graduación; donde se decidió por perseguir la vida militar y desarrolló su animadversión a los Estados Unidos y gran parte de la clase política. Los tres capítulos que se presentan como muestra, aunque van más allá del personaje principal, los considero importantes a nivel temático para mostrar (a través de una batalla emblemática) una visión crítica y realista de la guerra.

## La sinfonía de los cañones

Castillo de Chapultepec, 13 de septiembre de 1847

### *Dormitorios de los cadetes, 6:30 hrs*

Llevaba días oyendo el estruendo de los cañones, pero el impacto por poco tumbó a Miguel de la cama. Durante unas efímeras horas de paz, mientras la noche protegía la intimidad de sus temores, se atrevió a esperar que el asedio hubiera sido un mal sueño, o que el general hubiera llegado a tiempo para destrozarse al invasor. Horas para conciliar el sueño y sólo un instante para perderlo, con un zumbido constante en los oídos y la espalda fría de sudor, no tenía caso seguir acostado. Se incorporó de un salto y trató de concentrarse, pues su instinto le decía que algo estaba mal, pero se encontraba demasiado cansado para descubrirlo.

Lazo sí se había caído de la cama, en el catre de arriba. Frente a Miguel, dos Franciscos, Morel y Morelos, tenían cara de no haber conciliado el sueño en toda la noche. Cuatro literas estaban más cerca de la ventana, otras cinco lo separaban de la puerta. De los veintiún cadetes con los que había pasado la noche, quizá había intercambiado palabra con seis antes de ser reorganizados en la Segunda Compañía de Cadetes cuando llegaron las noticias de Molino del Rey.

Miguel sabía que años después los llamarían valientes por haberse quedado cuando Monterde les había ofrecido la opción de regresar a la capital, pero la verdad era que sólo un puñado —Pola, Unda, Capelo, él mismo, quizá dos o tres más— eran genuinos voluntarios. De sus compañeros de barraca le constaba que Banuet y Pérez de León no tenían otro remedio, pues no conocían a nadie en la capital; Trejo no tenía hogar ni familia; Yta había perdido una apuesta con Laurent; el joven Gabino Montes de Oca era responsable de su hermano, asignado a la otra compañía, y Cástulo se había quedado dormido cuando el

director había hecho el ofrecimiento y para cuando despertó la escolta llevaba horas de haber partido.

Durante los días de asedio había intentado memorizar esos y más nombres, pero ante el escándalo del bombardeo le costaba unirlos a rostros, a historias, a explicaciones. Las sienes le dolían como si las esferas de hierro escupidas con furia se estrellaran contra su rostro. El mismo monte temblaba, y de no ser por el humo y el fuego en la lejanía, podría pensarse que se trataba de un terremoto. Sintió polvo caer del techo sobre su cuello, sus brazos, sus piernas; pero sólo veía oscuridad. Las grietas, si existían, eran imperceptibles, y no podría saber si una bala había impactado hasta que el techo se les viniera encima.

Aunque no percibía nada, su mirada se movió de un lado a otro; “algo no encaja”, reflexionó “los norteamericanos dejaron de disparar en cuanto el sol se puso ¿por qué retoman el ataque aún en la penumbra?”. No tenía respuesta, pero el corazón le dolió con un presentimiento. Se incorporó y corrió a la ventana, casi arrancando la cortina de un tirón. Como agua fría sobre su nunca, la realidad lo terminó de despertar: en el horizonte, un pálido rayo de sol se asomaba.

— ¡Es el alba, con un demonio! Ni un instante de calma están dispuestos a conceder...—Gritó enojado.

Unos pasos detrás de él, los gritos de Feliciano lo interrumpieron. El pobre pedía ayuda, a la vez que intentaba separar a Delgado y Díaz, peleándose a puñetazos otra vez. La mala suerte los había obligado a compartir litera, y a ningún oficial le importaba que se detestaran. Miguel se giró para intervenir pero entonces un olor penetrante, amargo pero inconfundible ahogó su nariz: alguien se había orinado encima.

El aroma le daba asco, pero era aún mayor la vergüenza que le provocaba el desorden, y esa no lo podía ignorar conteniendo la respiración. Los cuarteles privados de los oficiales se encontraban lejos, y se necesitaba una autoridad.

Miguel atravesó el largo dormitorio, pero se detuvo en seco. Formarse su reputación le había costado meses, no estaba dispuesto a perder todo porque el destino le había condenado a enlistarse con un puñado de cobardes. Con nuevo ímpetu tomó la corneta de Valle y se subió a la única litera desocupada. Tomándose su tiempo para que cada nota inundara el lugar, sopló pese a que el polvo le llenaba los pulmones. Tres toques bastaron para que las peleas y lloriqueos pararan por un instante.

—Si su único recurso es sollozar como viudas, arrójense por la ventana de una vez. ¡Que alguien encienda un maldito farol! El resto, póngase el uniforme. Pasaré revista en tres minutos y juro por Dios que mataré a quien siga en camisón para entonces.

### ***Patio central, 7 hrs***

—En conclusión mi comandante, doscientos veinte hombres siguen patrullando el castillo, y aquí, bajo sus órdenes, permanecen trescientos treinta, pero los reportes de la guarnición en el bosque son preocupantes.

—No se ande con rodeos, Domasantes —expresó Nicolás Bravo, casi bufando, con los brazos cruzados— sé que conoce la cifra.

El general aludido tragó saliva. Recordaba los latigazos en la espalda del último portador de malas noticias; pero si desobedecía una orden directa, el comandante era capaz de fusilarlo ahí mismo.

—Mi comandante...sólo treinta y nueve se presentaron al conteo.

El círculo de oficiales contuvo el aliento. El único de los presentes que no mostraba la más mínima expresión era el propio Bravo, de rostro impassible.

—Doscientos veintitrés desertores en una sola noche. No merecemos ganar esta guerra. ¿Aún cree que fue buena idea dejar que los cadetes se fueran a sus hogares, Monterde?

El director del colegio, frunciendo el ceño ofendido, le sostuvo la mirada.

—Ayer teníamos suficientes hombres. En lugar de hacer reproches debería admirar a aquellos que se quedaron.

— ¿Cuarenta y cuatro niños, diecisiete maestros y el dispensero? —replicó el general Saldaña, con su molesta sonrisa— ¡Estamos salvados!

Intranquilo, Domasantes miró de reojo a Noriega y Pérez Castro. En los veinte años que llevaban sirviendo juntos habían mostrado ser hombres sensatos y leales, pero no había sido el campo de batalla, sino las noches de compartir historias y bebida al fuego lo que le permitía descifrar la más sutil de sus miradas. Un mismo pensamiento aquejaba a los tres amigos: la situación era ya demasiado gris como para incrementar el conflicto entre los defensores. Pérez Castro siempre había sido el menos prudente, Domasantes casi sonrió con nostalgia cuando se atrevió a opinar.

—Los desleales debieron haber aprovechado el alto al fuego y el cobijo de la noche, pero poco importa ya. Contamos todavía con quinientos sesenta y cinco... si excluimos a los cadetes. Quizá podamos resistir, aunque me preocupan los cañones. ¿Por qué no respondemos?

El teniente Gamboa gruñó. Domasantes no lo había escuchado hablar desde que inició el asedio, pues pasaba solo casi todo el tiempo. Amaba sus máquinas y no permitía un insulto a su trabajo.

— ¿Por qué cree usted? No hay pólvora suficiente. Prefiero guardar la poca que tenemos para cuando los americanos muestren la cara, y pueda ver cómo los vuelo en pedazos.

Bravo se alejó de la reunión para consultar en privado con Juan Cano, su segundo. Cuando volvió, pronunció con firmeza las instrucciones, pero los oficiales habían pasado el suficiente tiempo encerrados juntos para detectar un tono un poco más agudo en su voz. Estaba desesperado.

—Don Manuel, teniente coronel Pezuela, traigan a la guarnición del bosque, ya no sirven de nada allá. Cuando regresen, quiero que reestructure las divisiones, Saldaña. Trescientos se quedan aquí, el resto dentro del castillo bajo el mando de Monterde. Los cadetes aún no entrarán al combate activo, pero los quiero armados con municiones mínimas, no podemos prescindir de más. Pérez Castro, puesto que tanto le preocupan los cañones, ocúpese de ellos con Gamboa. Noriega, lo quiero en la reja, será responsable de la puerta. Cano, tú te quedas conmigo, al mando de la glorieta.

El aludido era un veterano de la guerra con Texas, y quizá el único que se atrevía a contrariar al viejo insurgente de sesenta y un años.

—No bastará para contener a los americanos, nos faltan hombres y todavía más parque.

— ¡Ya lo sé! Estamos en manos de Santa Anna, cojo inútil. No debió tratar de extenderse tanto. Los americanos vinieron con poco más de siete mil efectivos, si nos hubiéramos concentrado en un punto los superaríamos en número.

—Los hombres en San Cosme y Belén aún pueden llegar —se atrevió a decir Domasantes— envíe un mensajero a pedir refuerzos al presidente. Debe saber que el ataque se realizará aquí y no en las garitas.



Pero cuando la fría mirada de Nicolás Bravo se posó sobre él, Domasantes entendió que nunca debió abrir la boca, aunque en el fondo creía que su suerte estaba sellada desde el momento en que se había visto obligado a hacer el pase de lista, pues el comandante no soportaba las malas noticias, por más que no fueran culpa del que las llevara.

Cabargar hasta la garita como un simple mensajero y volver a tiempo era una tarea casi imposible, tan humillante como peligrosa, y el oficial supo quién había sido el infortunado escogido mucho antes de que la orden fuera emitida.

### *Caballero alto, 7 hrs*

Formados bajo el sol en la terraza del segundo piso, cuarenta muchachos rodeaban la pequeña torre y sudaban firmes mientras el director Monterde supervisaba la formación y los uniformes de los cadetes.

— ¡Tiene los botones mal colocados otra vez Arangoiti! ¡Nunca triunfará como militar!<sup>20</sup>— tronó el general —Si ya estuvieran enlistados en el ejército los azotaría por el desastre de esta formación.

Aunque conocía y era amigo de varios de los cadetes de la Primera Compañía, Camarena, Burgoa, Justino, Miguel no era ajeno al hecho que éstos habían llegado a la inspección mal fajados, apenas despiertos y con el mínimo viso de disciplina. Sus hombres en cambio, que tras su amenaza lo obedecían como si de un oficial se tratara, parecían auténticos soldados; con la frente arrugada por el sol pero firmes y sin emitir queja. Sin poder ocultar un gesto de suficiencia en su rostro, Miguel henchía su pecho de orgullo.

—Puesto que la Segunda Compañía parece ser la única consciente de que estamos en guerra —continuó el director tras terminar la inspección— serán los que conservarán su

---

<sup>20</sup> Tras el fin de la guerra Ramón Rodríguez Arangoiti se transferiría a la Academia de San Carlos, convirtiéndose en el arquitecto mexicano más reconocido del siglo XIX.

dormitorio. Primera Compañía, los acompañarán y no, no tienen derecho a desviarse para recoger sus pertenencias.

—Pero señor —preguntó Lorenzo Pérez Castro, de la Primera, quizá envalentonado porque su tío se encontraba entre los oficiales de Bravo— ¿No acaso nos quedamos para participar en la defensa del castillo? ¿Nos van a esconder como niños mientras el combate está por iniciar?

— ¡Sí, cadete, porque se han estado comportando como niños! ¿Creen acaso que la guerra es un juego? Ninguno de ustedes conoce la adrenalina de una carga de caballería, la terrible sinfonía de los fusiles disparando, la responsabilidad de matar a un hombre que busca acabar contigo. He visto a soldados profesionales cagarse encima de puro terror cuando el enemigo se aproxima, y no me voy a arriesgar a que, cuando la batalla inicie, mi formación se arruine porque imberbes cobardes rompan filas ¡A los dormitorios!

Las dos filas de cadetes giraron sobre sí mismas, pero uno de los más jóvenes, de apenas doce, se atrevió a preguntar:

— ¿Y si el enemigo entra, general? No tenemos con qué defendernos.

—En su paso por el jardín botánico les darán fusiles, pero sólo tienen carga para tres disparos cada uno. No avergüencen a este Colegio disparando al aire a la menor provocación.

Sin más instrucciones, los despidió con un gesto y sin otro sonido que el rítmico sonar de las botas, los cadetes iniciaron la marcha de regreso en silencio. Pensando en su carrera, Miguel se juró que, si le preguntaban, fuera ese día o en el futuro, mostraría indignación por no estar en primera la línea de combate, pero en la bóveda de su mente, mientras marchaba al dormitorio, la emoción que se imponía sobre el resto era de alivio.

*Patio central, 7:40 hrs*

— ¿Cuántos hombres me trajo, teniente Xicotécatl?

—Cuatrocientos mi general, pero cada hombre del Batallón de San Blas vale lo que diez reclutas frescos.

Domasantes sabía que Bravo no estaba conforme con la respuesta, y hasta a él mismo le pareció arrogante la presunción del líder de los refuerzos, como si los suyos fueran los únicos veteranos de la Angostura y Cerro Gordo, pero ya no le importaba. Había cumplido su misión, cabalgado cerro abajo hasta la Garita para entrevistarse con Santa Anna. No era responsabilidad suya que el presidente, en su absurda necesidad de seguir creyendo en un ataque sorpresa desde otra posición, les cediera sólo un batallón. “Bravo tendrá que culpar a alguien más por sus enfados, soy un general del ejército mexicano, no el recadero de Don Nicolás”, pensaba, aunque lo que sí le debía reconocer, era que a pesar de su edad, el comandante era capaz de imponer su voz por encima del incesante escándalo de los cañones.

—De algo servirán. Por la posición de los cañones, tienen rodeado todo el perímetro, es probable que ya hayan cortado el paso por el que llegaron. Teniente, prepare a sus hombres en lo que pienso en futuras instrucciones. El resto mantenga la formación, mis órdenes no han cambiado al respecto. De todas maneras evacuar resulta imposible a estas alturas —refunfuño el comandante.

Domasantes escoltó al batallón hasta la reja, y ahí intercambió unas palabras con Noriega. Bravo tenía razón, la altura les daba una ventaja, y cuando el enemigo comenzara a ascender, el bombardeo se tendría que detener. Si no había ataque esa mañana, quizá podrían aguantar el sitio lo suficiente para que un poco de sentido común entrara por la sesera de Santa Anna.

Junto a sus propios cañones, Gamboa supervisaba la inspección de las pocas balas con las que contaban. En el centro de la glorieta, Pérez Castro miraba hacia el horizonte, pero por un instante cruzó la mirada con Noriega y Domasantes; y éste supo que los tres militares estaban pensando en los viejos tiempos: habían ingresado juntos al ejército, peleado en Veracruz y en Texas. Llevaban ya once años como generales. Bajo el sol de la mañana, creyó ver una débil sonrisa en el rostro de Pérez Castro.

Por un instante, tan sólo por uno, Domasantes se atrevió a ser optimista, quizá la victoria era posible después de todo. Pero tan rápido como llegó, su fantasía se vio derrumbada con el tronar del cañón. A tres metros de su cara, una esfera de hierro sólido pasó volando como un relámpago, y en un instante ya había impactado en el patio central. La polvareda lo cubría todo, pero lo que le heló la sangre fueron los alaridos de dolor.

El polvo lo cegó, pero escuchaba el aliento de Noriega a su lado y ambos corrieron hacia el patio batallando para no tropezar con los escombros. En la glorieta la formación se había perdido, algunos lloraban, otros gemían, otros se escondían. Cano y los tenientes gritaban órdenes sin recibir respuesta, la inconfundible y tosca garganta de Bravo lidiaba con un arranque de tos. De entre el polvo salió Saldaña, ileso y con una expresión ufana, como si su supervivencia hubiera sido cuestión de habilidad y no de suerte.

El aire comenzaba a despejarse y Domasantes recuperó la vista, pero sintió algo viscoso y resbaladizo bajo su bota. Conteniendo el aliento, bajó la mirada. La bala de cañón había partido a un hombre por la mitad, desparramando sus entrañas sobre el escudo nacional grabado en la explanada. Levantando su pie, cubierto de tripas que pronto empezarían a pudrirse, miró a su alrededor, y contempló con asco que muchos de los soldados tenían el rostro y el uniforme empapados de sangre.

“Sangre mexicana” pensó con ironía y estuvo tentado de reírse. “Un soldado entrena y entrena, sólo para encontrar su fin de la manera más absurda y cobarde, no en combate singular contra el enemigo, sino por mero azar, víctima de un cañón disparado de forma aleatoria por un extranjero que ni siquiera podía ver a quien apuntaba.” Pero en ese momento, no culpaba a los americanos. Tal vez era el más joven de los oficiales, pero Domasantes era lo bastante viejo para saber que Santa Anna había dejado mucho tiempo atrás sus mejores días como militar, que se necesitaba sangre nueva al mando.

La otra verdad que conocía, la que nunca diría en voz alta, era que podría haber amasado un ejército mucho mayor de no ser por el desgaste de incesantes conflictos internos por la silla presidencial. “Ni un regimiento mandaron los malditos gobernadores”, se lamentaba. En ese ciclo sin fin de rebeliones y golpes, la guerra con los americanos sólo era una consecuencia de la incapacidad de los mexicanos de ponerse de acuerdo, pero en su patriotismo, el militar no lo había notado hasta que vio la sangre de uno de los suyos bañando al resto, y los intestinos de un buen soldado manchando el águila y la serpiente.

Estaban retirando ya la suciedad: un hombre había encontrado una pierna, otro cargaba la otra, que había volado hasta la escalinata; pero el pedazo más grande que había sobrevivido rodeaba una columna. Parecía que el rostro había quedado intacto.

Cuando Domasantes se acercó, el mundo le cayó encima, y la guerra se hizo más presente en aquel momento que en ningún otro combate que hubiera librado antes. Aquel rostro, con sus ojos inexpresivos que se perdían en el lejano amanecer y no volverían a mirar nunca a su amigo, eran los de Juan N. Pérez Castro.

“No debías acabar así, descuartizado, antes de cargar en tu última batalla”. Una lágrima se deslizó por el rostro de Domasantes al saber que ni siquiera un sepelio decente le podría dar a su viejo amigo, pues su cuerpo, como la guerra, ya no tenía compostura alguna.

Resistió la tentación de caer sobre sus rodillas y desesperar, su rango militar le obligaba a poner el ejemplo en cuanto a disciplina se refería. De nada sirvió su entereza, pues en el momento en que Don Manuel le cerró los párpados al cadáver, el primer hombre soltó el fusil y echó a correr.

No sería el último.

### ***Dormitorios, 8 hrs***

Entre la incendiaria sinfonía de las armas invasoras y el caos que se alcanzaba a escuchar en el piso de abajo, Miguel apenas podía escuchar sus propios pensamientos. El ruido resultaba ensordecedor, y sus pies sentían el piso temblar con cada impacto. Temía que la falta de concentración le hiciera perder el escaso control sobre sus emociones. Pero no sólo se trataba de los sonidos: el aire era gris y los rodeaba un nauseabundo perfume que hasta el más joven de los cadetes reconocía. En algún lugar de allá abajo, en medio del caos, alguien había muerto.

A su alrededor, cuarenta muchachos, el benjamín de doce, el mayor de veinte, removían inquietos sus pies o tamborileaban los dedos contra las barras de las literas. Apretados, sudorosos, asustados; en una eterna espera.

Nadie se atrevía a mirar hacia la ventana, todos sabían que balas perdidas podrían entrar en cualquier momento. Ninguno podía permanecer sentado mucho tiempo, pero tampoco hablaban, sería inútil de todas formas con los continuos tronidos. Miguel leía el silencio: el sudor que se desliza por la frente, las manos pálidas que aprietan los fusiles, las miradas que se intercambian en fugaz complicidad antes de posarse en la puerta. Estaba empezando a notar patrones, ya no sólo entre la otra Compañía, sino entre sus propios colegas: la ansiedad se contagia más rápido que la valentía.

El joven cadete sabía que esta vez no podría imponer ningún tipo de disciplina, ni tampoco ofrecer ningún consuelo. Nadie lo escucharía ni aunque se le agotara todo el aire de los pulmones, pero se veía en la obligación de hablar, aunque fuera para sosegar sus propios temores. En el fondo temía que cuando el primero de ellos empezara a correr, la tentación de huir sería demasiado grande. Se sentía como un animal enjaulado, cuya razón le decía que la fuga implicaría la vergüenza o la muerte, cualquiera de las dos opciones era mejor que la impotencia de permanecer como estaba, cocinándose en los humos tóxicos de la espera.

Decidido a consultar con sus hombres, aunque fuera de uno en uno, tocó el hombro de Zamora, el cadete más próximo. Cuando éste giró ambos abrieron los ojos, sobresaltados por algo que en cualquier otra situación los habría calmado, pero que ahora se anunciaba como heraldo del desastre.

Por primera vez desde el amanecer, reinaba el silencio absoluto.

### ***Camino a Molino del Rey, 8 hrs***

Frente a él se erguía el monte lleno de hierba, todo verde salvo la construcción de piedra que se alcanzaba a atisbar en la cima. Ése era el objetivo, la presa, y para el capitán era el día de cacería.

El general Scott había decidido que sólo dos mil participarían en el asalto, divididos en dos mandos, pero serían suficientes. Siempre habían tenido menos hombres que los mexicanos y siempre habían vencido de todas formas. Los rendidos le echaban la culpa a la falta de munición, a la falta de suministros, pero el virginiano creía que los americanos eran más prudentes, más organizados, más listos. Mejores, en resumidas cuentas.

De un manotazo acabó con un mosquito que se le posó en el brazo y sólo lamentó que la operación lo hubiera obligado a dejar a su esclavo en el campamento, el muchacho

podría haberle hecho sombra o sostenido su agua. Poco importaba, en unas horas estaría de regreso, nadando en la gloria de haber conquistado el bastión de los salvajes.

De reojo miró a los hombres que tenía a su alrededor: ávidos de matar, sedientos de sangre, asesinos naturales y eficientes. Sí, aquella mañana acabaría muy rápido, solo era cuestión de esperar la señal de Quitman y Pillow, en la reserva.

Cuando los cañones se detuvieron, el capitán Samuel Mckenzie clavó la rodilla en la tierra, besó la cruz que colgaba de su cuello en silenciosa oración y tras tomar el arma con la diestra hizo una señal con la zurda a su compañía para que comenzaran a ascender.



## Cadáveres en la ladera

*Patio central, 8: 10 hrs*

La mayoría de los oficiales seguían tratando de contener el alboroto, y Domasantes no quería ni imaginar cuántas deserciones habría al final del día, doscientas más en el mejor de los casos. Gamboa estaba ocupado amenazando a los hombres responsables de los cañones, Cano no aparecía por ningún lado, Saldaña cruzaba sus brazos sin hacer nada.

Escuchando al comandante permanecían sólo Domasantes, Xicoténcatl y Noriega, pero este último era poco útil. Parecía que la muerte de Pérez Castro lo había conmocionado de una manera más profunda de lo que se esperaría de un militar experimentado. Había sido gráfica, sí, pero habían visto cosas incluso peores en batalla. Claro, nunca antes había sido personal.

—Si dejaron de disparar tan temprano es porque el ataque es inminente. ¿Cómo están nuestras medidas defensivas?

—El bombardeo destrozó los andamios y los sacos de tierra que habíamos colocado en el perímetro —respondió Domasantes— los parapetos y el foso quizá hayan resistido, pero no han sido revisados desde el amanecer, y con las deserciones no hemos podido enviar...

—El cerro está en silencio, ya deben estar trepando. No tenemos tiempo para repararlas si fueron dañadas. Aun así, que una expedición baje y nos reporte su estado. No más de diez hombres por grupo, Domasantes, y que regresen sin entablar combate. No podemos darnos el lujo de perder soldados mientras no recuperemos el control de la plaza.

—¿Y qué hay del hornabeque? —dijo el teniente Xicoténcatl— San Blas está listo para trasladarse a esa posición, mis veteranos saben mantener el orden.

—El campamento enemigo está en Molino del Rey, la fuerza de ataque vendrá entonces del Occidente —razonó Bravo, a quien no se le escapaba la ácida nota de ironía en el comentario del teniente— Si el batallón desea pelear, deberá colocarse en ese lado de la colina. La altura les debería dar una ventaja a sus tiradores. Mantengan la posición hasta que sea insostenible, pero tomen en cuenta que no estaré en posición de darles refuerzos.

Con una velocidad asombrosa, el batallón de San Blas marchó al combate, y fue hasta que el último soldado abandonó la plaza que el comandante reconoció el valor de su capitán.

—Es demasiado joven para ser tan soberbio —dijo, ignorando que Xicotécatl tenía más de cuarenta— pero no le falta coraje al mestizo ese. Tiene razón en cuanto al hornabeque. Domasantes, manda a alguien al interior del castillo y dile a Monterde que se encargue, más vale. Si los americanos supieran cómo están las condiciones aquí, comprometerían a todas sus fuerzas, pero son orgullosos y vienen de una racha de triunfos...Si los frenamos aunque sea un poco, tal vez se quiebre su ánimo. No hay otra salida.

El aludido asintió y se aprestó a cumplir las órdenes, pues su percepción de Nicolás Bravo había cambiado. Seguía siendo un viejo necio y rencoroso, pero el insurgente no era mal militar, y en esos tiempos, la fría dureza era su mejor esperanza, la única.

### **Colina occidental 8:30**

Juan Escutia tomó posición en una saliente del cerro. El uniforme que portaba, manchado de tierra, le quedaba grande. No había sido hecho para él, eran las prendas de un muerto. Al haberse incorporado al Batallón de San Blas cuando la guerra ya había iniciado, dudaba siquiera que lo hubieran registrado en las actas del ejército.

Tenía dieciocho cuando se enroló, y después de una vida de no conocer otra cosa más que los callejones de Tepic, la “patria” no significaba nada para él. Tampoco tenía ninguna opinión de los Estados Unidos, cinco años atrás no era más que una tierra extraña al norte, de la que a veces llegaban productos en las ferias anuales. La verdadera razón por la que se había enlistado era por hambre: la vida del soldado era dura, pero comía tres veces al día y recibía paga semanal, era mucho mejor que ser aprendiz, donde recibía menos monedas, trabajaba más horas y era golpeado a menudo.

Los del batallón presumían que eran veteranos de guerra, pero él jamás había matado a nadie. Sí, había estado en Cerro Gordo, pero al ser el nuevo lo habían colocado en la reserva y sólo sintió la acción de cerca cuando los americanos comenzaron a disparar contra los mexicanos en retirada. El viejo rifle que le dieron sólo había sido disparado en las pocas sesiones de práctica que habían tenido, y el puñal que colgaba de su cinto no probaba aún la sangre.

Mientras sus compañeros de armas se terminaban de colocar en sus posiciones, pensó en las cosas buenas que había vivido en aquella camaradería. Su vigésimo cumpleaños había pasado sin pena ni gloria en el traslado a la capital, pero las oportunidades de festejar no escasearon: con los soldados había aprendido a tirar los dados, a beber sin perder el conocimiento, incluso le habían pagado su primera mujer. Por una vez, Juan Escutia se sentía un hombre en forma, y la guerra era irreal, poco más que un juego lejano.

O al menos así parecía hasta que, en el silencio apenas interrumpido por los grillos, escuchó un sutil ruido, aproximándose con suavidad. Cuando el teniente coronel se llevó dos dedos a los labios y después señaló la ladera frente a ellos, Escutia entendió lo que era: pasos sobre la hierba, cada vez más cerca. La realidad lo golpeó en el estómago, la cercanía

de la muerte se hizo presente. Aquello no sería como observar intercambios de fuego desde una cima. Esta vez los alaridos que escucharía serían los de sus compañeros junto a él y la carne desgarrada por las balas podría ser la suya propia.

Temía, más que nunca en la vida, pero no se podía mover, estaba en primera línea y aunque lograra regresar al Castillo, incluso en su ingenuidad sabía que no había compasión para los desertores. Esa era una mañana negra, de matar o morir pero ¿tendría el valor de ver la destrucción que sus manos podían causar, ahora que apuntaba a personas reales?

Inhaló profundamente, pero no pudo relajarse. Cerró los ojos y volvió a su hogar, que tan lejano le parecía en esos momentos. Con el dedo en el gatillo, se concentró en los cientos de pies que se acercaban decididos y cuando presintió que los tenía a tiro ni siquiera esperó la instrucción de su oficial al mando.

Juan Escutia disparó su primera ráfaga de fuego, pero sus ojos seguían cerrados.

### ***Hornabeque del sur 8: 30 hrs***

Aunque no había olor a pólvora ni rastros de proyectiles, el hornabeque estaba hecho pedazos. Los desertores se habían robado las tablas, ¿con qué propósito? No tenía idea. La gente hacía cosas sin ton ni son durante el caos y los saqueos.

Por fortuna, Monterde les había dado suficientes tablas para reconstruirlo de nuevo de ser necesario, por lo que sus hombres se habían puesto manos a la obra y para ese momento casi habían terminado. En un día ideal, deberían todavía trabajar con piedra, pero el tiempo no lo permitía.

La tarea era sencilla para el grupo de dieciséis que el teniente comandaba: construir dos esquinas de madera, en forma de medios baluartes. Se suponía que estos deberían estar unidos por un muro y un terraplén, pero en aquellas circunstancias el tiempo y la gravedad les jugaba en contra, una cortina de tablas debería bastar.

Siendo sincero, al teniente nunca le había gustado el camino de las armas; había ingresado al Colegio Militar por complacer a su padre, oficial en la Secretaría de Guerra, y le había cumplido al graduarse con honores hacía ya dos años. Nunca quiso ser soldado, su ambición era construir, por lo que se había especializado como ingeniero. Construir muros, caminos y puentes, así quería pasar el resto de sus días, tal vez con la oportunidad de abandonar la capital, único lugar que había conocido.

Sabía construir, rápido y eficaz. Su maestro Monterde, lo sabía; por eso le había dado el mando de aquel grupo a pesar de sólo tener diecinueve años, y que apenas dos días atrás había cumplido el mes de haber sido nombrado teniente, gracias en gran medida a la carta de recomendación del director.

Faltaban pocos minutos para terminar de apuntalar las tablas, y eso le permitió al oficial relajar un poco su ansiedad, dentro de poco volvería a la seguridad del castillo. A pesar del caos que percibió cuando abandonó el colegio para cumplir su tarea, prefería estar detrás de muros que en el despoblado del monte: se alcanzaban a oír tiros en la loma occidental.

Pero el combate estaba lejos, y ahí estaban solos. Cuando se colocó el último clavo, Juan de la Barrera, teniente del Cuerpo de Ingenieros, agradeció que la batalla se estuviera librando en otro lado.

#### ***Ascenso desde Tacubaya 8:30 hrs***

El mayor Persifor Smith se limpió el sudor con el dorso de la mano y continuó ascendiendo. Quitman lo había mandado con su brigada a abrirle paso a la reserva, y sus hombres estaban decididos a cumplir las órdenes aunque ya habían perdido a uno, obligado a retirarse cuando se rompió el tobillo en una zanja.

A un año de cumplir cincuenta, el mayor se sentía cansado. Hace una década había peleado en la Florida, masacrando a los seminolas rebeldes, y ahora lo habían mandado todavía más al sur. Tal vez era muy tonto, pero para él no tenía sentido la obsesión de su gobierno de conquistar nuevas tierras. Sólo se perdían vidas de muchachos obligados a alejarse de casa, y ninguno de los enlistados, ni siquiera él, ganaría nada para sí. Bueno, lo habían ascendido por su participación en la batalla de Contreras, menos de un mes atrás, y quizá algo podría ganar en el saqueo de la capital, pero no parecía que sus esfuerzos fueran a valer la pena.

A lo lejos, se oían disparos y Smith resopló. Por supuesto que McKenzie sería el primero en disparar. Lo conocía lo suficiente como para saber que él tampoco creía en el discurso patriótico con el que el presidente Polk los había mandado a la guerra, sólo le gustaba matar. Pese al disgusto que le producía su sadismo, era necesario un capitán tan temerario para que el plan del general Scott triunfara: si el ataque era tan frontal en dirección al cuartel general los defensores se enfocarían en esa dirección y una fuerza todavía mayor podría ascender sin ser molestada. Al no saber con cuántos efectivos contaban los mexicanos, un ataque en dos frentes era necesario para tomar el castillo que se divisaba en la cima.

A Smith no le costaba ningún trabajo quitar vidas, los seminolas ya lo habían desensibilizado, pero tampoco le causaba ningún placer. Menos frente a un enemigo que hasta el momento no les había ofrecido mayor resistencia. Al contrario de otros oficiales, el mayor no los consideraba inferiores, pero era claro que no tenían la disciplina ni el equipo para presentar un combate glorioso. Hubiera preferido volver a su casa a descansar, o al menos a resolver los problemas que en verdad importaban: los abolicionistas estaban envalentonados, sobre todo pasando los Apalaches, y las revueltas no tardarían en

comenzar. Persifor tenía el presentimiento de que moriría con violencia, pero esperaba que al menos fuera en su propia tierra, después de unos años de descanso<sup>21</sup>.

Metódico y cauteloso, con pocas ambiciones más allá de terminar el encargo para fumarse un puro en su tienda, el mayor ordenó a sus tropas con un gesto que guardaran silencio y se aseguraran de que las armas estuvieran listas. Los árboles los dejarían de cubrir pronto y, a menos de diez metros de distancia, se alzaba un solitario hornabeque de madera.

### ***Patio central 8:40 hrs***

Por fin habían logrado imponer el orden, pero los oficiales sabían que realizar un nuevo conteo de hombres sólo serviría para que reinara la desesperanza, a ojos de todos era claro que más de la mitad se habían esfumado durante el caos. Los más leales estarían al interior del castillo, escondiéndose de los cañones, pero quizá reforzaran a los hombres de Monterde, si es que aquellos habían conservado la posición. Del resto de los desaparecidos, Domasantes esperaba que estuvieran ocultos en algún lugar del bosque o que intentaran entrar furtivos a la capital, no por compasión hacia ellos, sino porque temía que los capturados revelaran a los norteamericanos la flaqueza de las fuerzas defensoras.

El intercambio de proyectiles resonaba desde el occidente, pero se trataba de una lid más justa que el bombardeo implacable de los días anteriores, y parecía haber reestablecido los ánimos del consejo de guerra: Saldaña se había ofrecido ufano a dirigir una compañía de refuerzos y hasta Noriega se mostraba participativo, el trauma de ver morir a su amigo con seguridad volvería para el mediodía, pero el instinto de supervivencia le había restaurado la razón, al menos por el momento.

---

<sup>21</sup> Se le cumpliría el deseo. Persifor Smith moriría durante trifulcas entre abolicionistas y esclavistas en Kansas en 1858, poco antes de la Guerra de Secesión.

Domasantes había recomendado agotar de una buena vez las balas de cañón que les quedaban, para amedrentar al enemigo que peleaba en las faldas del cerro, y Gamboa parecía compartir su opinión. Creía eso más prudente que mandar una tropa de refresco, como insistía Saldaña, sobre todo cuando no sabían cuántos enemigos estaban trepando. Juan Cano, en extremo precavido, recomendaba no desperdiciar parque hasta que el enemigo estuviera en el patio, si es que lo lograba, e insistía, señalándose la barriga, en que la mayoría de los reclutas no tenían la condición para pelear cuerpo a cuerpo. Don Manuel y Robles Pezuela discutían en privado: ninguno quería permanecer en el patio pero no acordaban si el desplazamiento debía ser a la reja o al piso superior.

El único que permanecía en silencio era Bravo, escuchando a todos sin mostrarse de acuerdo con ninguno, con la mano izquierda cerrada en torno a su barbilla mientras el índice rozaba su canosa patilla. Fingía estar sereno, pero había cierta preocupación en su mirada, algo no cuadraba, algo que todos, salvo el comandante, habían dejado de lado; pero Domasantes no podía imaginar qué era, no hasta que el anciano militar murmuró una sola oración.

—Ya deberían haber regresado.

Domasantes lo entendió por fin. Tan concentrados estaban en el combate que se producía rumbo a Molino del Rey que nadie se había molestado en preocuparse por el camino desde Tacubaya y la capital, al que un equipo de ingenieros había sido enviado para revisar el condenado hornabeque.

Entonces escucharon una nueva ráfaga de fuego y pólvora, pero ésta ya no provenía del occidente. Alguien estaba disparando en el sur.

***Hornabeque del sur 8:40 hrs***

¡Retirada! ¡Retirada! —gritaba Juan de la Barrera— ¡Maldita sea, todos al colegio!



Intentar sostener la posición hubiera resultado imposible de todas formas. Sólo un puñado del equipo se encontraba armado, y las pocas municiones que le habían dado a la escolta se habían extinguido tras un par de intercambios. A uno de los ingenieros más creativos se le había ocurrido arrojar un tablón, pero una bala le había reventado el cráneo antes de ver si su proyectil había logrado retrasar al enemigo. Cuando el primero de los uniformes azules estaba a tres pasos de trepar la improvisada defensa, el teniente supo que ya no había nada que hacer. Más valía salvar la vida y de paso dar aviso del nuevo frente abierto.

Monterde alguna vez les había dicho que la retirada debía darse caminando de reversa, pues al enemigo incluso en la derrota siempre se le debía ver de frente, pero la subida era agreste y peligrosa. Contra todos sus instintos, el cuerpo de ingenieros soltó todo lo que no necesitaba y corrió con el castillo a la vista, confiando en la velocidad de sus pies.

Cuando creyó que todo su equipo le llevaba una buena ventaja, el teniente dio la media vuelta y echó a correr. No se quedó por valentía, ni para intentar montar una última defensa, sino porque los chismes corrían rápido incluso en la guerra, y su padre lo molería a palos si se enteraba de que el oficial al mando de la tropa había sido el primero en huir. Aun así, pensó que los americanos no dispararían contra desarmados en fuga. Quizá estarían tan ocupados en tomar el hornabeque abandonado que los sobrevivientes tendrían una oportunidad de refugiarse con el resto de los defensores.

No se despertó de esa fantasía hasta que una bala se le encajó en el hombro izquierdo. Criado en la comodidad de la capital, le sorprendió la intensidad del dolor que sentía y no pudo evitar comenzar a llorar, pero siguió avanzando. Podía sobrevivir a eso, el ardor se apagaría tarde o temprano.

La segunda bala lo atravesó por el dorso derecho. En su delirio, casi creyó haberla visto salir por su pecho, pero su espíritu se negaba a admitir que aquella herida era mortal. El crujido de la base de su columna al romperse fue la única indicación de que un tercer proyectil lo había impactado, pero ya ni siquiera lo sintió.

Tampoco sentía ya las piernas, y se desplomó al perder el control de ellas. Apenas reparó en el hecho que no había logrado ascender ni siquiera tres metros de su posición inicial. Mientras sus ojos se apagaban para siempre, contó los cadáveres que estaban a su alrededor, sin saber que serían arrojados a una fosa común, y muchos años después, descubiertos, los homenajearían juntos en un triste esfuerzo por celebrar aquel sinsentido.

Juan de la Barrera, teniente del cuerpo de ingenieros, murió rodeado de cinco anónimos, destinados a pasar en compañía la eternidad.

### ***Colina occidental 8: 50 hrs***

El cadáver de Xicotécatl seguía caliente pero el caos ya reinaba. Juan ya no sabía cuánto llevaban disparando ¿sólo unos segundos? ¿Ya varios minutos? ¿Serían acaso horas? Entre la muerte y la barbarie el tiempo carecía de sentido.

Frente a él, varios cadáveres de azul se reclinaban contra los árboles, pero a cuántos de ellos había matado él, no tenía manera de saber. ¿Soñaría acaso con rostros inexpresivos de los desconocidos a los que había asesinado? Para eso tenía que sobrevivir a la jornada.

A su lado los defensores habían empezado a abandonar la posición y a correr colina arriba. Los más valientes aún cargando su rifle, pero la mayoría hubiera abandonado hasta la calzas si eso les hubiera comprado unos instantes más. El teniente coronel odiaba las retiradas, los hubiera mandado azotar por eso, pero el teniente coronel estaba muerto y si alguno de sus subalternos seguía vivo, había sido el primero en correr, pues hace mucho que no se escuchaban órdenes en español en aquel combate.

Decidido a intentar vivir, se dio media vuelta y echó a correr. ¿Avisaría al resto del ejército y se prestaría a la defensa desde una mejor posición o trataría de llegar a la ciudad en medio de la confusión? Aún no lo decidía, pero no se podía dar el lujo de pensar en el futuro, lo único que importaba era llegar al castillo.

La vista se le nublaba a momentos, sus párpados estaban salpicados de líquido pero no sabía si era sólo el sudor de la mañana o la sangre de los que habían perecido a su lado. Se limpió la frente con el dorso de la mano, pero no se atrevió a ver el color. Había intentado retirarse con cierta prudencia, pero temía quedarse solo en aquel lugar, así que apremió el paso, sólo un poco, hasta que tropezó con un bulto y perdió el equilibrio.

Cuando se recuperó del golpe, descubrió que aquello con lo que había tropezado era un cuerpo. De cabello cobrizo y piel morena, el hombre parecía ser incluso más joven que él. Nunca se había molestado en aprender cómo se llamaba, pero lo recordaba porque tocaba el flautín en las fogatas. En la última borrachera había confesado que solicitaría entrar al conservatorio cuando la guerra acabara, pero ahora sus ojos miraban a la nada, y de su boca, en una perpetua expresión de sorpresa, el único ruido que salía era el de la mosca que ya había volado entre sus labios para buscar alimento.

Fue entonces cuando Juan echó a correr presa del pánico, olvidándose del honor, el deber y la decencia ¿Quién lo amonestaría si había tantos cuerpos que parecía que todo el San Blas había sido ya asesinado? Corrió hasta que alcanzó a ver en la cima su salvación, las rejas del castillo por las que había salido. Sonrió y un grito de júbilo se empezó a formar en el fondo de su garganta.

Fue entonces cuando una bala solitaria lo impactó en la nuca, y el dolor arqueó su espalda hasta que su propio peso le venció. Juan Escutia ya estaba muerto cuando tocó el suelo, pero su cadáver rodó hasta el pie del cerro. Cuando lo encontraron ahí años después,

solo, sin que se supiera cómo había llegado hasta ese lugar, la manipuladora Patria tejió una bandera envolviendo su cuerpo.

### ***Barda sur del castillo 8:50 hrs***

Había sido más fácil de lo que hubiera creído. Defendiendo el hornabeque sólo había muerto un puñado de mexicanos, el resto había corrido. A la mayoría los habían acribillado un poco más arriba, o se habían rendido y estaban en este momento siendo escoltados maniatados colina abajo. Quizá algunos se habían perdido entre los árboles pero Persifor Smith estaba seguro de que ninguno había atravesado las rejas del castillo.

Agazapado entre la hierba, percibió que entre sus hombres crecía el hambre de victoria y la sed de violencia, pero les indicó que guardaran silencio. Más allá de la puerta, alcanzaba a distinguir a los oficiales formados. Estaban recibiendo a los manchados y cansados sobrevivientes del occidente. Por el momento no llegaban a los diez, pero el eco de los tiros seguía resonando por el monte y quizá algunos más alcanzarían a regresar. El momento se acercaba.

—Todos en posición —susurró— cuando Mackenzie acabe de jugar será nuestro turno de atacar, y ahí del pobre que se adelante a la señal conjunta.

### ***Patio central 9 hrs***

Domasantes terminó de contar a los sobrevivientes de San Blas. La fuerza atacante debía ser más grande de lo que habían calculado, porque sólo treinta y dos habían regresado, y algunos de ellos tan maltrechos que lo más seguro era que no llegaran a la noche. La gente se estaba poniendo intranquila otra vez.

Fue entonces cuando escuchó una orden en inglés que no alcanzó a comprender, y de la colina occidental hordas de uniformados salieron disparando. Casi al mismo tiempo, del sur, el equipo que había acabado con los ingenieros irrumpió saltando la barda. Desde el

principio habían planeado un ataque coordinado y ahora los defensores no tenían manera de responder a dos frentes.

Aun así había que intentarlo. Pensando en Pérez Castro, Domasantes gritó furioso y disparó al grupo que tenía más cerca, el del sur. Después de intercambiar un par de ráfagas, y confirmar con satisfacción que conservaba la puntería de su juventud, se giró para ordenar que dispararan los cañones. Habían esperado demasiado y de nada servían reservados.

Pero en el mirador ya no quedaba ni un hombre, ni siquiera Gamboa. Si en el pánico habían huido o habían decidido pelear con la infantería no importaba. Los monstruos de hierro permanecían fríos y sin usar, rodeados ahora por rubios de uniforme azul. Cubierto por dos de sus hombres, regresó al escudo nacional en medio del patio y trató de asimilar el escenario en su totalidad: parecía que Saldaña, el muy cínico, había sido el primero en rendirse. El pobre Noriega estaba contra la pared, con las manos alzadas de espaldas a los americanos que le apuntaban con sus fusiles. Cano disparaba a su lado, pero no alcanzaba a ver al resto, rendidos o asesinados no podía saber. Cada vez eran menos los soldados que se mantenían en pie, y Domasantes sabía que la batalla estaba perdida; condenados todos los hombres que quedaban.

— ¿Y los cadetes? —se sorprendió pensando en voz alta.

Como única respuesta Cano le señaló que Bravo estaba también peleando, en una mejor posición, cerca del jardín. En medio de aquel desastre, Domasantes sólo dormiría tranquilo si los jóvenes no pagaban también por la falta de visión de los adultos, así que ordenó a los sobrevivientes, unos siete contándose a sí mismo, que fueran en dirección al capitán, desesperado por preguntarle si había alcanzado a urdir un plan de evacuación para los alumnos del colegio.

Los americanos rodearon al grupo antes de que pudieran dar dos pasos. A uno lo balearon ahí mismo para que sirviera como ejemplo. Otros dos lograron correr hacia las escaleras, pero tras una nueva ráfaga uno quedó tendido inmóvil en los escalones. Justo a su lado, hacía mucho que a Juan Cano se le habían acabado las balas, pero intentó avanzar a golpes y cuchillazos. En respuesta, un rostro rubicundo y lleno de pecas, con fuego en los ojos, lo atravesó con una bayoneta.

Quedaban tres. Ante los griteríos en inglés de los soldados que les apuntaban, Domasantes y sus dos escoltas alzaron las manos. Uno cerró los ojos y tembló, pero el otro seguía mirando desafiante a sus captores. El oficial se limitó a ver el cielo, pensando en cadetes encerrados en un dormitorio, preguntándose si lograrían salir, si el enemigo tendría piedad de aquellos que apenas se estaban convirtiendo en adultos.

Como única respuesta, Domasantes recibió el seco golpe de la parte de atrás de un rifle impactándose contra su cráneo; y aunque despertaría horas después, condenado a seguir con vida, en ese momento sólo vio negro.

## **La muerte del niño**

### ***Dormitorios 9 hrs***

Miguel vio a la muerte por primera vez aquella mañana, cuando uno de los sobrevivientes del Batallón de San Blas que se habían refugiado en los dormitorios colapsó por la pérdida de sangre. El soldado expiró con los ojos cerrados, rezando en silencio, pero lo que más le llamó la atención al cadete fue el olor, morir apestaba. Para sus adentros, se prometió que cuando la muerte lo hallara lo encontraría mirándola de frente, no escondido en una retirada deshonrosa.

Una tabla crujió afuera de la habitación y uno de los estudiantes, por puro reflejo, disparó su fusil. Onofre, el más próximo a la puerta, la entreabrió y reportó con un gesto de negativa. Con los nervios en punta, era lógico que cualquier sonido pudiera pertenecer al enemigo, pero quien fuera que había disparado sólo había logrado desperdiciar munición, o en el peor de los casos, revelar la posición.

Miguel hubiera deseado que los soldados ahí refugiados mantuvieran la boca cerrada, aunque tampoco los culpaba en exceso, la sangre en sus uniformes habría aterrorizado a los cadetes de todas formas. Aun así, las historias de los supervivientes no pintaban un panorama alentador. Quizá el miedo los hacía exagerar, pero los muchachos estaban convencidos de que la horda de norteamericanos era de miles y cualquier esperanza de ganar la batalla se había esfumado hacía mucho.

Qué era verdad y qué mentira no lo podía saber, pero el número y las heridas de los soldados hablaban por sí mismas: el combate había iniciado, y mal librados salieron los mexicanos del primer encuentro. Los disparos se escuchaban cada vez más cerca, bajo la ventana, lo cual significaba que la pelea se libraba como mínimo a la puerta del colegio. El tiempo se les acababa.

Si permanecían ahí los encontrarían tarde o temprano, y lo más probable era que los muchachos se amotinaran, huyeran, se suicidaran, o se asfixiaran con el humo de la pólvora al disparar al aire todos a la vez. Miguel no tenía planeado esconderse entre las sábanas de su catre esperando ser capturado, no cuando seguía fresca en su memoria la adrenalina de haber obligado a sus compañeros a vestirse en la mañana, la primera vez desde su expulsión de San Gregorio que había sentido algo que se parecía a un propósito. Decidido, se trepó a una litera en el centro del dormitorio.

— ¡Cadetes del Colegio Militar! —La voz le salió mucho más aguda de lo que él habría deseado. No podía ocultar su miedo, pero confiaba en que al menos la segunda compañía lo escucharía como lo habían hecho desde el alba.

—Si nos quedamos aquí nos estamos condenando a la vergüenza y la captura, o incluso la muerte. Si la Fortuna quiere que hoy caigamos, hagámoslo en nuestros propios términos, no en esta ratonera a la que nos confinó Monterde.

— ¿Propones entonces que corramos con los brazos abiertos a los rifles enemigos? —preguntó alguien, con ironía evidente. Pronto otro coro de voces se le sumó, y en el desorden alcanzó a entender resoplidos y vituperios.

—Nos ordenaron no pelear —se lamentó otro— ni siquiera tenemos municiones suficientes, aunque estuviéramos listos para el combate.

Miguel suspiró y miró a los compañeros en los que confiaba: Pola, Unda y otros. Incluso de la Primera Compañía Camarena y Burgoa lo miraban con curiosidad. Ellos y otros amigos lograron a empujones imponer el orden, y el cadete aprovechó el instante para continuar, tan claro y sereno como los nervios se lo permitían.

—Si nos quedamos aquí, lo que nos matará será la incertidumbre. Por supuesto que no estoy pensando en pelear, sino en movernos al Caballero Alto, con la guarnición.



— ¿Y qué ganaríamos con eso?—preguntó alguien, pero descubrió con alivio que la mayoría lo ignoró. Todos, cadetes y veteranos de San Blas por igual, ponían atención a las palabras de Miguel.

—La pelea aún está confinada en la planta baja. Si salimos ahora podremos atravesar el jardín botánico y llegar a la posición del general Monterde. Él ya afirmó que no nos enviará al combate, pero tomará nota de nuestra iniciativa. Desde ahí podremos ver cómo evoluciona en verdad la batalla sin incurrir en elucubraciones. Y, si una rendición es necesaria, tendremos más garantías si estamos rodeados de soldados y oficiales.

Cada vez más cabezas asentían, pero Miguel veía en sus miradas suplicantes que lo hacían no tanto por estar de acuerdo con el plan, sino porque anhelaban la más pequeña muestra de liderazgo, algo que les proporcionara un poco de orden en aquel caos. Parecía que todos estarían de acuerdo hasta que Esteban Zamora habló:

—Para que esto funcione, alguien se deberá quedar aquí, para cubrir la retirada. Si suben por la escalera occidental nos podrían disparar por la espalda mientras atravesamos el jardín.

Como análisis militar era lógico, Zamora hablaba con razón, pero Miguel lo maldijo en silencio. Dejar a alguien detrás iniciaría de nuevo los pleitos y la confusión. Estaba a punto de proponer que los de San Blas se quedaran en los dormitorios cuando la solución vino del lugar más inesperado: los reincorporados.

A Miguel nunca le habían caído bien, y había procurado mantenerse alejado de ellos. A Hilario Pérez de León lo habían expulsado por apuestas clandestinas, a Agustín Melgar por faltar a una revisión y a José Arias Caballero por robar el licor de un instructor. Todo eso había sucedido apenas en mayo pero, con la guerra acercándose, les habían

permitido el ingreso. Hablaron por turnos, de manera casi ensayada, como si hubiesen tenido el plan preparado incluso desde antes que Miguel hubiera propuesto la salida.

— ¡Al azar! Usaremos los números con los que desfilamos en la mañana y tiraremos monedas.

—Cara serán los pares, cruz los impares. Los perdedores de cada tiro se volverán a contar hasta que se acaben las rondas.

—Lo ideal será que se queden dos, uno por compañía. Estarán a salvo aquí si nos apuramos. Los veteranos nos podrán servir de escolta.

Las prisas por abandonar el dormitorio debieron ser grandes, pues tardaron menos de cinco minutos en terminar los sorteos, de forma tan fría y metódica como si fueran soldados experimentados. Miguel la libró desde la primera ronda y se permitió sonreír para sus adentros, pues aunque trataba de proyectar seguridad en su propio plan, unas repentinas náuseas le hacían creer que estaría más seguro en compañía de la multitud que estaba a punto de iniciar la carrera más importante de su educación.

### ***Patio central 9: 10 hrs***

Le llevaron al anciano comandante con las manos atadas. Aunque el capitán McKenzie no entendía una palabra de lo que el mexicano le decía, el mensaje que transmitían esos ojos rebosantes a la par de desprecio y vergüenza era claro y sólo podían significar la rendición absoluta. Una carcajada brotó de sus pulmones: la mitad de la fuerza expedicionaria había visto como los vencidos se habían rendido ante él. Ya no importaba que los hombres de Persifor hubieran entrado al combate al mismo tiempo que los suyos, a ojos del comandante Scott y de la Historia, Samuel McKenzie sería el gran vencedor de aquella batalla.

Smith se acercó, apenas conteniendo su molestia. Él sí había procurado, con un traductor texano convertido en su sombra, intercambiar palabras con los cautivos, y lo miraba con condescendencia.

— ¿Al menos preguntaste los términos de la rendición? —gruñó.

— ¿Acaso importa? No tienen más remedio que acatar.

—Otro de los oficiales que capturamos nos dijo que la biblioteca es la habitación más grande del castillo, y se ofreció a guiarnos. Podemos confinar ahí a los prisioneros.

—Sí, sí. Pero primero enviamos un destacamento de hombres a limpiar el lugar, no podemos arriesgarnos a que tengan una trampa esperan....

Se detuvo en seco y se percató de que el mayor Smith también lo había oído. Pasos en el piso superior, estaban corriendo. McKenzie sabía que su colega recomendaría la prudencia, pues no podían saber si eran sólo mensajeros o tiradores, pero a él no le importaba. Lo supieran o no, estaban desacatando la rendición absoluta de su comandante. Gritó una sola instrucción.

— ¡Fuego!

### ***Escalera del pasillo de los dormitorios, 9: 10 hrs***

— ¡Verde! —gritó Vicente Suárez en dirección a los dormitorios. En cuanto el resto de los cadetes hubo salido corriendo, el muchacho había ideado un plan de escape con el otro centinela. Fernando, el hermano de Gabino, su compañero de compañía, estaba improvisando una cuerda con las sábanas de los catres. Ambos sabían que no tenían la menor posibilidad de alcanzar al resto del grupo a pie, pero si se descolgaban por la ventana tal vez tendrían una oportunidad.

El poblano creía que nunca había tenido suerte. Su padre lo había mandado caminando desde Xochitlán según para que sirviera al gobierno, pero creía que en realidad

sólo quería deshacerse de él ¿por qué otra razón querría alguien enviar lejos a su hijo de doce años? Delgado y muy bajo de estatura, en los dos años que llevaba en el colegio jamás había destacado en ninguno de los ejercicios y era más bien propenso a los accidentes. Ahora, su mala fortuna había llegado al mayor de los extremos, de veintidós opciones, parecía una especie de burla cruel que hubieran dejado atrás al más pequeño.

El cabo Cuéllar le solía decir que su única cualidad eran sus ojos vivos, pero de nada le servían en aquel momento, se sentía un completo inútil. Se dispuso a gritar verde de nuevo, el código para que su compañero siguiera el trabajo cuando escuchó pasos en la escalera, una pequeña tormenta que se acercaba en su dirección.

Tembló de pies a cabeza y el rifle que le habían dejado se tambaleaba entre sus dedos. Una voz en el fondo de su cabeza le recordaba que debía gritar “rojo” para darle la alarma a Fernando; pero la garganta, seca de repente, no le respondía. Quizá debía echar a correr, pero los nervios le hicieron perder el control de sí mismo, y sus rígidas piernas permanecieron en su lugar.

La puerta que lo separaba de las escaleras se abrió con un estruendo. El joven sabía que lo más sabio era esconderse o disparar, aunque en ese momento había olvidado incluso donde se encontraba el gatillo. Por mero instinto, se plantó frente a la puerta y clavó el extremo puntiagudo de su arma en la primera sombra que vislumbró.

Con un quejido sordo un norteamericano, apenas unos años mayor que su asesino, se desplomó sobre el escalón pero el cadete no tuvo tiempo de percatarse de que acaba de tomar una vida. Con la precisión de una máquina, los uniformados que iban detrás dispararon al unísono y, en un instante, los vivos ojos de Vicente Suárez dejaron de serlo para siempre.

### ***Dormitorios, 9: 10 hrs***

Fernando Montes de Oca revisó de nuevo su último nudo, aprovechando que el mensaje de Suárez no era de alarma. El joven no le tenía confianza a su compañero de guardia, le parecía enclenque e insignificante; pero debía reconocer que hasta el momento había realizado bien su tarea.

No estaba en la naturaleza del capitalino quejarse de la mala fortuna, sabía que no podía culpar a nadie de que el sorteo no lo hubiera favorecido. Al menos Gabino se había ido con el resto. Nunca le habían gustado las demostraciones públicas de afecto, pero debía reconocer que había estado tentado de abrazar a su hermano antes de que saliera del dormitorio. Ya lo haría cuando la jornada acabara y ambos tuvieran un poco más de privacidad.

Las cosas podrían haber sido peores a pesar de todo. Con dieciocho años ya cumplidos estaba próximo a graduarse, le faltaban sólo un par de exámenes. Podría haberlos tomado el mes pasado pero ahora se alegraba de haber esperado, pues de no ser por el retraso estaría abajo, con los hombres de Bravo, en pleno combate; y aún no estaba listo para morir.

Se percató de que Suárez no había dado la siguiente señal en el plazo acordado. Si su descuido se había debido a una distracción, le daría un golpe detrás de la oreja cuando volviera. Pero ¿y si era otra causa la que le impidiera dar de alarma?

Los disparos fueron la respuesta que recibió, haciendo eco desde el pasillo, pero Fernando Montes de Oca no se dejó dominar por el miedo. Sabía que la cuerda aún no estaba terminada, pero le serviría para reducir un poco la altura. Si saltaba desde el extremo de las sábanas, la altura restante no lo mataría. Tratando que sus pies no se enredaran corrió hasta la ventana y la abrió con brusquedad para arrojar su cuerda de salvamento.

Apenas había puesto el pie derecho en la cornisa cuando escuchó pasos en la puerta del dormitorio y casi sintió la respiración de los soldados en la espalda. El vello de la nuca se le erizó pero no tuvo tiempo de girarse, ni siquiera de saltar.

Los mismos soldados que sin darse cuenta habían acribillado a un niño dispararon a quemarropa, tan consternados que ni siquiera miraron a su nuevo blanco. El cadáver del cadete quedó colgado de la ventana, como un morbosos estandarte de la barbarie de aquella mañana.

### *Caballero alto, 9: 15 hrs*

—Primera compañía, se quedan aquí conmigo. Si no me ven, le responden al Capitán Alvarado —rugía el director Monterde— La segunda, que no necesita de tantas niñeras, le servirá de escolta al teniente Arguez y al sargento Noris. Colóquense en el extremo oriente y acribillen a todo lo que intente subir.

“Que bien que a los cadetes no los iba a enviar al combate”, pensó Francisco. La carrera por el Jardín Botánico había sido el peor momento de la vida del cadete, pero lo habían conseguido, gracias a la Virgen. Aunque les habían disparado desde el piso inferior, los únicos caídos fueron un par de soldados de San Blas, los estudiantes lo habían logrado.

Aunque, no habían salido indemnes. Andrés Mellado se hallaba tirado inconsciente en el pasto. Una bala le había roto la clavícula, pero le había oído decir al viejo Eusebio, boticario del colegio, que lo más seguro era que sobreviviera. El otro herido era Agustín Romero, a quien se le había encajado en la rodilla una teja que voló por el impacto de los disparos. Sus gritos eran ensordecedores, pero insistía en que todavía podía disparar de ser necesario.

Los dos eran de su compañía. Cuando la guerra terminara estaba seguro de que Monterde se reiría y diría que era por culpa de su desorganización, pero quizá sólo era mala

suerte, o Dios tenía algo en contra de ellos. Buscó con la mirada a Isidro, su amigo del dormitorio, de Guadalajara igual que él, pero no lo encontró por ningún lado. Aprovechando que todavía no les daban la orden de abandonar el Caballero Alto, contó los uniformes de cadete: faltaban seis, además de los que se habían quedado de guardia.

Como si le hubiera leído el pensamiento, a sus espaldas Bartolomé, el mayor de la Primera Compañía ahora que Montes de Oca no estaba, le dijo:

—Se han de haber perdido en el Jardín Botánico. Pero no te preocupes, estos chicos conocen muy bien el castillo. Vendrán pronto o están tan escondidos que no los veremos hasta mañana. Te lo garantizo.

—Pero...—dijo preocupado— ¿no sería mejor encontrarlos? El chico de la Segunda Compañía dijo que era mejor estar todos juntos, aquí.

—No pienso tentar al destino volviendo a salir, niño, tenemos instrucciones.

Y así como Bartolomé; Covarrubias y Bejarano contestaron lo mismo, aunque este último con más impropiedades. A punto de rendirse, Francisco vio a otro de los cadetes recargado contra una columna. Moreno y de cabello rizado, unos tres años mayor que él, bien afeitado, tardó un instante en reconocerlo bajo la luz del sol pero lo logró. Por Ignacio, uno de los hermanos Molina, los chismosos del colegio, descubrió su nombre. Era al que se le había ocurrido abandonar los dormitorios, el líder de la Segunda. Despacio, se le aproximó.

— ¿Miguel?...estuve contando cabezas y, nos faltan seis hombres, de ambas compañías. Están... perdidos en algún lugar del Colegio. Debemos traerlos de vuelta.

—Ya recibimos nuevas órdenes niño —le contestó sin mirarlo— no podemos montar una expedición.

—Sólo nosotros dos —sugirió, tratando de aparentar ser mayor— mi tío Leonardo siempre dijo que tendría futuro como explorador. Soy muy sigiloso y creo que puedo ser un buen soldado, señor— agregó poniéndose firme.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó el cadete mayor, la muestra de respeto había llamado su atención.

—Francisco Márquez, Miguel...digo señor. Creo que es nuestra obligación como compañeros de armas velar por la seguridad de todo el grupo.

—En eso no te equivocas —dijo sonriendo—. Toma tu arma, iremos pero sólo diez minutos. No enfrentaremos al enemigo y cuando yo lo diga volvemos de inmediato, hallemos a alguien o no, ¿entendido?— y ante el gesto afirmativo continuó— Y, puesto que ya te crees un soldado en forma, a partir de este momento seré sólo señor, o Miramón.

### *Piso superior, 9: 20 hrs*

No lograron avanzar ni diez metros.

En cuanto estuvieron a la altura del balcón una bala fue lanzada con tanta fuerza que la cara del cadete explotó en una masa de sangre, hueso y carne. Abandonándolo en el piso, Miguel se refugió detrás de una columna mientras la lluvia de proyectiles continuaba.

Tirado en el pasillo, el destrozado cuerpo del chico parecía aún más joven y no fue hasta ese momento que Miguel lo recordó: era el niño que en la mañana había cuestionado a Monterde sobre cómo defenderse. Por primera vez desde aquella tarde en el despacho de su padre, una lágrima se asomó por el ojo del muchacho: aquel niño no podía tener más de doce años y había muerto de una forma espantosa.

Sólo se asomaba de su escondite por un instante, el suficiente para disparar antes de regresar a la seguridad de la columna. En las prácticas siempre le habían dicho que tenía buena puntería, pero en aquel momento dudaba de haberle dado a alguien. Los



norteamericanos se acercaban cada vez más, y él era lo único que se interponía entre ellos y el Caballero Alto.

Así siguió por dos minutos hasta que el chasquido de su arma le indicó que las balas se le habían acabado. Expuesto, miró el rifle de su infortunado compañero, con la munición intacta. Debatiéndose entre ir por él o no, olvidó por sólo un instante que no había regresado a su posición inicial, y pagó su descuido con un ardor tremendo en la mejilla derecha que llegó de improviso.

Acurrucándose en su escondite, tratando de no gritar, se llevó la zurda al rostro para no tener que soltar el arma, por vacía que estuviera. Dos de sus dedos estaban manchados de un profundo color rojo oscuro, pero la sangre no le impresionaba a estas alturas. Un rozón apenas, no un impacto, y la herida había sido limpia. Todo estaba bien.

Mientras esperaba a que el ardor desapareciera, Miguel evaluó sus opciones. Podía volver sobre sus pasos para advertir a Monterde y la primera compañía, pero expuesto se arriesgaba a acabar como el infortunado Márquez. La otra salida se encontraba girando a la derecha. Si corría recto podía llegar a un pasillo interior que lo llevaría al mirador oriental, donde se suponía que debía estar con el resto de sus compañeros. Si llegaba rápido y tenía sólo un poco de suerte, a nadie le importaría que hubiera descatado una orden directa.

Decidido, inhaló despacio y exhaló con un grito cargado de adrenalina y tensión. Sin ver siquiera, saltó sobre el cuerpo del niño asesinado y aprovechó para recoger una barra de metal frío, que esperaba fuera el arma de Márquez. Atravesando el pasillo a toda velocidad, no se detuvo cuando la sombra del pasillo lo cubrió, ni cuando dejó de escuchar los disparos del enemigo, que al parecer no tenía intención de seguirlo. Sólo siguió corriendo.

### *Caballero alto, 9: 25 hrs*

Los rodearon en menos de cinco minutos. El subteniente Miguel Pouncel no entendía cómo se habían orientado tan rápido en el castillo pero en el mar de uniformes azules, el celeste norteamericano ahogaba al marino mexicano.

Al pie de la torre, el capitán Alvarado estaba tirado en el suelo, inconsciente por un golpe en la sien. Justo al lado del subteniente, otro capitán, Francisco Jiménez, había recibido un tiro en la cadera. Lo más probable es que sobreviviera, pero no estaba en condiciones de moverse, ni siquiera de dar órdenes.

Los muertos eran pocos, pues la mayoría de los soldados profesionales se habían retirado o tirado las armas. Los cadetes seguían en pie de lucha, pero la mayoría se apretujaba en una esquina, sin la menor idea de qué hacer. Era el personal administrativo del colegio el que parecía dispuesto a no dar cuartel, pero al menos seis de ellos ya habían caído y otros tantos habían sido capturados. Su hermano Fernando estaba en el pasillo dirigiendo a un grupo de no más de doce, y en el otro extremo, desde una ventana rota, alcanzó a vislumbrar cómo los De la Peza, el padre oficial del ejército y el hijo auxiliar administrativo del colegio, agotaban sus municiones. En total, Pouncel no creía que los que aún se empeñaban en luchar alcanzaran los cincuenta.

Por más que se esforzó en estirar el cuello en todas direcciones, Monterde no aparecía por ningún lado, ni siquiera su cadáver. Estaba vivo entonces, pero ya lo debían haber capturado y trasladado a otra habitación. La revelación le cayó de improviso: de los que permanecían en el Caballero Alto, era él quien se había convertido en el oficial de más alto rango.

Su instinto como militar le decía que aquello era insostenible, y que lo más prudente era rendirse, pero su primera decisión al mando no podía ser la de tirar la toalla, su carrera

en el ejército acabaría ahí mismo. Debía encontrar otra salida y encontrarla rápido. Dos cadetes, que se habían separado del resto, pasaron corriendo a su lado y un destello de inspiración le llegó: aún tenían a una treintena de tropas de refresco en el mirador oriental. Sí, la mayoría de ellos eran cadetes, y ni aunque fueran soldados profesionales podrían cambiar las tornas del combate, pero quizá si lograba juntar a los que quedaban cerca de la salida, cuando los refuerzos sorprendieran a los atacantes podría aprovechar la oportunidad para retirarse y reagruparse al interior del castillo, quizá en la biblioteca.

Detuvo a los estudiantes y se refugiaron a la sombra de la torre, en un ángulo donde los disparos no los alcanzaban, dio rápido sus instrucciones.

—Tú, corre al lado oriental y dile a Arguez que la segunda compañía debe regresar de inmediato al Caballero Alto. Si protesta, dile que son órdenes directas de Monterde ¿entendiste?

El joven salió corriendo, tan rápido que dejó su rifle, seguro vacío, abandonado. Poucel le puso la mano en el hombro al otro.

— ¿Cómo te llamas hijo?

—Ant...tt..onio, se..eñor. Antonio Sierra.

—Muy bien, Sierra. Tú y yo le daremos la vuelta al patio, debemos correr la voz de que todos los que puedan ponerse en pie deben replegarse hacia el pasillo. No te angusties —agregó al ver el miedo en su mirada— estoy seguro de que tus compañeros están bien, todos vamos a salir de aquí.

Había gritos de confusión y dolor por todas partes, pero un alarido era el más escalofriante, el de un pequeño cuerpo que se retorció debajo de una columna. No podía medir más de metro y medio, y la cara bañada en sudor se veía joven, quince como máximo. Poucel y el cadete que lo escoltaba se acercaron a él y trataron de sujetarlo.

—Es, Hilario Pérez, señor —le dijo, con voz entrecortada— de mi compañía.

Poucel le revisó el cuello y el pecho, no tenía heridas o fracturas mortales visibles. Estaba a punto de reprenderlo por su escándalo cuando el hedor lo guió hasta la pierna del muchacho...o lo que quedaba de ella.

Lo habían atravesado a la altura del fémur, que se había quebrado por el impacto. De la pierna inerte y flácida colgaban trozos de carne bañados en ríos de sangre. Poucel recordaba heridas semejantes, en Texas, y sabía que no tenía salvación. Una amputación sería necesaria y quizá sería insuficiente, si el corte se infectaba nada se podría hacer. El tullido era casi un hombre, pero viéndolo de cerca, indefenso, el oficial se percató que parecía tan sólo un niño.

Sí, eran tan sólo niños, y los habían obligado a pelear, a morir, ¿y para qué? Alargar unos minutos más una batalla perdida. El colegio estaba tomado y el Caballero Alto asfixiado. Su brillante orden, la primera y quizá la única había sido mandar traer a más niños para que fueran partícipes del matadero.

A sus espaldas, creyó sentir que el muchacho lo zarandeaba por los hombros, quizá hasta le gritaba, pero los oídos ya no le respondían, y tampoco las piernas, ni siquiera la voz. En algún momento, Sierra echó a correr solo, pero Poucel no hizo intento de seguirlo. Se quedó ahí, abrazando el cuerpo inerte del herido que por fin se había desvanecido por la pérdida de sangre.

Los norteamericanos ni siquiera tuvieron que decir nada cuando lo encontraron. El último de los oficiales alzó las manos y se entregó con lágrimas en los ojos y la mirada inexpresiva, aún acurrucado junto a un niño mutilado.

*Lado oriental del castillo, 9: 25 hrs*

La compañía apuntaba sus armas por encima de la cornisa, la mirada fija en el horizonte; pero el aire no olía a pólvora, ningún rifle había sido disparado. No parecía que alguien hubiera notado su ausencia, tensos como estaban todos buscando enemigos, así que Miguel se insertó entre sus compañeros actuando con naturalidad.

Hizo un conteo rápido: la segunda compañía estaba intacta y un vistazo de reojo a la ladera le confirmó sus sospechas: nadie estaba ascendiendo por ese lado. Si había pelea, ésta se estaba dando al interior, en el Caballero Alto. La herida en la mejilla le seguía sangrando, pero el ardor había disminuido. Lo único que aquel disparo había provocado era que el miedo y la cautela que lo había impulsado hasta el momento se desvanecieran, reemplazados por una emoción visceral ¿Rencor? ¿Furia? ¿Deseo de venganza? Pensaba que ver la muerte lo habría impactado más, pero en esos momentos una parte de su espíritu se sentía despierta, deseosa de matar.

Se aproximó al capitán. No lo conocía, pues había llegado al castillo hacía apenas unas semanas con el resto del ejército de Bravo, pero le habían encomendado algunos pases de lista y se había hecho fama de impaciente y cruel, sin duda no era el indicado para ser relegado a los márgenes del combate.

—Señor, si me permite la sugerencia, creo que es evidente que esta posición no necesita ser defendida. Disculpe el atrevimiento, pero sugiero que regresemos con el resto, aunque sea para entregar el reporte y que nos reasignen a otra sección.

El rostro de Arguez se crispó enrojecido, pero no dijo nada; se limitó a acicalarse su negro bigote. Por un instante, su mirada se centró en la herida de Miguel, pero no hizo ningún comentario. Después de un tiempo, se alejó de éste sin darse por aludido, pero le dio

instrucciones a su segundo, a quien el cadete sí conocía: el sargento Teófilo Noris, un instructor obediente y medio sordo, carente de pensamiento propio.

—Estoy harto de perder el tiempo aquí. Dile a los hombres que tienen diez segundos para formarse, regresamos al Caballero Alto.

Apenas se estaban empezando a formar cuando un muchacho llegó corriendo, con el uniforme mal arreglado y la cara llena de polvo. Miguel lo reconoció, era Camarena, uno de sus amigos en la Primera Compañía.

—Señor, traigo nuevas instrucciones. Estamos siendo atacados y se requiere ahora mismo la presencia de sus hombres.

Joaquín Arguez resopló como asentimiento. No preguntó de quién venían las órdenes, ni el estado de la pelea a la que se estaba metiendo, la decisión estaba tomada desde antes. Miguel aceptó que no había sido nada persuasivo; sino que el capitán, como él mismo, se sentía atraído a la violencia como si oyera el canto de las sirenas y sólo buscaba una excusa para actuar.

Mientras marchaban, Miguel pensó en el niño Márquez. Una parte de él trataba de convencerse de que lo estaba vengando, que marchaba para hacer justicia en su nombre, de que no sólo se había dejado contagiar por la adrenalina y la energía de muerte que reinaba en aquel lugar. Ya era muy tarde para dar marcha atrás, pero ahora temía que estuvieran deambulando sin propósito alguno. La violencia debía ser un medio, no un fin; o al menos eso debía creer si esperaba mantener la cordura.

Al menos Márquez tuvo un objetivo claro, habían salido a buscar a los cadetes perdidos. El niño no le había dicho quiénes ni cuántos eran, pero seguían en algún lugar del colegio, cada vez más lleno de invasores. Una voz en el fondo de su cabeza evitaba que dejara de pensar en ellos y la duda lo asaltaba ¿dónde estaban los cadetes perdidos?

### *Sala central, 9: 25 hrs*

Estaba solo con sus remordimientos en la sala central, pero no dejaba de ver rostros a su alrededor.

Su padre, el coronel Esteban Melgar, que llevaba diecisiete años muerto, le decía que era una vergüenza para el apellido familiar. Su madre, desde su lecho agonizante, le suplicaba que volviera a Chihuahua. Merced, su hermana mayor, la única viva de sus acompañantes, no decía nada, sólo lo miraba con reproche. Lo había sacrificado todo para criarlo y que lo aceptaran en el Colegio, pero sólo había conseguido que lo expulsaran, humillación que su readmisión no borraba.

No tenía idea de cómo había llegado hasta ahí. Había salido corriendo como todos los demás, pero cuando el soldado de San Blas cayó abatido a su lado, se apanicó y cambió el rumbo. Deambulando por los pasillos, sus pasos lo habían llevado a la sala central y, presa del miedo, había decidido quedarse ahí hasta que lo encontraran. A pesar de haber cumplido ya dieciocho, no estaba listo para ser un soldado, y menos aún sin compañía.

Escuchó pasos en el pasillo y tomó una colchoneta, de la cual no tenía idea de por qué había sido abandonada ahí, para tapar con ella la puerta. Mientras contenía la respiración, pensó en sus amigos: Hilario y Arias. Tres expulsados, tres parias, pero como los habían readmitido al mismo tiempo, se habían vuelto inseparables. Esperaba que hubieran podido llegar al Caballero Alto con el resto. Sería humillante ser el único perdido, pero no le deseaba esa soledad a nadie.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta y el cadete perdido se aferró en silencio a su arma, rezando para que pasaran de largo, no le importaba si eran amigos o enemigos. Entonces dos nuevos fantasmas se unieron al coro espectral que lo rodeaba. A uno lo conocía: era Montes de Oca, su compañero de compañía, el otro era un chico bajo y

delgado a quien sólo había visto una vez, pero que no olvidaría jamás. Nunca supo su nombre, pero sus ojos vivos eran inconfundibles, era el otro centinela que habían dejado atrás.

No, no habían, *había*. Escoger al azar un cadete de cada compañía fue su idea, fueron sus monedas las que se usaron para el sorteo y él ni siquiera había preguntado el nombre del muchacho al que había sacrificado. Y sus fantasmas, porque era evidente que eso eran, lo sabían. Sangrando de diez mil heridas, lo señalaron con sus dedos difusos, y aunque no pronunciaron palabra, sus acusadores ojos lo decían todo. Agustín cerró los ojos y se cubrió los oídos, negando con la cabeza. Incluso con los ojos cerrados los veía, y una voz grave y severa se burlaba de él desde las profundidades de la tierra.

—“Los mataste Agustín” “Tú los mataste”.

La culpa lo asfixiaba, y era tanta que se le olvidó el miedo a los uniformados al otro lado de la puerta.

— ¡No, no es cierto!— gritó— ¡Fue el azar! ¡Yo no los maté!

Sus ojos se abrieron de par en par y se tapó su propia boca, pero ya era demasiado tarde. A su grito le respondió una voz de alarma que no entendió.

—Who’s there?

Como única respuesta, disparó su rifle una, dos, tres veces. Los americanos respondieron el fuego y aunque la mayoría de las balas pasaron de largo, un par atravesaron la colchoneta y se clavaron en su carne, pero Agustín siguió disparando hasta que su improvisada barricada fue derribada a patadas y un hierro frío se le enterró en el estómago.

—Wait, it’s just a boy.

—Hold him! We’ll take him to the library.



Era sólo un cadete agujereado, pero se resistía a morir. Desconcertados, los americanos lo pusieron sobre sus hombros y lo llevaron con el resto de los prisioneros. Mientras lo cargaban inerte, la mirada de Agustín Melgar trató de enfocarse en los rostros de los vivos, pero sólo veía a los fantasmas.

### ***Caballero alto, 9: 30 hrs***

Miguel no llegó a disparar nunca su rifle. En cuanto llegaron a la posición de la primera compañía tres certeros disparos pusieron fin a la batalla. El primero atravesó por completo el ojo de un oficial, que cayó muerto. El segundo le dio a Arguez en un costado, pero cuando se desplomó seguía respirando. El tercero se alojó en el pulmón de uno de los soldados de San Blas que había decidido seguir a los cadetes. Boca arriba, se ahogó en su propia sangre antes de que sus compañeros reaccionaran.

A Miguel le sorprendió que esos hubieran sido los únicos tiros, pero pronto comprendió que era porque los norteamericanos no le veían sentido a seguir alargando aquel asunto. Había cadáveres de mexicanos por todo el patio, pero la mayoría estaba de rodillas repartidos contra tres paredes, ni uno sólo seguía combatiendo, por lo que todas las armas enemigas apuntaban a los recién llegados. El oficial, frío y sereno, ordenaba en inglés la rendición.

Antonio, un corneta, se inclinó sobre Arguez y, tras revisar su pulso, lo vendó con un trozo de su propio uniforme. Después se inclinó sobre el oficial y el soldado de San Blas, pero hizo un gesto de negativa. Además del improvisado paramédico y el capitán herido, el único soldado vivo sin rendirse era el sargento Noris, del que los cadetes decían nunca había tomado una decisión en su vida y ahora tenía la mayor de las responsabilidades. Lento pero decidido, puso su rifle en el suelo. Todos los cadetes tardaron menos de un minuto en seguir su ejemplo.

A Miguel, el esfuerzo de correr desde el lado oriente le había abierto más la herida en la mejilla y el sudor y el ardor le nublaban la vista. Los invasores los obligaron a sentarse alrededor de la torre en el centro del patio y fue entonces cuando colapsó, harto de intentar comportarse como un hombre. Con el rostro en dirección al cielo y cada vez más cansado, cerró los ojos, su última visión una bandera tricolor ondeando en el viento, pero no era aquella que lo había recibido cuando ingresó al Colegio. Ahora, la sombra que lo cubría era de barras rojas y blancas, con veintinueves estrellas sobre fondo azul presumiendo desde la cima de Chapultepec, la más reciente de sus conquistas. Lloró, pero no por la derrota, ni siquiera por los muertos a su alrededor. Lloró porque por fin comprendía que Miguel Miramón, el niño que había sido, moría aquella mañana y nunca más volvería.

### **III. El joven Macabeo (1851-1855)<sup>22</sup>**

---

<sup>22</sup> Esta sección se concentrará en el ascenso político de Miramón, su participación contra la rebelión de Ayutla y la introducción de personajes como Juárez, Santos Degollado y Leonardo Márquez, claves para la Guerra de Reforma, explorando la génesis del conflicto. Sin embargo, en el capítulo muestra me concentré en un aspecto más social de la biografía, el cortejo de su futura esposa, que permite también mostrar una creciente ambición y vanidad en el personaje.

## La espada del capitán

Ciudad de México, mayo de 1854

Apenas había pasado un instante desde que el sonido de la aldaba llegara a la habitación, pero Concepción estaba harta de escuchar a sus hermanas discutir, sobre todo a Mercedes, que siempre encontraba motivo para protestar.

—Lupe, padre dijo que no podíamos recibir a nadie si él no estaba.

—María se fue a vivir con su marido. Eso me hace a mí la mayor, Meche. Además, aunque él no esté, sí hay un hombre en la casa —le contestó la aludida.

Concepción apenas pudo contener una carcajada ante la ocurrencia de su hermana, pues el fornido varón al que señalaba era Manuelito, quien ignorante de sus hermanas jugaba en la alfombra con un caballo de madera. Mercedes seguía con los brazos cruzados y un gesto impropio de una dama en el rostro, era claro que no cedería. ¿Y por qué lo haría? Niñata mimada, la única en seguir siempre las reglas, no era de sorprender que fuera la consentida de su padre. Tenía tanta curiosidad como Lupe por saber quiénes eran las visitas, y sabía que era el momento de intervenir.

—Debe ser Romualdo. Padre ya lo conoce; pero si tanta inquietud te causa puedes preguntarle cuando regrese. Aunque si lo que te preocupa es el decoro de la familia, yo lo recibiré con Guadalupe. No estarán solos en ningún momento.

Los ojos de Mercedes se entornaron, tratando de encontrar alguna trampa, pero cedió con un suspiro de fastidio, y una vez que sus hermanas salieron de la habitación que compartían, puso el cerrojo. No era tan tonta como para pelear con las dos a la vez, menos aún cuando desconocía cuánto más tardaría el amo de la casa en volver.

El hierro de la aldaba se estrellaba insistente contra la puerta y las Lombardo cuchichearon entre ellas mientras corrían al recibidor.

— ¡Qué impaciente tu novio, Lupe!

— Quizá traiga un amigo para presentarte.

— ¿A mí? Quisiera ver quién es tan valiente o tan tonto para pretenderme después de lo que pasó con...

En el umbral de la puerta se recortaba la figura delgada y encorvada de Romualdo Fagoaga, pero su hermana tenía razón, no había llegado solo. A su lado un hombre con uniforme azul oscuro saludó inclinando la cabeza, la mano enguantada sobre la empuñadura de una espada que le colgaba del cinto. Varios meses mayor que Romualdo, debía de tener unos veintidós, la misma edad que Lupe. Alto y moreno, sus ojos oscuros brillaban con la arrogancia de la juventud. El cabello era todavía más oscuro, al igual que el pequeño bigote que apenas alcanzaba a cubrir una cicatriz blanca en la mejilla derecha. El desconocido le parecía familiar, pero sólo de forma vaga. Era un rostro común, guapo, aunque no tan atractivo como otros caballeros de su edad que rondaban a la familia.

Tras el coqueteo inicial, sutil, en el que su hermana era especialista; los cuatro se dirigieron a la sala; donde las mujeres ocuparon el diván y los caballeros las dos sillas de terciopelo blanco y madera de cedro reservadas para los invitados. Romualdo tartamudeaba algo sobre rebeldes en Acapulco y Concepción exhaló. La política era de por sí aburrida, todavía más cuando venía de boca de alguien como el novio de su hermana: inteligente pero aficionado al juego, enclenque, común, simpático pero no tanto como él se creía. Siendo honesta, no tenía idea de qué le veía Lupe. Hastiada, su mente divagó hasta que se sorprendió a sí misma observando al extraño, su serio semblante, el orgullo con el que portaba el uniforme. Entonces, con un sobresalto se percató que los ojos de él no se detenían jamás en su hermana, sólo en ella, y en el breve intercambio de mirada detectó intención. En definitiva, aquel hombre no sólo la conocía, sino que había ido a buscarla a

ella en específico, y parecía harto de esperar una presentación de su distraído acompañante. Con un gesto firme pero cortés, llamó su atención.

— ¡Dios mío! Pero dónde he dejado mis modales. Lucero mío, te presento al capitán Miguel Miramón y Tarelo. Miguel, la señorita Guadalupe Lombardo Gil de Partearroyo y su hermana Concepción.

Los cuatro se levantaron y las muchachas sonrieron con decoro y, sujetándose el vestido con ambas manos, hicieron una breve reverencia. A Lupe, el capitán se limitó a saludarla con un gesto de cabeza, pero caminó tres pasos hasta Concepción, le tomó la mano con sorprendente delicadeza e inclinándose la besó. La manera tan particular de comportarse, atrevida pero sin perder la cortesía, ya la había ella visto antes, y entonces lo recordó: era el profesor de gimnasia del Colegio Militar, el que la había llevado hasta el carruaje después de su visita, casi un año antes.

—Ya lo recuerdo yo a usted. Mis disculpas por no haberlo hecho antes, en aquel entonces no tenía bigote. Pero ¿no era usted teniente la última vez que nos vimos?

— ¡Lo ascendieron! —Interrumpió Romualdo— ¡Segundo Batallón Activo de Puebla! De hecho, éste es su último día en la capital.

—Sólo estoy esperando el refresco que viene de California, que van a poner bajo mis órdenes. Si el presidente no puede contra Álvarez, nuestra misión es proteger la ciudad de los pintos.

De regreso en sus asientos, la conversación siguió por otro rumbo, pero Concepción siguió pensando en la actitud del capitán. Era orgulloso, y había cierta vanidad en la manera en cómo se había aferrado a la espada mientras presumía el mando que le habían dado, pero no se vanagloriaba en exceso, y mantenía el decoro. No podía negar que le había caído en gracia.

— ¿Y cómo es que conociste a tan valiente oficial? —Inquiría Guadalupe entre risas— porque tú serás muchas cosas, querido, pero soldado...

—De hecho él fue el que me buscó, tenía muchos años que no nos veíamos. Fuimos compañeros en el colegio, en San Gregorio, por un tiempo antes de que lo...

—Antes de que me transfiriera al Colegio Militar.

La brusquedad de la respuesta sorprendió a todos, pero sólo por un momento. Fagoaga, irreverente como era, con celeridad escupió historia tras historia de sus aventuras de colegio, insignificantes la mayoría, pero hubo una tan extravagante que Concepción tuvo opinar.

—Si le soy sincera, capitán, no le veo madera de actor.

—Fue hace mucho tiempo, cuando era un muchacho —comenzó a contestar el aludido hasta que fue interrumpido por las carcajadas de su acompañante.

—No sólo actuaba, dominaba el escenario. Siempre recibía ovaciones de pie. ¿Recuerdas cuando hicimos el Rey Lear? Tan noble, tan regio, parecías hecho para la corona. Y en la escena donde te asesinan, se tiró del escenario redondo ¡pero que escena! Creo que nunca vi tantos ojos llorosos como aquella noche.

—Sí, caí redondo —gruñó el capitán, con el ceño fruncido— Pero debía hacerlo, una buena muerte es lo menos que se puede esperar.

—Anímate, Miguel. Todos sabemos que marchas a la guerra mañana, pero ésa no es razón para amargarse. Además, recuerda la razón por la que me pediste que te trajera. Nuestro amigo el capitán, querida, está loco por tu hermana, desde aquel día en que la vio en Chapultepec. Debiste ver la pena que daba cuando me suplicó que los presentara, el pobre enamorado daría la vida por...

‘Este es el momento’, pensó Concepción mientras rezaba por no sonrojarse. Lupe y su novio se retorcían de risa en el asiento, pero el capitán se había puesto de pie, la faz pálida como la de un muerto. Había furia en la mirada, y la mano en ningún momento se había despegado de la espada. Incapaz de predecir la reacción que tendría, la muchacha comenzó a temer que ensartara ahí mismo al imprudente de Romualdo, y su hermana debió pensar lo mismo, porque dejó de reír e intentó calmar la situación.

—Así que esas son sus intenciones, capitán. Le reconozco la valentía, pero si creía que un rango e historias de la infancia serían suficientes para que pudiera jugar a sus anchas con mi hermana...

—No es mi intención prestarme a ningún juego, señorita. Se lo juro por mi honor —dicho esto, se acercó a Concepción y le tomó de nuevo la mano—. Ya soy lo bastante mayor para tener relaciones formales, y tengo toda la intención de casarme...

‘Atrevido, sinvergüenza, justo cuando me comenzaba a gustar’ pensó la joven colérica mientras se apartaba, considerando si debía abofetearlo. ‘Es un donnadie, se está extralimitando’. Pero era una muchacha de alcurnia, y debía encontrar rápido una manera para sacárselo de encima sin perder el decoro.

— ¿Está hablando en serio? ¿Quién se cree usted qué es? Soy una Lombardo, y no iré cabalgando a la guerra como la mujer de un vulgar soldado.

— ¡No soy un vulgar soldado! Además, los generales no llevan a sus esposas al frente, les dan tratamiento de reina.

—Pero usted es sólo un capitán, Miramón. Aun así acepto el trato. Si algún día usted llega a general, me desposo con usted antes de que pase un mes.

Todos los presentes, salvo el aludido, rieron creyendo que la discusión estaba zanjada. Pero entonces la puerta se abrió, y pasos se acercaron a la estancia, junto con el



inconfundible sonido del bastón de oro de Francisco María Lombardo. El dueño de la casa había retornado.

— ¿Guadalupe, Concepción? ¿Qué es este espectáculo? Y tú, Romualdo, te abro las puertas de mi casa y tienes la desfachatez de venir sin avisar, con desconocidos además. ¿Quién es éste? ¿Sí sabe quién soy, verdad muchacho?

—Don Francisco Lombardo, honorable diputado, canciller y ministro de Hacienda de varios presidentes. He escuchado mucho de usted, pues conoció a mi padre en los días de la rebelión contra Iturbide. Soy el capitán Miguel Miramón, a su servicio.

— ¿Y qué servicio puede ofrecerme usted, capitán?

— Disculpe, señor. Mañana parto en encomienda oficial, nada más vine a...

—Sé perfectamente a lo que vino. ¿Así que se marcha con el ejército? Dígame algo, esa bonita espada que trae al cinto ¿Sabe usarla como se debe, o sólo la presume en bailes y cortejos?

El capitán tardó en responder, pero Concepción se percató como apretaba la empuñadura. Comprendió que aquel hombre, tan cortés como atrevido, se ofendía con facilidad y no aceptaría manchas en su honor. Y supo también que tendría que aprender a contenerse, o no llegaría a viejo. Pero por fortuna, el joven militar, logró calmar sus impulsos, y con cortesía contestó.

—Sobreviví ya a una guerra, señor, y los años que fui cautivo de los americanos sólo me fortalecieron. Es mi mayor deseo que las noticias de mi actuar en el campo de batalla respondan por mí sin que le quede duda alguna de mi habilidad.

Don Francisco gruñó como única respuesta, pero su hija sabía que en el fondo había quedado complacido. Aun así, los invitados no tenían el menor interés en tentar a la suerte,

así que Romualdo murmuró atropelladas disculpas y salió a toda prisa, mientras que el capitán se demoró sólo para despedirse con cortesía y murmurar al oído de Concepción.

—Tomaré tu desafío como un juramento. Cuando sea general, volveré a esta casa y te haré mi esposa.

Una vez en familia, Don Francisco se dirigió a la biblioteca, recargando su cansado cuerpo sobre el bastón, pero antes se detuvo lo suficiente para decir fuerte y claro.

— ¡Qué sea la última vez que reciben hombres en esta casa cuando yo no esté! —  
Luego, cruzó el umbral y se encerró dando un portazo.

Horas después, mientras Guadalupe y Mercedes peleaban otra vez por la visita de los pretendientes, y si habían escapado a un merecido castigo, Concepción Lombardo miraba el techo, pensativa. La ira de su padre no le preocupaba, porque sabía que el viejo tenía corazón sensible y no podía pasar mucho tiempo sin dedicar una sonrisa a sus hijas. Lo que le quitaba el sueño era la seguridad de las palabras de aquel capitán, Miramón, la certeza con la que había afirmado que se casarían. Lo más grave era que no tenía la menor duda de que el joven, tarde o temprano, regresaría convertido en general.

Las únicas preguntas eran si ahí se detendría y que tan alto llegaría.

## **IV. El caudillo presidencial (1855-1860)<sup>23</sup>**

---

<sup>23</sup> El grueso de esta sección es la Guerra de Reforma, que coincidió con el ascenso a la presidencia y el inicio de la vida familiar de Miramón. Los dos capítulos seleccionados muestran el punto más alto de su carrera política y militar, así como el ofrecimiento de presidencia, tratando de resolver la aparente contradicción entre una ambición política evidente y sus valores expresados de lealtad y honor. La versión extendida buscará una visión compleja del conflicto, profundizar en la relación antagónica con Juárez, la masacre de Tacubaya y, tras los dos sitios fallidos a Veracruz, reintroducir a los Estados Unidos en el conflicto.

## Noticias funestas, noticias dichosas

Guadalajara, 01 de enero de 1858.

La multitud que se había congregado en la Plaza de Armas cantaba. Entre los vítores y la campanada de la catedral, oculta a su derecha, Miguel apenas podía distinguir algunas partes de la letra:

*Ínclito caudillo, invencible en los combates.*

*Restaurador de las garantías, esperanza de la Patria.*

*Sostén de la religión verdadera.*

*Vencedor ilustre de Colima*

La algarabía, que no había parado desde el retorno del general, el día anterior, era tal que no podía creer que menos de quince días atrás, la ciudad pertenecía a los defensores de la malsana Constitución. Su mujer creía que la emoción era genuina, un fervor de buenos católicos. Quizá así era en el campo, pero Miguel había tomado suficientes plazas en el año que llevaban de guerra como para saber que no había nada más voluble que el favor de la masa.

Por eso, veía a la gente cantar desde la ventana, pero no se atrevía a salir al balcón. No iba a permitir habladurías maliciosas sobre un general victorioso que dejaba que le rindieran pleitesía como monarca. Aun así, Miguel Miramón sonreía. Sabía que esa misma multitud maldeciría su nombre si un día Degollado volvía, pero aquella mañana, lo aclamaban a él, al héroe de San Joaquín, de Atequiza, de Ahualulco. El orgullo henchía su pecho, que crecía con cada aclamación, ya sin importarle lo vacuas que fueran; pero la sombra de una duda alimentaba su vanidad: ¿lo habría logrado? Sus hermanos lo seguían, pese a ser el cuarto, pero había un amor que le hacía falta ¿Ya habría llegado el día en que su padre estuviera orgulloso de él?

Unas manos suaves, gráciles, rodearon su cintura, y Miguel se percató de que, por primera vez en su vida, la desaprobación de su padre no le afectaba. Al girarse y contemplar su piel blanca, sus mechones negros, sus pequeños labios carnosos, se sintió dueño no del país, sino del mundo.

Dos meses de matrimonio, pero llevaba más de uno sin verla, ocupado persiguiendo a Degollado por colinas y valles; pero las semanas de ausencia sólo elevaban la hermosura de Concha a sus ojos. Diez días de luna de miel les había concedido el presidente antes de enviarlo al combate, pero su esposa se había adaptado a la campaña, y se habían acostumbrado a demostrarse su pasión en carromatos, en tiendas de campaña, en el camino mismo.

—Te dije que te desposarías con un general, pero debes admitir, que he superado todas las expectativas. Soy el hombre de México, que traerá la paz que tanto anhelamos. Morelia y Veracruz, amor mío, es todo lo que les queda. Cuando sean nuestras...

Pero Concha rehuía su mirada, y había gotas de sudor en su frente. Había algo que la inquietaba. Ante su mirada inquisitiva, su esposa le entregó unos sobres cerrados, a los que se aferraba con preocupación.

—Te escribieron el día veintiuno. Una es de Don Félix, la otra es del ministro de guerra. No quise abrirlos, pero esperaba que nos dieran al menos unos días para estar juntos, tengo que decirte...

Miguel tomó los sobres y leyó los papeles, sellados con el membrete presidencial. Ya había escrito a Palacio en Navidad, desde Colima, notificándole de la victoria. ¿Qué más le podía pedir Zuloaga?

Leyó tres veces los comunicados, despacio, tratando de descifrar el puñado de contradicciones. Cuando comprendió lo que había ocurrido la semana anterior, la euforia

que se sentía por los cánticos de la plaza fue reemplazada por una furia que no sentía en años, desde antes de la guerra.

— ¡Maldito cobarde! ¡Estúpido! ¡Traidor! —exclamó enfurecido.

Miguel vio como Concha palidecía, y retrocedía tres pasos. Tratando de ablandar el gesto, le explicó despacio:

—Echeagaray se rebeló desde Ayotla el veinte. Se negó a seguir avanzando hacia Veracruz y terminar esta guerra. Debo regresar a la capital para defenderla de los alzados.

— ¿Echeagaray? ¿Cambió de bando? Siempre fue un poco liberal, por eso mi padre nunca confió en él, pero no lo creí capaz de unirse a los radicales...

— ¿A los radicales? No. Ni Juárez lo aceptaría después de lo que hizo en Perote. Es sólo un cobarde, sin estómago para sitiarse el puerto. Se proclamó presidente —agregó con sarcasmo en su risa— No se cambió de bando, el muy imbécil sólo ambiciona la maldita silla presidencial, justo cuando estamos a punto de ganar. Pero es un imbécil al que apoyan las guarniciones de Texcoco, Xalapa, Puebla...

— ¿Entonces iremos a la capital? —preguntó Concha en un tono que Miguel no sabía si era esperanza de volver a su hogar, a miedo de dirigirse a una trampa.

— Aún no, tengo que decidir quién se quedará al frente. Pero escribiré un edicto. No debe quedar duda de que soy leal al Plan de Tacubaya.



Una semana después, Miguel y Concha compartían café en uno de los salones de palacio. Aunque habían dormido juntos todas las noches, apenas habían intercambiado

palabras, pues la mente de Miguel se concentraba en procesar las noticias que no paraban de llegar: el veintitrés, Robles Pezuela se había rebelado también contra el gobierno. El antiguo embajador, ese condenado amigo de los americanos, ocupaba ahora Palacio Nacional pues, en la víspera de Navidad, Zuloaga se había escondido en la embajada inglesa. Decían que para legitimarse, había convocado a una Junta de Notables que lo nombrara presidente. La votación se había realizado cuatro días atrás y Miguel, impaciente, aguardaba noticias del resultado antes de abandonar la ciudad. Lo que era peor, en esos días de espera los constitucionalistas habían comenzado a recuperar territorios, aprovechando el caos, justo cuando estaban a punto de ganar. La sola idea de Juárez riendo frente al mar lo hacía rechinar los dientes.

Joaquín irrumpió entonces en el salón, tan eufórico que casi se resbaló con el tapete persa. Aunque la situación del país lo angustiaba, el corazón de Miguel se alegró cuando vio a su hermano mayor, el primero que lo había seguido a la guerra, el primero que había confiado en él. Tras saludar con torpeza a Concha, Joaquín le entregó un nuevo par de cartas, pero no pudo esperar a que su hermano las leyera:

— ¡La Junta de notables te hizo presidente, hermano! ¡Pezuela perdió en su propio juego! ¡Hasta las bestias saben que no hay nadie mejor que tú para llevar las riendas del país!

Miguel no compartía la alegría de su hermano. Con el semblante serio, leyó las misivas. Apenas y le dirigió unos segundos a la de Palacio, pues Joaquín ya había resumido el mensaje, pero se concentró más en la otra, que firmaba Zuloaga. Al parecer, hasta don Félix se había rendido, y el final de su misiva mostraba desesperación:

“Yo le suplico a usted que acepte y venga pronto, muy pronto, a salvar a México, que se pierde si usted no lo auxilia”.

Miguel se inclinó hacia el frente y tras dejar las cartas sobre la mesa, se tocó la barba, pensando. Tras unos segundos, una mano se posó sobre la suya.

— ¿No lo harás, verdad?— le dijo Concha a la vez que tomaba su mano.

—No, no la aceptaré —y ante la incredulidad de su hermano, alzó la mano para evitar que protestara— Yo apoyé el plan de Tacubaya, condené a Echeagaray y Pezuela, es muy tarde para contradecirme. No quiero que el país crea que por ambición me presto a secundar esta rebelión que he desaprobado.

Miguel vio a su hermano torcer la boca, con desaprobación, pero no dijo nada. Cuando se despidieron, el general se sintió tranquilo. Quizá no estaban de acuerdo siempre, pero Joaquín lo seguiría como oficial superior y como hermano, hasta la muerte si era necesario. Aun así, en la noche, abrazado a su mujer, Miramón seguía pensando en la presidencia.

—Nunca lo entenderá. Esa silla es un regalo envenenado.

—Él sólo la ve como un honor, igual que todos los demás. Deberías sentirte orgulloso de lo lejos que has llegado.

—Lo estoy. Pero esto es una guerra, y si perdemos el tiempo peleando entre nosotros, no somos mejores que el espurio refugiado en Veracruz. Estoy harto de las malas noticias.

—Entonces deja que te dé yo una nueva dichosa—le dijo Concepción, mientras guiaba la mano de su marido hacia su vientre. Miguel sonrió y besó la frente de su mujer, tratando de transmitirle una alegría que rebasaba lo que había sentido cuando la gente cantaba en la Plaza de Armas.

— ¿Está segura?



— Han pasado dos meses desde el último sangrado. Será usted padre, mi general Miramón.

## Ángel y demonio

Querétaro, 19 de enero de 1858

A sus espaldas, las dos personas que Miguel más amaba discutían con fiereza; como lo habían hecho durante días, desde que salieron de Guadalajara. Su hermano y su esposa le ofrecían tentaciones muy distintas, pero Miguel no sabía a quién escuchar. Los dos le prometían las mieles del paraíso, pero una mala decisión lo enviaría al Averno. ¿Joaquín o Concha? Uno era el ángel de la salvación, el otro, un demonio encendido, pero ¿quién era qué? En ese momento, era su mujer quien parecía más exaltada:

—Ya dijo mil veces que no, rompería su palabra.

— ¡Y aun así le siguen insistiendo! Tu marido se ha cubierto de gloria en el campo de batalla. Si acepta la presidencia, su nombre quedará inmortalizado como uno de los grandes de la Historia.

—Como un mentiroso y un ambicioso, querrás decir. ¿Ese destino quieres para tu hermano?

Miguel se inclinaba sobre un escritorio de roble, tratando de concentrarse en la respuesta a una nueva carta de Pezuela, quien se seguía llamando presidente pero sólo mientras llegara él, el elegido por la Junta, si aceptaba el encargo. Entre más voces lo aclamaban presidente, la firmeza con la que se había negado al inicio se disipaba un poco más. Lo deseaba, tuvo que admitir mientras recordaba las ovaciones de la multitud. Si ocupaba la máxima magistratura, nadie más lo vería desde arriba, nunca se volvería a dudar de su capacidad, de su talento. Pero aun así, se había comprometido, y para un soldado, su honor es su único tesoro. Si pudiera encontrar una manera de tenerlo todo...

Tras firmar la contestación, se la dio a su hermano, para zanjar la discusión. Éste leyó en voz alta.

—...*Me es sensible no adoptar una partida conforme a los deseos que V.E. se ha servido manifestarme en sus últimas comunicaciones, pero ante los intereses de la patria estoy decidido a sacrificar a mis principios hasta las más caras afecciones y las más distinguidas consideraciones personales. Creo que México dará un gran paso en su engrandecimiento el día en que no sean los pronunciamientos y las defecciones los medios de cambiar su gobierno, y el día en que el ejército tenga como máxima invariable que la lealtad es la primera virtud del soldado*<sup>24</sup>. ¿Es en serio, Miguel? Te necesitan ¿y dónde está la lealtad a tu país?

—Tomé mi decisión, Joaquín. Félix es el presidente, fue mi padrino de bodas. Si marchamos sobre la capital, es para regresarlo al poder.

—Nadie lo ayudó en el golpe. Es incompetente, ineficaz. Si no hemos ganado ya la guerra es porque no ha sido capaz de recaudar los fondos...

—Y aun así, el presidente es él. —sabía que su hermano tenía razón, mas Miguel Miramón no era un traidor. Amaba su honor más que el poder.

—Pero tú sí eres popular. —dijo Joaquín, rozando la desesperación— Nadie lo objetaría. El héroe de cien batallas, la pesadilla de Juárez.

—La Constitución, la nuestra y hasta la de ellos, dice que el presidente debe tener treinta y cinco, lo sabes Joaquín.

— ¡Y aun así te convocaron! Zuloaga te lo pide, Márquez te lo pide, Mejía te lo pide. Se necesita un nuevo vigor, no un político viejo.

—Juárez no se cansa de decir que su gobierno es el único legítimo —intervino Concha— si Miguel hace esto, violaría el plan de Tacubaya, le daría validez a un golpe. Le estaría dando la razón.

---

<sup>24</sup> Fuentes Mares, 1974, pág. 40

—Miguel, entre más días pasan, más se acerca la temporada de lluvias. Sabes tan bien como yo que si no tomamos Veracruz ahora, no podremos hasta el próximo año. ¿No quieres terminar la guerra?

“Juárez”, pensaba Miguel. “Ese indio ladino nunca va a renunciar, y su Constitución ilegal le da fuerza, puede decir que defiende un orden legal. Un orden legal”. No lo podía creer, pero su enemigo le acababa de marcar el rumbo a seguir. Había tomado una decisión.

—Joaquín, dile a la división que marchamos a la capital.

—Pero Miguel, tu dijiste que era un regalo envenenado...—protestó Concha, indignada.

—Tengo palabra. No me levantaré como un vil golpista contra el gobierno al que me adherí. Marchamos para devolver a Zuloaga a la presidencia. Reestableceremos un orden legal.

Fue entonces momento de su hermano para protestar, pero Miguel lo silenció alzando la mano, antes de continuar.

—Juárez ha pretendido gobernar por decreto todo este tiempo, violando su propia Constitución. El plan de Tacubaya no nos impone los mismos límites, y no establece reglas para la ausencia del presidente. Nada le impide a Zuloaga promulgar un decreto que le permita nombrar un sustituto ante una falta temporal, y si nombra a la persona indicada...

Miguel vio que sus interlocutores comprendían el plan. Había encontrado la salida. En los ojos brillantes de Joaquín, vio más admiración que nunca, pero en los de Concha había duda, incluso un poco de reproche.

—Pensé que te alegraría volver a México. Podrás ver a tus hermanas.

—Cuando nos casamos Miguel, acepté que debería siempre compartirte con el campo de batalla, pero no estoy dispuesta a perderte por el juego de la política. Tú no eres así.

Y por un instante las dudas asaltaron su mente.

“¿En qué me estoy convirtiendo? ¿Cuándo estaré satisfecho?” pensaba, pero desechó su angustia con razonamientos, que debían ser verdad para que su plan funcionara “Lo hago por México. Renunciaré cuando acabe la guerra. Mejor yo que el espurio Juárez”.

—Tienes razón. No estoy hecho para intrigas palaciegas. Pero seré presidente, Concepción, sólo el tiempo que necesite para poner el orden. Después, marcharé a Veracruz.

—Si vas a ser presidente ¿no podrías relegarlo a otro?

—El último a quien se le encargó tomar el puerto fue a Echeagaray, y mira como terminaron las cosas. Debo ser yo. Para terminar la guerra.

“Y para salvarnos”, pensó, pues sabía que una vez que se sentara en la silla, no habría marcha atrás. Si no lograba tomar Veracruz antes de que acabara el año, ninguna pena sería lo bastante larga para satisfacer a Juárez. De Veracruz volvería victorioso, desterrado o muerto.

## V.El exiliado indigno (1860-1863)<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> Este bloque de capítulos se concentrarán por el lado mexicano, en explicar las circunstancias que llevaron a que muchos mexicanos (incluyendo ex liberales) se sumaran a la Intervención durante el régimen juarista; y en el extranjero, mostrar el resentimiento de los exiliados (sobre todo Miramón) y con su regreso en el capítulo seleccionado, intentar resolver esta contradicción de los “patriotas imperialistas”, sumando elementos como el anti yanquismo, la religiosidad, la búsqueda de orden social y en muchos casos, la desesperación.

## Destino sellado

Ciudad de México, 17 de julio de 1863

Tras la salida de las visitas, Concepción escuchó el distintivo ruido del cerrojo al ponerle llave. Era claro que su marido quería tiempo a solas. Hinchada como estaba de su quinto embarazo, apenas podía moverse, pero tenía fuerzas suficientes para hablar. Miguel caminaba de un lado a otro, acariciándose la barbilla como si extrañara la barba que se había afeitado como parte de su disfraz. Ni siquiera se había cambiado, seguía con el sombrero y las chaparreras con las que había cruzado medio país.

— ¿Ya pensaste que vas a hacer, amor mío?

— Ninguna opción es buena, ninguna me da la oportunidad de servir a mi nación.

‘Ninguna saciará tu orgullo’ pensó ella, pero omitió hablar. Era la primera vez que se veían desde hacía más de cuatro meses, y no iba a perder el tiempo peleando con su marido.

— ¿Sabías que el maldito espurio le ofreció un indulto a Mejía? Me reenviaron el telegrama. En cambio mi destino sería el pelotón si me agarraran. Te dije que esto iba más allá de la política. Me odia, Concha, ese condenado masón me detesta con profundidad, es personal. Si tan sólo lo hubiera podido agarrar en San Luis, veinte caballos más y el cerco hubiera quedado tendido...

Miguel pateó la silla en la que estaba recargado y puso los puños sobre la mesa. Respiraba con fuerza, con los ojos cerrados. Concepción deseaba extender la mano, abrazarlo, pero no podía moverse y ni siquiera encontraba palabras de consuelo. Sí, Juárez odiaba a su marido, tanto como éste aborrecía al zapoteco.

El exiliado recién regresado a su tierra se concentraba ahora en la carta de Forey, que Ycasa y Luis Reyes habían llevado a su casa. No le habían dejado leerla, pero supo el

remitente por la estilizada caligrafía del sobre. Monsieur le general, los franceses estaban tentando a su marido para volver a la lucha.

—Miguel, querido. ¿Por qué te escribió el mariscal? Los has rechazado antes, más de una vez. ¿Por qué se arriesgarían a una nueva ofensa?

—Me necesitan, Concha —y no pudo evitar sonreír— ¿alguna vez creíste que esos remilgosos intolerables suplicarían mi ayuda?

Pero no la suplicaban, la exigían, y a la atribulada mujer le preocupaba que Miguel no pudiera ver la diferencia. Aun así, sabía que estaban desesperados. Juárez le impedía servir a su patria, y no creía que los franceses, por más que lo llamaran, hubieran perdonado sus ofensas pasadas. Casi no les quedaban amigos, ni siquiera entre los miembros del partido. Necesitaban una tercera opción, pero a estas alturas sólo Dios podría dárselas.

—Maximiliano. Ésa es la salida.

Extrañada ante la seguridad de su marido, Concha hizo un gesto de duda.

—¿El austriaco? Creí que estabas en contra de las intervenciones extranjeras.

—No lo entiendes. En cuanto coronen al archiduque, será tan mexicano como nosotros. No habrá traición alguna, más que del espurio y sus lacayos.

—Pero Napoleón respalda sus pretensiones, la presencia francesa continuará...

—A menos que el mariscal me autorice a formar una división de nacionales. Sí, eso es, esa será la base. Para cuando Maximiliano llegue, habré construido un ejército nacional. Ya no necesitaremos a los franceses, y el emperador comprenderá que sólo le hago falta yo. Ésa es la solución. Los franceses cobran demasiado, cuando los embarquemos de regreso, habrán sido sustituidos por tropas por completo nuestras, que defenderán a México y sus instituciones. El emperador impulsará un nuevo programa de leyes, se podrá elegir un congreso. Todo será perfecto. Debo actuar deprisa.



Los ojos oscuros de su marido se agrandaron, y hasta su misma piel parecía brillar más. Pero a Concepción una punzada le paralizó el corazón, debía hacer algo...

— ¿Por qué actuar ahora? Nadie tiene por qué saber que regresaste. Podemos no intervenir Miguel, por una vez. Quedémonos aquí, que Juárez y Forey se maten entre ellos. Espera hasta que los franceses se vayan. ¡Por favor Miguel!

—No. Debemos ser fuertes otra vez. Los yanquis...

—Están en guerra entre ellos. ¡Tú mismo lo viste Miguel, lo mencionaste en tus cartas! No hay ninguna prisa.

— ¡Su guerra terminará tarde o temprano, Concepción! Estoy seguro de que el maldito indio ya está ofreciéndoles la patria, como lo hizo cuando una flota yanqui lo salvó de mí en Veracruz. No tardarán en poner la mirada de nuevo al sur. Volverán, Concha, ellos volverán...

Por sólo un instante, creyó que los ojos de su marido brillaban, húmedos; pero tras un parpadeo lo único que percibía en su mirada era fría determinación. Volteó a ver la ventana, y se llevó la mano al rostro. Su pulgar rozaba la línea blanca en su mejilla derecha. Entonces Concepción entendió que era algo más que vanidad lo que movía al amor de su vida, pues hay heridas que el tiempo no cura; rencores tan profundos que, una vez que echan raíces, nunca liberan al corazón. Culpaba a los yanquis por algo más que la derrota y el exilio, un odio que lo infectaba desde antes de que se conocieran.

Como si se jugara la vida, Conchita Lombardo de Miramón se levantó de la cama y caminó despacio, sosteniéndose el vientre. Al llegar con su marido, lo volteó para que la encarara, lo sujetó con firmeza por la cintura con una mano, y colocó la palma de la otra sobre su rostro. Miguel se recargó y cerró los ojos.

—Déjame darte paz amor mío. Encontraremos otra solución, Miguel. Sólo espera, por favor.

Pero entonces su marido abrió los ojos y volvió a ser el militar de antaño, el que había visto perder dos guerras. La delicadeza con la que la soltó mostraba amor, pero en sus ojos sólo se traslucía odio acumulado por años de orgullo herido, de decepción. Alejándose de ella, abrió la puerta e hizo una señal. Ycaza y Reyes se atropellaron al entrar en la habitación.

—Debe tomar una decisión, mi general —habló el primero— Si los franceses se enteran de su llegada por otro que no sea usted, tenga por seguro que lo mandarán de nuevo a Veracruz, y esta vez no le permitirán volver. Y si son los constitucionalistas quienes lo encuentran...

—Tiene razón, Don Nicolás, le ruego nos acompañe a cenar esta noche. Por otra parte, me temo que usted, coronel Reyes, debe partir de inmediato. Quiero que al amanecer el mariscal Forey reciba parte de mi llegada a México.

Después de cenar y acostar a los niños, Miguel Miramón, aseado por fin después de trescientas cuarenta leguas de cabalgata, de dormir en el piso, besó a su esposa en la frente.

—Sólo avisé de mi llegada, no me puse a sus órdenes. No soy un traidor.

Concepción nunca supo si trataba de convencerla a ella o a sí mismo, pero ninguno de los dos pudo dormir aquella noche. Miguel había hecho su apuesta, y tirado los dados. El resultado, quedaba en manos de Dios.

## **VI. El leal general (1863-1867)<sup>26</sup>**

---

<sup>26</sup> Los últimos años de Miramón, este bloque de capítulos no se centrará en la relación con Maximiliano (casi no coexistieron, pues lo mandó comisionado a Europa), sino en las nuevas dinámicas con los sobrevivientes de ambos bandos de la Guerra de Reforma, así como los intentos del protagonista de recuperar el protagonismo militar. Los últimos capítulos, situados en Querétaro como el que sirve de muestra de esta sección, busca servir como recapitulación de todo el trabajo tanto temático como de caracterización.

## Frugal encuentro

Zacatecas, 27 de enero de 1867

El bastón estaba bañado en oro, y los conocedores decían que valía al menos dos mil pesos<sup>27</sup>. Lo habían encontrado en el palacio de gobierno, pero a su dueño se lo había tragado la tierra.

—Debió haber presumido este “obsequio” por semanas —decía Joaquín— y si lo dejó abandonado, es porque te tuvo miedo, Miguel. ¡Tantas supuestas victorias, y huye del Macabeo aunque sólo dirija a dos mil quinientos hombres! Dos horas nos costó recuperar esta ciudad, y si el emperador no te lo reconoce...

Pero por una vez, Miguel no tenía humor para los elogios de su hermano. ¿De qué le servía haber vencido a cuatro mil juaristas, si su líder se le había escurrido entre los dedos, como seguramente Márquez le diría al emperador a la primera oportunidad? No, necesitaba el triunfo absoluto para que Maximiliano lo escuchara, y se deshiciera de los inútiles que le endulzaban el oído con tonterías.

— ¿Está seguro que revisaron bien, teniente?

Miguel vio sorpresa en el gesto de su hermano, pues era la primera vez, después de años de pelear juntos, que lo trataba como un subalterno más.

— Miguel, es una ciudad... si en serio esperas que en media hora hayamos recorrido hasta el más pequeño callejón...

— ¡Teniente Miramón! Es una pregunta de sí o no.

—Sí, general. Estoy seguro de que Juárez no está en Zacatecas.

Miguel le dio la espalda a su hermano. Sin mirarlo, dio sus instrucciones.

---

<sup>27</sup> Unos 770'000 pesos mexicanos actuales.

—Trataré de regresar a Durango. Teniente, tome dos cuadrillas de jinetes. No regrese hasta que el espurio haya sido capturado. Lo quiero vivo, para fusilarlo yo mismo.

No intercambiaron más palabras, pero Miguel escuchó los pasos alejarse. Sabía que había sido duro con su hermano, pero Joaquín lo perdonaría. Una semana separados, un galopar intenso, y cuando volviera reirían como en los viejos tiempos, antes del imperio, antes de la maldita Constitución que los había metido en ese embrollo.

Abandonando la tienda dónde seguía instalado su cuartel general, subió al cerro de la Bufa, hasta llegar a la cima, pero esta vez no vio hacia la ciudad, sino hacia el despoblado. Estaba tentado de maldecir, de gritar, de romper el bastón que apretaba en su puño, pero sabía que debía conservar su dignidad. Su posición era tan frágil dentro del círculo, que lo que menos necesitaba era el chismorreo de un berrinche.

Lo primero que notó fue la polvareda, y sacó del saco un catalejo plegable de metal. A lo lejos, las manchas eran reconocibles: apenas una docena de jinetes, que galopaban a toda velocidad. Unos cuantos portaban sombrero y zarape, la mayoría el uniforme de las fuerzas republicanas, pero había uno que se distinguía sobre los otros. De levita formal, era el más pequeño del grupo, pero también el que tenía más porte. Quizá movido por un presentimiento, detuvo su montura y se giró; seguido por el resto.

El rostro del extraño era serio y formal, perfectamente vestido y rasurado incluso en franca retirada. A su señal, uno de sus escoltas le pasó un catalejo, igual al que el propio Miguel usaba. Aunque era la primera vez que lo veía, no tenía dudas de quién era, con la misma certeza con la que sabía que su enemigo también lo había reconocido.

Se habían odiado por casi diez años, pero esa era la primera vez que se veían la cara, apenas un vistazo en la lejanía, destinado a ser también el último encuentro. Desde la cima del cerro de la Bufa, el general, pese a nunca haber sido un prodigio en matemáticas,

recurrió a su experiencia militar para calcular las distancias. ¡Quince minutos! ¡Se le había escapado por quince minutos!<sup>28</sup>

Se contemplaron sólo un instante, antes de que Benito Juárez diera vuelta a su caballo y continuara su huida, mientras Miguel Miramón no hacía más que mirarlo y lamentar su suerte. Entre los dos, no había más que el desierto, el polvo y el eco del susurro de un muerto en el viento, que ninguno alcanzó a percibir:

“El día que más necesites celeridad, volverás a llegar tarde”.

---

<sup>28</sup> Juárez, en una carta a su yerno, confirmaría este cálculo tres días después.

## En el catre del médico

Querétaro, 15 de mayo de 1867

Lo único que siente es dolor, y cada instante de él parece durar una eternidad.

Sigue despierto, pues el doctor que lo recibió en la madrugada no tiene ya cloroformo, ni siquiera éter. Despierto, sintiendo cada desgarró de las pinzas a fuego vivo de Licea, el paciente debe reunir toda la voluntad que le queda para no retorcerse, pues tras sus años prisionero de los yanquis se juró que nunca más se dejaría volver a amarrar. Lo único que le acepta al médico es un trozo de cuero para no arrancarse la lengua de un mordisco.

Le parece que el tiroteo fue en una vida pasada, y mientras su mirada se tiñe de puntos rojizos, los detalles escapan a su memoria. Había sido una carga desesperada, distraer la atención para que el emperador huyera, y quizá abrirse paso fuera de la ciudad, pero Escobedo, gracias a la cobardía y la traición de los suyos, lo estaba esperando en la plaza. Sólo recuerda vistazos: la frente de su secretario estallando tras un impacto, el ruido de los fusiles, el relinchar asustado de su caballo, que al tumbarlo por poco lo deja cojo. Cómo logró arrastrarse hasta aquella casa, sin saber que pertenecía a un doctor, escapa a su comprensión.

También recuerda los tres impactos de bala. Uno en la cara. El médico no lo deja tocarse, pero le divierte la ironía de imaginar que lo haya rozado en el mismo lugar de su primera herida, en Chapultepec, antes de convertirse en quién era. Otro en la mano, y aunque la luz de la vela de Licea a su espalda sólo alcanza para dejarlo trabajar, no necesita verla. Recuerda como cauterizó la herida con un hierro vivo, y sabe que perdió una falange. El último está en el hombro, y es el único agujero que recuerda haber visto antes de huir en

la oscuridad. La bala seguía adentro, y si el galeno continuaba despedazando su carne era para sacarla del otro lado antes de coserlo, y evitar la infección.

Casi quiere dejarse morir, pero en su corazón se sigue sintiendo un héroe, y no cree merecer una muerte anónima en un sucio catre, escondido de sus enemigos. No es la primera vez que pierde una ciudad, y el recuerdo de su primera hazaña, los dos meses escondido en Puebla, sólo para regresar y recuperarla prácticamente él sólo, es casi suficiente para hacerlo sonreír.

Casi ahogándose con la correa que muerde, otra arcada de dolor lo recorre cuando el médico introduce otra pieza de metal para rasgar más hondo. Respira tan hondo como puede, recordando la disciplina y el rigor con el que fue entrenado. *La operación terminará algún día, se recuerda, y entonces podré salir.* Robará un caballo de las afueras, y cabalgará a México, dónde se supone que Márquez espera con el refresco.

*Márquez. Cuando aconsejé al emperador volver a la capital, fue Márquez quien lo convenció de quedarse en Querétaro. ¿Dónde está? Le abrí el paso, buenos hombres murieron a mi cargo para que el viejo pudiera evadir el cerco, con la promesa de volver, pero no es sino uno más de los que me han abandonado. ¿Es traidor, cobarde o simplemente inútil? Cuando el tal Díaz le arrebató Puebla ¿fue en buena lid, o la cedió a cambio de su vida? Demasiado tiempo me ha saboteado el Tigre, en dos guerras distintas. ¿Por qué? ¿Serán celos, por ser un militar más pobre que yo? ¿Será rencor, porque me atreví a arrestarlo, cómo si perdonarlo fuera una opción después de descubrir que pensaba derrocarme? ¿O es algo más profundo, una ofensa que no recuerdo?*

*El sobrino, se sorprende pensando. No recuerda su nombre, ambos eran sólo unos críos, pero sí su rostro. Habían salido en busca de cadetes perdidos, y los yanquis lo habían*



destrozado frente a él. *¿Será ésa mi ofensa? ¿Haber vivido cuando el otro niño murió? No fue el único al que vi morir, y la muerte no es algo que me tome a la ligera.*

Pero pensando en los muertos de Chapultepec, y en todos los que siguieron, asesinados por su mano o por su pluma, por primera vez; se pregunta si acaso se merece el sufrimiento. El héroe de mil victorias, que perdió en las únicas que importaban. El marido que una y otra vez desoyó a su mujer, y que siempre la puso en segundo lugar a su gloria. El padre de seis, que ni siquiera fue capaz de estar con tres de ellos cuando Dios se los llevó. *Miguel, Concepción, Trinidad. Perdónenme por no decirles nunca que los amo. Guadalupe, Carmen, Rafael, pronto estaré con ustedes.* Lo más triste, es que ni siquiera conoce lo suficiente a sus hijos para saber cómo suplicarles, y no son sus nombres los que grita.

— ¡Conchita! ¡Joaquín! ¿Dónde están?

El doctor habla a su espalda, pero ya no tiene la voz de Licea, sino la de un monstruo que odia, uno peor que Márquez, peor que Juárez, uno que pensó que no volvería a escuchar. De repente, vuelve a tener catorce años, y el catre del médico se ha convertido en una alfombra ensangrentada.

— ¿De verdad crees que vendrán en tu auxilio? Te siguieron a todas partes y les fallaste, como me fallaste a mí. Deshonraste mi nombre. Naces tarde, naces débil, y en lugar de obediencia el ejército te llenó de vanidad.

— Todo lo que fui, lo logré sin tu ayuda. Seré recordado por mucho más tiempo que tú. Defendí a mi patria de los yanquis y los serviles oportunistas. Me he equivocado, pero tengo más honor del que tú llegaste a conocer. Cantaban mi nombre en las plazas.

— ¿Y cantaron también tu nombre los muertos de Tacubaya? Si ése es tu gran honor, prefiero no tener ninguno.

*Ese fue Márquez, no yo. Dije que se fusilara sólo a los oficiales. Márquez me ignoró, me niego a cargar con esos muertos.* Pudo haber contestado eso, pero su padre reconocería la mentira. Sí los cargaba, una pila de cadáveres, de mujeres y niños, tan alta como la más esplendorosa de las torres.

—Sigo siendo más que tú, padre. Hasta el último día te mantuvo mi madre, o mis hermanos, o mi propia bolsa. ¿O acaso no presumiste que tenías un hijo presidente?

—Y ni eso pudiste conservar, como no conservaste vivos a la mitad de mis nietos. Te creías el mejor de mis hijos, y tus cuatro hermanos te siguieron. Tres de ellos yacen bajo tierra ahora, y aun así te atreves a alzarme la voz, tú, que mataste a mi Joaquín.

— ¡Yo no maté a Joaquín!

Pero, el dolor en su alma, superior al que siente en su cuerpo, lo delata. Sabe que fue el único de los oficiales de Tenerife al que fusilaron, por ser pariente de quien era. *No vuelvas hasta tener a Juárez cautivo*, le había dicho, y su hermano había acatado su última orden, pero no del modo que había querido. Si el zapoteco le había mandado la cabeza, era él quien lo había matado, al enviarlo directo a esa emboscada.

— Vete padre, regresa a tu sepulcro. Si no te lloré cuando estabas vivo, menos ahora que eres sólo una sombra.

— Seré una sombra, pero si alguien alguna vez piensa en mí, será como uno de los que derrocaron a Iturbide. Tú, hijo, serás sólo el perro de otro usurpador.

Siente en sus dedos otra vez la espada que le dieron cuando lo nombraron capitán, y creyéndose de nuevo adulto, se levanta para descuartizar a su padre. Pero al tropezar, el piso duro que siente es de nuevo el de la casa de Licea, sus manos vuelven a estar vacías, y el dolor en la espalda es tan grande que apenas puede percibir como el médico lo vuelve a colocar en el catre.

Las pinzas vuelven a hacer añicos la herida, y sabe que sus fuerzas no durarán mucho más. Por primera vez, el que nunca antes le había temido a la muerte, se pregunta si de verdad hay algo que lo espera. Si es el Cielo, ¿Cómo podría compartir la eternidad con Joaquín, con sus hijos? Si es el Infierno ¿tendría que soportar a su padre hasta el día del Juicio? Tal vez la Nada sea más benigna después de todo. Antes de que la negritud lo envuelva, alcanza a susurrar.

—No soy un traidor, Concha. Diles que no soy un traidor.

Lo despiertan las primeras luces de la mañana, pero no hay un solo ruido a su alrededor. Se sabe solo. Con el rabillo del ojo, ve la mesa con los utensilios del médico: todos están cubiertos de su sangre y rodeados de trozos de tela empapada, pero no encuentra ninguna bala.

Descubre que puede mover un brazo, y guiado por un oscuro presentimiento, se arranca cómo puede el vendaje. Con el muñón del dedo, recorre la herida de su hombro: siente cada uno de los surcos por dónde los instrumentos mortales pasaron, inflamados, apenas con un par de puntadas, y entonces lo encuentra. Por más que Licea intentó disfrazarlo con más heridas, ha pasado por suficientes combates para reconocer la salida redonda de un proyectil. La bala que lo había llevado hasta ese médico se había quedado en algún lugar de la plaza, pero si la herida había sido limpia, ¿por qué lo había operado?

Le responden pasos en la escalera, y voces que ni siquiera tienen la prudencia de susurrar. Eso sólo puede significar que el control de la ciudad es total, y ya no hay temor de provocar al enemigo. A la mayoría está seguro de nunca haberlos escuchado, pero una es el doctor Licea.

—Llegó a mi casa hace cuatro horas. Los habría buscado antes, pero tardó dos más en perder el sentido. Traté de inducir el desmayo con todo el daño que pude, pero se resistía a ser vencido.

— ¿Está seguro que es él? Maximiliano se rindió, y a Mejía lo agarraron en la puerta del palacio. Es el único pez gordo de esos miserables que nos falta.

—Vino con otro nombre, pero lo recuerdo de su último desfile triunfal, cuando tomó esta ciudad durante la guerra con los liberales.

El cuerpo aún le duele, pero si lo único que le queda es la dignidad, no piensa morir en el catre de un delator. Sosteniéndose el hombro, Miguel Miramón se levanta para encarar a quienes vienen por él. Reconoce sus uniformes, son la gente de Escobar, de la República.

Todo ha terminado.

## Epílogo

París, agosto de 1873

La luna espectral iluminaba la oscuridad del Sena, y en el puente donde las aguas abrazaban los cielos; una mujer, oculta bajo un velo negro, aguardaba al mensajero que había mandado al pasado meses atrás.

— ¿Está hecho? —le preguntó apenas estuvo cerca, sin dejar de contemplar el río.

—Se llama capilla del Sagrado Corazón. En el ala derecha de la catedral. Los huesos del general descansarán bien ahí.

—Puebla siempre amó a mi marido, lo protegió cuando se levantó por primera vez, y lo ovacionó cuando lo hicieron presidente —dijo la mujer al aire— no me parece que haya un lugar mejor...

—Pero señora, ¿está segura de que fue la decisión correcta? El Panteón de San Fernando es para los más ilustres de los hombres, y él fue de los últimos que alcanzó un lugar...

— ¿Y permitir que repose la eternidad junto a Juárez? Ese hombre tan aferrado a sus ambiciones que murió dentro del palacio. ¡Nunca! Por diez años se obsesionaron uno con el otro, y mi marido merece al menos en la muerte librarse de su verdugo.

La viuda vio por primera vez al mensajero, quien parecía atribulado. Seguramente no esperaba tal reacción de una mujer doliente. Aun así, se las arregló para tartamudear una última defensa.

—Su padre y su madre están ahí, también Don Joaquín, el hermano del general cree que...

—No me importa. Su esposa soy yo, y mi decisión es final. Además, quizá también sea hora de que escape de la sombra de mi suegro, tal vez eso le dé la paz que nunca tuvo, que nunca le pude dar.

La mujer del velo le dio la espalda a su interlocutor, y observó la luna, pero siguió hablando, casi para sus adentros.

— ¿Hubo algún impedimento?

— Ninguno, señora. El presidente fue cordial, y agilizó los trámites.

Si le quedara vida para reír, la viuda lo habría hecho. Lerdo siempre había sido un hombre cordial. Lo recordaba de cuando tuvo que suplicarle por la vida de su marido. Un dechado de cortesía, pero no había hecho nada por ayudarla. Quizá Juárez había muerto, pero otro igual, que no entiende más que de las leyes de los hombres, ignorando las de Dios, estaba en su lugar. Ahora México pertenecía a los fríos burócratas, el tiempo de los héroes se había terminado.

— ¿Cómo pudo hacer todo tan rápido?

—El ferrocarril que se inauguró en enero. Va de la capital al puerto, y más líneas se abrirán pronto. El país es otro, si volviera encontraría qué...

—Todo me recordaría a él. Si no fui al nuevo entierro, no iré para ver el nuevo monstruo de acero de los liberales. ¿Algo más?

—Un general le manda sus saludos. Me recibió en su finca de Tlacotalpan. Se presentó dos veces a la presidencia, y dicen que planea ya su tercera campaña. Díaz se llama, Porfirio, me parece.

Por primera vez en años, algo se agitó dentro de la mujer que no fuera dolor, furia o apatía. Debía admitir, le sorprendía que los burócratas no hubieran extinguido aún a los militares. Recordaba aquel nombre, y el rostro que le acompañaba. Un oaxaqueño, el único liberal que le había ofrecido un poco de simpatía cuando terminó la guerra. Ese hombre no era como Juárez, y menos como Lerdo; le recordaba más a su Miguel. Si de verdad soñaba con el poder...quizá las cosas no habían cambiado tanto, quizá aún había un lugar para los

caudillos. Pero se guardó sus reflexiones para ella misma, y despidió al mensajero con un gesto. En la noche, sobre el Sena, imaginaba guerras futuras, pero descubrió con amargura que el desenlace le tenía sin cuidado.

Concepción Lombardo caminó de vuelta a la pensión, la única que se podía costear con la poca ayuda que la familia de la emperatriz le había otorgado. “Carlota”, otra mujer destinada a languidecer por décadas, esperando a un galante mozo del que apenas quedaba el recuerdo. Sus hijos habían tenido mejor suerte. La niña que su marido nunca conoció, nacida en el exilio, seguía con ella, pero el resto se criaba en Viena y Roma, con la élite europea; pero Dolores sólo tenía seis años y con los otros vástagos que le quedaban en internados, a Conchita sólo le quedaban los vestidos que tanto le enorgullecían, teñidos de negro, y un cofre con el corazón marchito de su marido.

A su Miguel, los años lo calumniarían o lo olvidarían, y Conchita no estaba segura de cuál destino hubiera odiado más. Quizá debería sentarse a escribir, contar su versión de la historia, pero estaba muy triste, y demasiado cansada. Sin cariño, sin hogar, sin calor y sin dinero; lo único que le quedaba era tiempo.

Conchita tardará muchos años más en decidirse a escribir sobre su gallardo general, al que llorará por casi cincuenta años, hasta que lance su último suspiro mientras su tierra se desangra en otra cruenta lucha. Pero en su rencor, en su dolor, olvidará la sabiduría que su juventud intuyó en otro tiempo: que cuando los hombres juegan a la guerra y la gloria, mueran héroes o traidores, no son ellos los que sufren; ni la patria indolente que asesina por capricho o mezquindad, ni el poder que siempre hallará nuevos incautos a los cuales tentar y desechar. Las víctimas son las madres, cuyos “por qué” no recibirán respuesta. Son los huérfanos, que nunca se desprenderán de una vergüenza o estarán a la altura de un legado. Son las viudas, que pasarán la eternidad amando fantasmas.

## Reflexión sobre la incidencia social

Alrededor del globo pero particularmente en nuestro país, la influencia del discurso faccioso de la Historia oficial es todavía muy difundido entre el público en general, sobre todo por el control férreo que tiene el poder sobre la educación básica y media superior. Los problemas en el sistema educativo, que se extienden a la concepción del conocimiento histórico que tiene una sociedad, son diversos pero incluyen un desinterés por profundizar en los procesos histórico-sociales, una falta de complejidad en la discusión fuera de grupos académicos y la manipulación política de los hechos. Por lo tanto, continuar con una difusión accesible y problematizada de la Historia, que ofrezca perspectivas alternativas y cuestione la versión oficial aún vigente es no sólo pertinente sino en mi opinión, urgente.

En la introducción a su libro<sup>29</sup> Ivan Jablonka argumenta que la literatura no se ocupa exclusivamente de la ficción, sino que es una forma de producción de conocimiento al construir una visión de la realidad, y que la escritura de la historia se puede renovar a través de la elaboración de textos que sean tanto literarios como de ciencia social, pues ambas disciplinas están estrechamente relacionadas; aunque los historiadores hayan progresivamente intentando aislarse a su propia comunidad y alejarse de las falsas connotaciones que implica el término literatura.

Siguiendo con esa línea, la principal problemática que he identificado actualmente con la difusión de la historia es que, a pesar de ser un género popular en la literatura y el cine, el trabajo escrito por historiadores profesionales no es muy popular, pues en términos

---

<sup>29</sup> Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económico, 2014.



generales encuentro que su estilo es muy cerrado, pensado casi exclusivamente para otros historiadores, lo cual resulta en una influencia social muy limitada. En su lugar, la mayor parte de los difusores de la historia (tanto en la literatura como en la misma enseñanza) provienen de otras áreas como la comunicación, las letras e incluso el derecho.

Una segunda problemática es sobre la enseñanza de la historia, particularmente en educación básica y media superior, dónde he diagnosticado problemas mayúsculos. Una de las razones por la que el ingreso a la carrera de Historia es cada vez menos solicitado en México es porque la mayoría de los alumnos tienden a considerarla tediosa y aburrida, ya que los planes de estudio prefieren enfatizar la memorización de nombres y fechas sobre la comprensión y análisis de procesos históricos.

Finalmente, un tercer problema, que fue el principal detonante de este problema, es un vacío en el conocimiento colectivo que se tiene en México de la Historia, ya que el discurso oficialista tiende a ofrecer una visión simplista y maniquea con héroes y villanos claramente definidos sin mayores esfuerzos por complejizar la realidad. Como mencioné anteriormente, este fenómeno no es exclusivo de nuestro país, sino que es una situación global, pero la combinación del uso político del discurso histórico y el desinterés (muchas veces tanto de maestros como de alumnos) por problematizar los contenidos en educación básica acentúan la problemática.

Por lo tanto, *Heroico Traidor*, en vista al futuro, puede formar parte de una estrategia más amplia de difusión de la Historia, utilizando medios más atractivos para el público en general como un punto de partida del conocimiento de procesos complejos.